

# HELIOS



ANGEL GANIVET ❖ ❖ ❖

❖ ❖ ❖ EPISTOLARIO (1)

23 Junio 1894.

MI carta anterior fué, en efecto, obra de pocos minutos, puesto que el tiempo de que podía disponer era escaso y quería darte la noticia de los planes de P. y escribir á éste, resolviéndole varias dudas y algunos temas del cuestionario.

Mi proposición de que te metieras en el ajo era disparate, pero no en el sentido que tú dices. No en quince, sino en cinco días, te pondría yo en condiciones de salir del paso, si es que tú no lo hacías por tí solo. Porque el programa que han puesto no es casi programa. Del primer cuestionario han dejado diez y seis lecciones, una cuarta parte, y de los otros dos la mitad. Tan chocante es la cosa, que alguien cree que las ocho plazas están dadas. Yo creo, que ahora, como la vez pasada, habrá tres ó cuatro de compromiso, á los que facilitarán la entrada por todos los medios posibles, pero á reserva de dejarlos en último lugar, ó en la calle, si hay quien apriete mucho más. Tampoco creo que sean 50 los aspirantes, ni 25 siquiera.

En el Ministerio de Estado tienen horror á lo nuevo y procuran que las oposiciones sean una farándula; les pa-

---

(1) Véanse los números 3.º y 5.º de HELIOS.



rece más digno nombrar á cualquiera porque sí, que someterse á comprobaciones de ningún género. Y esto es natural, porque los asuntos de la casa son de los que exigen procedimientos absolutistas, hasta el extremo de que, al cabo de medio siglo de democracia, el 99 por 100 de los españoles no saben dónde está el Ministerio de Estado, y de que, si no tenemos diplomacia tan buena como la que necesitamos, es porque no hay una cabeza directora; pero los medios subsisten, y así como hoy un *cualquiera* se encarga de dirigir la política durante veinticinco ó treinta años sin que le hagan mella los ministros que pasan y cruzan, mañana podrá venir *alguien* y la situación cambiará por completo, á diferencia de lo que ocurre en otros sitios donde los malos y los buenos se estrellan contra la inestabilidad y la inconsistencia, que han traído consigo las conquistas democráticas. Sin embargo de este mal precedente con que tropieza todo el que entra en el Ministerio por la puerta grande, una vez que se entra se está ya en la casa y hay que vivir sin prevenciones, pues lo mismo para hacer oposición al ingreso que para avanzar en lo sucesivo, se borran las diferencias de origen. La diferencia que aún no se ha borrado, y que acaso desaparezca con la fusión en los escalafones, es la de diplomáticos y cónsules, porque la mayor parte de éstos son aún de los que entraron de cualquier modo, y, porque mientras los cónsules van derechos á los consulados con sueldo, los diplomáticos pasan un período de incubación honorífica en el Ministerio y adquieren el *cachet* tradicional y las marrullerías del oficio.

Alguna vez, cuando se siente uno preocupado por las mezquindades de la vida material, puede parecer conveniente contar con algo seguro; lo ordinario, sin embargo, es pensar un poco más alto, y entonces no se encuentra uno satisfecho ni con aquellas ni con aquellas rutinas. Si yo no contase sacar de mi situación más ventajas ó adelantos que los que vengan por el lado oficinesco, ya estaría en Granada fabricando harina, cosa más decente que esta que traigo entre manos. ¿No encuentras tú tam-



bién más decorosa la labranza que los cuidados del Museo? Pero tú y yo nos resistimos á meternos por completo en lo que nos parece mejor, porque lo que hoy es oficinasco, tiene todavía algo que no tiene lo otro, y es un ligamen que nos sujeta á lo que en lo porvenir ha de ser ó aspiramos á que sea nuestra ocupación. Si con éste ó con aquel pretexto no se mantiene uno relacionado con el mundo espiritual, después no se puede entrar de nuevo. Lo que yo hago aquí es más agradable que lo que haría en Granada, pero esto me da ocasión para pensar como no pensaría allí. Tú, en tu doble oficio, vienes á ser un artista rústico; mañana cambias de posición, echas á la rusticidad una capa de refinamiento y resultas una cosa nueva, pero sin romper los moldes viejos; pues bien, con sólo dejar de ir y venir, consagrándote tres ó cuatro años á la labor á secas, podrías convertirte en rústico, ó, si seguías leyendo, leyendo, en rústico erudito, por esa tendencia invencible y clarinesca á sustituir la vida que se va á escape por los documentos que siempre están á mano. Todo el que abandona la vida activa de aquello que profesa se convierte en erudito; porque, aunque generalmente se piensa que para pensar no hay más que ponerse á pensar, este fácil *sport* exige sensaciones frescas que, ó se toman del natural ó se buscan en los libros (y ya sólo frescas *secundum quid*). Un pensador que carece de ese elemento ha de trabajar sobre sí mismo como máquina en seco, y caerá en la monomanía ó en algo peor. Bien que lo más corriente sea por dicha que, á falta de primeras materias, se deje de pensar y se caiga en el idiotismo.

Cuando varias personas dan su parecer sobre un asunto, el que acierta más y está más en lo justo es el que juzga á más distancia y á más largo plazo. Por eso una cosa tan sencilla, tan natural como la que tú haces, te parece extraordinaria; porque la juzgas al día. Si pensaras que todo eso es una especie de preparativo para lo que has de hacer dentro de ocho ó diez años, te parecería muy razonable, como me lo parece á mí. Yo puedo



enorgullecerme de tener tanto egoísmo que ya no tengo ninguno; mis asuntos los resuelvo á muy largo plazo; lo que más me interesa lo dejo siempre para dentro de una docena de años. Así me evito el apresurarme por nada, y me doy la satisfacción de creer que en tanto tiempo bien puedo hacer algo de particular. Este sistema no tiene quiebras, porque caben los aplazamientos y porque en caso de morirse uno, no se entera del fracaso. No hay que desistir de nada, sino que hay que empezar inmediatamente á hacer lo que quiera que sea, como si fuera una obra muy larga.

Cuanto más larga, más dura la distracción, que es lo único que yo creo que se saca en limpio. Para cuando yo vuelva de España tengo decidido irrevocablemente dedicarme á la pintura, y en breve empezaré á dibujar yo solo. Me parece que tengo mejor vista que oreja y que sacaré más sustancia al empleo de un órgano que al del otro, pero convencido de que el resultado es siempre casi negativo, por muy brillante que sea. Bien mirado, lo que hacemos los hombres tiene sólo el mérito de ajustarse á reglas que nosotros mismos damos. Los genios se dan reglas más amplias, pero reglas siempre. Cuando yo iba al gimnasio recuerdo que muchos admiraban á ese Sr. C. de quien se ha hablado tanto con motivo del testamento falso, porque hacía ejercicios más pesados que los demás, que éramos novatos; y á mí me parecía que tanto daba levantar cuatro libras como ocho, habiendo como había pesas de 20 á 40 á las que nadie les hincaba el diente. Cierto que el orgullo nos lleva á querer llegar muy alto; pero la razón debe decirnos que alto y bajo, todo es sustancialmente lo mismo, porque en todo hay límites convencionales que nadie traspasa, y tan pobre hombre es el descubridor del protoplasma como el que no ve tres sobre un burro. Según esto, lo más sensato es la indolencia árabe, y en verdad, como dices tú, nada hay más grosero que la actividad mercantil, tanto por ser actividad como por proponerse cosas tan bajas; pero las naciones que tienen cierta velocidad adquirida no pue-



den pararse, y los individuos que vivimos rodeados de velocidad no podemos hacer cosa mejor que transformar las energías que se nos desarrollan por contacto, en actividad intelectual, con este ó aquel pretexto. En la sección inglesa de la Exposición he visto un tejedor que funciona identificado con el telar, como si fuera un pedazo de hierro. Creo que en Inglaterra lo ordinario es trabajar diariamente doce ó catorce horas de esa manera. Y ocurre pensar que si la supremacía inglesa está cimentada en esos orígenes, y si el ideal de todos es llegar á suplantarla, está en su lugar el anarquismo; esos hombres máquinas han de ser imbéciles, ó si alguna vez piensan, han de ser nihilistas; el que se siente uncido á la máquina, despota peor que cien Nerones juntos, tiene que desear destruirla, y la suerte de la sociedad, si suerte puede llamarse, es que muy pocos sienten su esclavitud, que la mayoría se *mecanifica* ó se *mecaniza* en fuerza de obrar con sujeción al motor externo.

Al lado de esto son plausibles las escenas de la calle del Cairo, sección marroquí, barrio sirio, Argelia y demás porquerías de la Exposición, donde no se encuentra más que gente semi-salvaje, tocando perezosamente un instrumento, danzando, fumando y tomando café. Aunque todos los pueblos así representados sean hoy comidilla de las grandes potencias, se ve bien que este dominio es puramente formal y que los esclavizados son los que trabajan como burros para darse la satisfacción de apabullar á los otros. Lo que decía un periodista indio, visitando hace poco Londres: Con la energía que aquí gasta un hombre para vivir, vivimos allá una docena de familias bastante mejor. El buen hombre no veía la necesidad de correr tanto, y su asombro fué enorme cuando vió un día el sol, que, según él, no servía para descalzar á la luna de la India.



24 Abril 1896.

DESDE mi anterior á la presente han menudeado las faenas administrativas: cuentas trimestrales, arreglo de cuentas atrasadas de las Agencias de Rusia, que antes dependían de la Legación y ahora dependen de aquí como las de Finlandia, informes á San Petersburgo y á Madrid, traducción del sueco de una nueva ley sobre los vinos (primer ensayo), etc., etc. Por fin salí de estos jaleos, y, como recibí tus periódicos y en ellos me anunciabas tu carta, he esperado hasta recibirla para ver qué cosas gordas habían ocurrido, si es que algo gordo puede ocurrir ya en el mundo. Que marchas viento en popa y que esto te llena de estupefacción. Vuelves al período infantil.

Cuando yo escriba mi libro sobre Mecánica moral (uno de los ocho ó diez proyectados) demostraré una ley ya entrevista por Pitágoras, á saber: «que la fuerza de dominación de un hombre en la sociedad, está en razón directa del tiempo que se mantiene en estado de potencialidad agresiva». Si tú me hubieras hecho caso y hubieras resistido más... ¡Pero en fin, á lo hecho pecho!

El público percibe admirablemente la fuerza almacenada en nuestro espíritu durante las horas de forzado silencio. Figúrate que un hombre, al parecer un quidam, entra en un café, y para pagar unos cuantos céntimos saca un fajo de billetes de mil pesetas y da uno para que le cambien. Todo el mundo se le queda mirando y como diciendo: dispense usted, no le habíamos conocido. Pero el que llevaba el capital á cuevas creo yo, me parece, que no se debe extrañar de que lo miren. Adelante, pues, y veamos adonde llegas. Por ahí debes seguir, perfumando tus trabajos con esencias metafísicas. Nada te importe la brutalidad del público. Yo he escrito los artículos que sabes, y que ya fueron todos para allá, excepto dos que se han perdido y que aún no me han enviado, —el quinto «No hay que ensancharse», con cuyo motivo descubriría el amor furioso de los granadinos al pan, y el séptimo, «Nuestro arte», que te hubiera gustado leer,—y



los he publicado con la completa seguridad de que nadie haría caso, y, sin embargo, tengo ya una cesta llena de felicitaciones. Ciertas cosas no se entienden, pero producen igual efecto que si se entendieran. Y antes de dejar este asunto, dime qué te parece en general la idea de mi «Granada», de la reforma *blaguística* que he imaginado. Fíjate, en particular, en los artículos XI y XII. Tú no dejes de enviarme lo que escribas, pues así, indirectamente, estoy al tanto de tu evolución espiritual, y no dejes tampoco de decirme algo de lo que te ocurre.

No sé qué es eso que ha motivado el acto heroico de R. aunque debe de ser cosa de andar á trastazos. ¡Mucho ojo! No olvides que por mucho interés que momentáneamente puedan inspirar los dimes y diretes artísticos, no hay nada en todo ello que merezca que hagamos mal con plena conciencia de que lo hacemos á un semejante nuestro, así el tal semejante fuera á primera vista digno de ceñir á su frente las orejas de burro y á sus lomos el albardón. Entusiásmate por dentro todo lo que te dé la gana, pero por fuera mantente fresco como una lechuga. De ello tienes un ejemplo en mi paisano Paso, con quien me alegro que te reunas; se entusiasma como un loco delante de la Venus Capitolina y después se va á tomar unas copas, como cualquier acreditado azotacalles. Yo conozco mucho á Paso aunque no me he reunido nunca con él, porque por mi innata propensión á la vida cínica me han dado siempre miedo los Diógenes en activo servicio. En nuestro tiempo no se puede ser Diógenes, porque ya no hay siquiera quien comprenda ni escuche, ni quien respete la libertad esencial en el mundo, que es la libertad de la forma, no la del pensamiento. No olvidaré nunca que Salmerón, que respeta todas las opiniones, me desechó una tesis doctoral porque tenía forma de libro. «Búrlese usted de Dios, pero cuidado con que las cuartillas sean demasiado grandes...»

A pesar de mis trabajos oficinescos, hago mis ejercicios diarios de dislocación literaria. Por cierto conducto mis-



terioso llegaron á mis manos los siguientes versos de  
Lenau:

O Menschenherz, was ist dein Glück?  
ein räthselhaft geborner  
und kaum gegrünt verlorn  
unviederhalter Augen blick.

que yo he traducido y glosado como sigue:

#### CHANT DE PRINTEMPS

O cœur humain! qu'est ce qu'est ton bonheur?  
Un moment fugitif, irréparable,  
Qui surgit comme énigme impenetrable  
Et dans une étreinte douce, caressante, meurt.

#### I

Le soleil luisant dans les hauteurs  
Annonce de la nature le renouveau,  
Les champs se rejouissent de sa verdure,  
Et l'âme s'elance vers l'espoir nouveau  
(O cœur humain etc.

#### II

Une belle chanson que les oiseaux ont chantée  
Reveille mon aimée  
Et la plonge dans un rêve ineffable,  
Un rêve dans l'aube rêvé  
Un moment fugitif, etc.

#### III

La mer brise ses prisons, et l'aimé  
Sa barque déjà appretée  
Vers l'horizon navigue infatigable  
Derrière l'ombre adorée  
Qui surgit comme énigme etc.

#### IV

Par la nuit silencieuse nous faisons voile  
Et nous berce la rumeur  
De la brise, dans la mer semée d'étoiles...  
Elle s'apaise, notre douleur,  
Et dans une étreinte douce, caressante meurt.



Febrero 15 de 1896.

PUESTO que andas metido en los belenes de la prensa, no estará demás que dedique una carta á hablar del asunto, que en verdad merece que de él se hable. Porque, en efecto, en la conmiseración con que tantos tratan á la prensa y á los que de ella viven, hay una verdad y hay un error; para el que es artista ó quiere serlo, ó para el que respeta el arte, el periódico es y debe ser una forma inferior, aplicada, de la que se debe rehuir como de un escollo peligroso, aunque no el único ni quizás el peor.

En realidad de verdad, un artista no está en lo firme más que cuando crea con pura finalidad artística, según su sentimiento natural de lo bello (y sin que esto tenga que ver con el arte por el arte). En cuanto á la pura finalidad artística, que puede ser tan varia como los artistas personales, *maestros*, se agrega otra finalidad secundaria, el arte empieza á dar tumbos. ¿Y qué más da que esa finalidad de segundo orden sea la necesidad de acomodarse al gusto momentáneo del público, según los cánones de la prensa, ó la rapidez de la información, ó un criterio moral exclusivista, ó una tendencia religiosa, política ó social, ó un deseo de satisfacer particulares pasiones? No sé si tú leerás *Rome*, de Zola, que te voy enviando; yo no he leído arriba de seis folletines, porque, á pesar de los esfuerzos de Zola para mantenerse en equilibrio, su obra se ve que no es sólo literaria, sino que está influída por *sentimientos periodísticos*, por puntos de vista de *interviewer*. Y para esto, preferible es leer trabajos de otra índole más ligera. Lo que nos duele no es la cosa en sí; es la cosa en relación con el esfuerzo que á ella aplicamos. Exigir de nosotros una atención continuada é intensa para enseñarnos lo que podemos aprender leyendo de sobremesa una crónica bien escrita, es una broma pesada, que á mí creo que no me la dan más. No sé si tendrás á mano una revista trilingüe que ha empezado á publicarse con el título de *Cosmopolis*, y que yo leo por soltarme en



inglés y alemán. No sé si la empresa se sostendrá decorosamente; pero el primer número (mensual, 3,50 francos) contiene cosas de bastante mérito. Pues bien; en la sección francesa publica un artículo de P. Bourget «L'age de l'amour», cuyo tema es el siguiente: Un artista provinciano, desesperado y desengañado, se lanza al periodismo, y su primer ensayo es un reportaje sobre la *edad del amor*; para inaugurar la serie piensa publicar una *interview* con cierto novelista muy en boga, que aunque se niega á recibir á los chicos de la prensa, recibe al flamante reporter, creyéndole *aún* artista principiante, necesitado de apoyo y de consejos. El gran novelista le descubre algunos rincones de su corazón, comienza por creer en la posibilidad de amar á la vejez, y concluye por relatar un desengaño; porque en la primera parte de la *interview* le anima la ilusión de que una joven, que siente profunda admiración por sus obras, va á reeditar con él el famoso idilio de la vejez, de Goëthe, y en la segunda, un hecho viene á abrirle los ojos: el hallar la huella de un beso, que no puede ser más que de la apasionada muchacha, en un retrato del gran artista... ¡cuando tenía veinticinco años! Los amores súbitos de un hombre viejo ó maduro son como reproducciones de un amor juvenil, que despierta al tropezar con un tipo semejante á aquel que infundió la primera é indestructible sensación amorosa. Tal es, en substancia, el fondo de la *interview*, que sería materia para un artículo *sensacional*; pero el reporter, después de escribirlo, enamorado de aquel *capítulo de novela*, mejor que todos los que hasta entonces haya podido idear, y movido por un sentimiento invencible, no lo publica, á pesar de su ansia de llegar pronto al ideal periodístico de los 50.000 francos de paga anual. Te cito esta relación sólo por el último detalle, que marca bien la diferencia que hay entre periodismo y arte, entre el estudio y la información. Pero aparte este sentimiento de delicadeza, de ese temor que yo mil veces te he expresado, de que la influencia del periódico, ó en general de la *vida activa*, en las letras—en que todo es agitación, rapidez, golpe de



vista, puntería de momento,—dañe á la concepción artística serena, pausada, independiente, no veo por qué se habla tan mal del trabajo periodístico, habiendo tantos otros que no le superan más que en el concepto vulgar de las gentes ignorantes ó engañadas.

No creo que el *interviewer*, reporter ó gacetillero, personalidades inferiores del periodismo, sean más dignos de lástima que los individuos del Cuerpo de Archiveros Bibliotecarios ó de las carreras diplomática y consular. El periodismo vive en medio de la calle, y por ser más conocido es más estimado de los ignorantes y más despreciado de las personas de juicio; pero si todos los oficios y carreras en que los hombres nos ganamos el pan no estuvieran protegidos por el misterio que los interesados crean para encubrirse, no habría saliva bastante en el mundo para cubrir los rostros de cuantos merecen este supremo y repugnante desprecio. ¿Qué importa hacer esto ó aquello si la *idea* es otra? No olvidemos jamás que Cervantes, para honra suya, fué algo así como cobrador de contribuciones. En cambio, aquellos cuya idea no es superior á su trabajo material, bien miserables son por muy alto que éste sea. Y este sentimiento es tan español, que en España no se respeta más que á aquel que hace cosa distinta de la que legalmente debe hacer. Los hombres serios de la Administración, es decir, los que por sus pocos alcances toman en serio las faenas administrativas y viven de ellas y para ellas, no cosechan en España otra simpatía que la de los memos, la de los Pedregales y comparsas, que se esfuerzan en crear costumbres públicas, aunque para ello fuera preciso destruir el espíritu de la nación.

Todo es bueno cuando se hace bien, y lo que á mí me parece mal de los periódicos que ahora van saliendo en España, es que falten cabezas para imprimirles el carácter que deben tener. Los periódicos que prosperan creen resolver el problema agrandándose. En todo, la concepción es cuantitativa. No llegaréis al número 100 del *Ge-deón* sin anunciar algún adelanto, que quizás se reduzca á doblar el número de páginas y á abrir las puertas al re-



lleno. ¿Quién sabe si, á pesar de la majadería de las gentes, se iría más lejos afinando que agrandando?

Lo chocante es que en España no haya todavía un periódico legítimamente español. De los de partido no hay que hablar, pues en ninguna parte pueden conseguir ser leídos de las masas neutras, de que habla Salmerón: y de los periódicos independientes, hasta los títulos son ridículos y responden á un período histórico ya pasado; el anterior á 1869.

Me parece que hay en Madrid hueco para un periódico de nuevo estilo, que siendo *nuevo* resultará más *viejo* que todos los demás; pero ese periódico ni lo ha creado Mellado transformando la *Correspondencia*, ni lo creará Francos Rodríguez transformando *El Globo*. Es muy difícil echar tapas y medias suelas á un periódico. Si en estos asuntos pudieran hacerse experimentos, por pura curiosidad yo me comprometía á crear un periódico que, en poco tiempo, les echara la pata á muchos que se costean á peso de oro. No haría falta mucho dinero, ni muchos telegramas, ni arriba de cuatro redactores, incluidos dos buenos gacetilleros en esos cuatro; porque todo el jaleo—jaleo costoso—que hoy se traen los periódicos de gran circulación, en el fondo no sirve más que para ocultar la ignorancia, la falta de criterio, la ausencia de carácter.

Con los telegramas de la *Agencia Fabra* y un comentario personal y claro sobre los asuntos de que trataran, se conseguiría mayor resultado que gastando un dineral en sostener gacetilleros-corresponsales en todas las cortes de Europa y capitales de América; pero ese comentario exige cierta instrucción preliminar que los periodistas al uso no poseen, y la molestia de leer á diario algunos periódicos extranjeros para estar al corriente de los cambios de situación. Y así en las demás secciones del periódico. Un circo de feria tiene que atraer á los curiosos con golpes de tambor y representando á la entrada alguna de las pantomimas que después se han de repetir en el interior. Un teatro serio, es decir, bueno, pone

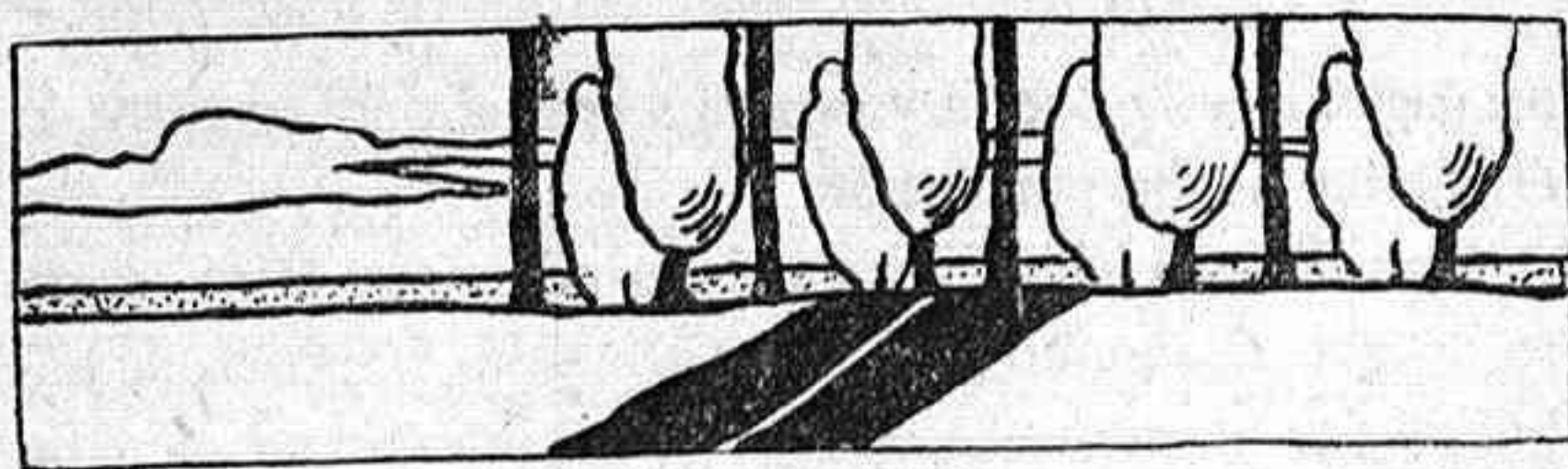


un cartelito á la puerta y espera á que el público entre. Y el público acaba por entrar.

Algo de esto hace falta en el periodismo, y estoy seguro de que si alguien pusiera manos á la empresa, le había de dar un gran chasco á la gentecilla que no ve nada más allá de los procedimientos rutinarios y vulgares que hoy se emplean. A ver si al cabo de algunos años me aburro yo definitivamente de esta vida que llevo y le metemos el diente á tan pingüe negocio.







❖ ❖ RAMON PEREZ DE  
AYALA ❖ COLOQUIOS ❖

A J. MARTÍNEZ RUIZ

*Hoy viene á visitarme Francisquín, un vecino que es un buen hombre. No fuma, ni prueba el vino, y á su mujer, Teresa, le da toda la plata que puede. Es un bendito; un bendito... que mata reses, y que la carne lleva á vender á Oviedo. Se ha sentado á mi lado, y como yo no puedo explicarme que sea buen hombre y matachín, le digo de esta suerte:*

*—Amigo Francisquín.*

*¿No te tiembla la mano, no sientes mucha pena al matar á esas pobres reses inofensivas?*

*¿Y no creiste ver su pupila serena mirar, como implorando que las dejases vivas? El hace un gesto y dice:*

*—Pss. Nunca creí ver nada.*

*—Pues, tienen esos animales una mirada tan dulce, tan amiga y buena, tan resignada, que todo un universo en su globo se encierra. ¿No has visto tu los diáfanos ojos de una becerra? No, no supiste verlos. Si los hubieras visto no serias carnicero.*

*Y Francisquín:—¡Recristo!*

*Y... ¿Qué iba usted á comer, Don Ramón?*

*—Ten por cierto,*



*que un animal es más útil vivo que muerto;  
y es la naturaleza tan sabia y maternal,  
que en ella vivir pueden todos, sin hacer mal.  
La vaca da su leche, sus huevos la gallina,  
y la abeja su miel para nosotros deja;  
el pan viene del trigo, que es la flor de la harina,  
y el vino tinto sale de la uva bermeja.*

*Y por si esto no basta, los árboles amigos  
nos ofrecen sus frutos (peras, manzanas, higos);  
cada cual á su tiempo muéstralos en sazón  
abundantes y dulces, que es una bendición.*

*Pero, aún hay más, querido Francisquín: hortalizas  
existen, que á las gentes ponen gordas, rollizas,  
con su virtud oculta. Y en fin, como propina,  
alimento del alma da la tierra divina  
con sus pájaros, sus arroyos y sus flores,  
que cantan dulcemente, ó parlan reidores,  
ó exhalan ambrosias al hombre triste gratas.—*

*Y añado, semi en serio: — ¡Francisquín! ¿Por qué matas? —  
Y como siempre ha sido un pobre hombre, un bendito  
solo dice:*

*— ¡Qué cosas tiene usted, Señorito!*

A DON MIGUEL DE UNAMUNO.

*La parra es una de esas pobres parras ancianas,  
que pueden verse en todas las casas aldeanas;  
son seniles, caducas, y su tronco rugoso  
parece retorcerse con esfuerzo penoso  
para tomar el sol; se acurrucan temblonas  
bajo el alero de las casas infanzonas;  
son viejas frioleras, tiritan ateridas  
si los lobos del viento salen de sus guaridas.*

*Mientras fumo mi pipa bajo esta pobre parra,  
tranquilo observo; cómo el humo se desgarrá  
y va irisando del campo los reflejos;  
Entre la hierba corren y saltan los conejos;  
hay rosas cerca, que yo no dejo cortar;  
en las ramas con fruto de los viejos perales,  
espalomas esponjan sus espumas liliales;*



*y Pepín, mi sobrino, que ahora comienza á hablar  
juega, y hasta mi viene, coje la pipa y chupa,  
y hace un gesto.*

*Hoy me ha dicho:—El sultán tene pupa.*

*El sultán es un perro fiel como un aldeano.  
A mis pies está, enfermo, lamiéndome la mano;  
y el brillo inteligente, agradecido, bueno,  
de sus ojos, me envia mensajes de cariño.  
Pepín se pone encima, lo cabalga, y él, lleno  
de paciente dulzura, igual que un nazareno  
parece suplicarme:—Deja conmigo al niño.*

*Desde mi asiento tosco todo el valle se otea,  
y yo escucho inefable, el ritmo de las cosas,  
cuando entorno los ojos y contemplo la aldea  
á través de azuladas espirales humosas.  
Todo surge insinuante de la liviana bruma,  
y la tierra me infunde con su voz campesina  
tanto amor, que á las veces, mi alma ser imagina  
esponja que de Dios se empapa, y que rezum i  
sollozos; pues del campo tan dulce calma sube,  
tan de cercá ve el alma, su prosapia divina,  
que, como en un gran templo, la presencia adivina  
de un Dios en cada hoja que nace, en cada nube  
que asoma.*

*Me parecen ahora tan lejanas  
las mezquinas, estériles discordias cortesanas,  
los odios enconados de partido á partido...  
La gloria literaria, para mí es tan pequeña,  
que, hasta dudo que sea yo, uno que ha rccorrido  
con interés la frívola etapa madrileña.  
Y así, como hoy leyese una cierta revista  
en que un Señor esgrime su espíritu burlesco,  
y me alude, y afirma que «nadie llega á artista  
sin ser gañán bravío», me he quedado tan fresco.  
Y esto mismo hace meses, me hubiera molestado;  
pero, hoy... Sultán, mi perro, está mal, tiene pupa,  
y, hace días, un trozo de mi huerta he plantado  
de verduras. Tan solo esto me preocupa.*



*Francisquín ha venido, junto á mí se ha sentado,  
y como yo no soy el mismo de hace meses,  
le atiende á este bendito degollador de reses  
mucho más que á cualquiera pensador afamado.  
Y le digo:—Pachín, escucha.*

—Usté me ordena.

—¿Conoces al Señor Don Miguel de Unamuno?

—Unamu... Unamu... Don Ramón, no me suena.

¿Es de la Pola?

—No. Este Señor es uno  
muy sabio, dicen.

—Vamos, persona más que lista;  
algo así como Don Luciano, el organista.

—Hombre, algo más.

—Perdone. ¿Usté vió á don Luciano  
en la presa del río coger truchas, á mano?

—Razón tienes, que, cosas don Miguel sabe muchas,  
más, si con ellas piensa vivir, pescando truchas,  
se divierte.

Y, si un tal señor te dijera  
«mal carnicero» ¿'e enfadabas?

—Vaya un agravio.

Yo, cuanto mato vendo. Que digan lo que quieran  
los demás si me envidian...

—Tu si que eres un sabio.

—Honradamente cobro mis cuartos, señorito;  
y, con eso que gano, mi mujer y los niños  
van tirando. Usté puede verlos, siempre risueños,  
gordos. Yo soy feliz.

—Francisquín, te repito  
que eres sabio, pues sabes ser feliz, y es gran ciencia.

Y luego, pensé, á solas con mi conciencia.

*Gran ciencia es ser feliz, engendrar la alegría,  
porque sin ella, toda existencia es baldía.  
Yo también, quise un tiempo cultivar mi existencia,  
roturando los vastos yermos de mis dolores  
y sembrando simientes de santa poesía.  
Entre esperanzas germinaron las simientes,  
y dentro de mi espíritu fueron brotando flores*



*Pero, si las mostraba, sonreían las gentes  
y decían— «son flores, que no tienen aromas,  
flores de invernadero, pálidas, enfermizas,  
¡quémalas prestamente, y aventas sus cenizas!»  
Si al oír esas cosas sentía gran dolor,  
en mi pecho escuchaba un vuelo de palomas  
cada vez que entreabría una ilusión su flor.  
Y así, llegué á pensar: «Si la vida es tan dura  
y el arte es un consuelo,  
el arte no es la vida. El arte está en la altura  
y las almas que tienen alas, llegan á vuelo.»  
Y mi alma voló; más, no encontró la ventura  
porque los hombres frívolos que desdeñan las flores,  
van sembrando en el mundo cardos como rencores;  
y al llegar aquí, al campo, contemplé con tristeza,  
que el corazón estaba cubierto de maleza.  
Supe encontrar entonces un refugio en la calma  
solemne del regazo de la naturaleza,  
y en su amante cultivo aleccionada el alma.  
tranquilo, sereno, en mi rincón apacible  
escuché lo inefable y miré lo invisible,  
porque ví, gusté, oí y palpé la Belleza.*

*Y como sé, que fuera de esta madre no hay más,  
que palabras, palabras y palabras, yo intento  
amalgamar aquellas palabras misteriosas,  
que evoquen, inefable, la esencia de las cosas,  
que inunden á las almas de dulce sentimiento,  
que al corazón derritan en íntimo sollozo,  
y hagan llorar de dicha, y hagan llorar de gozo.  
O, aquellas otras, claras, vulgares, cristalinas,  
que todos han gustado, como el agua corriente,  
para espejar en ellas llana y humildemente  
el encanto de las faenas campesinas.  
Y así, mis versos, vasos pulidos y muy bellos,  
ó cántaras de barro, yo me derramo en ellos.*

*Viviendo, pues, en esta tranquila soledad,  
ageno á todo orgullo, á toda vanidad,  
la tierra me ha brindado abundosa y sin tino  
sus vides sazonadas, que trepan por las vegas;*



yo, vendimiarlas quiero, para extraer su vino,  
 y en vez de hacerlo añejo guardado en mis bodegas,  
 con ese afecto rudo, fraternal, aldeano,  
 que da el campo, ofrecerlo con amable interés,  
 al que quiera embriagarse con este vino sano,  
 con este vino nuevo, de mi pentecostés.  
 ¡Qué ruja el filistéo, que proteste el enano!

*Judaea tunc incrédula  
 Vesana torvo spiritu,  
 Ructare musti crapulam  
 Madere musto sobrios  
 Alumnos Christi concrepat  
 Christi fideles increpat.*

*Pero, ahora, al encontrarme cerca de la ventura,  
 el Sultán se me pone enfermo y la verdura  
 crece poco.*

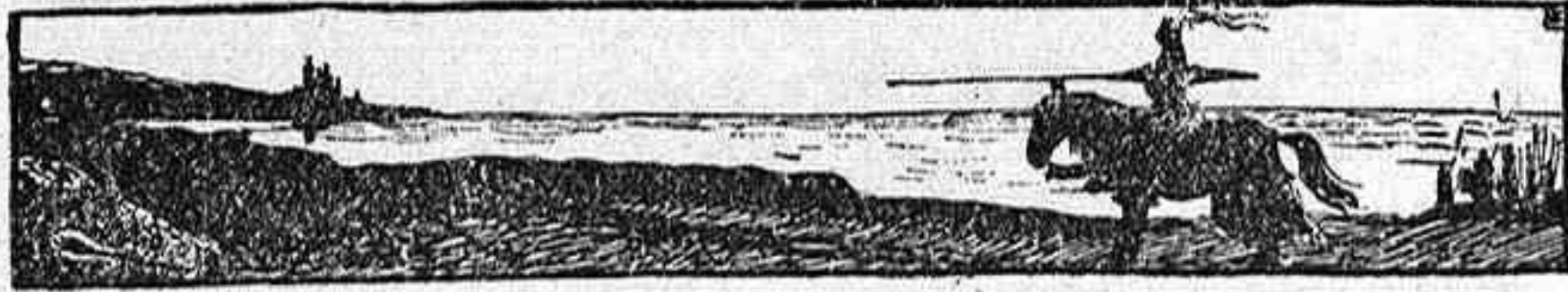
*La dicha ¿existirá?*

*Esta abuela  
 —la parra ya senil—por lo bajo murmura  
 algo, maternalmente, algo, que me consuela.*

Asturias. Noreña. Agosto, 1903.







JOSÉ CARNER ❖ ❖ ❖

CUENTO DE LOBOS

❖ ❖ ❖ ❖ UN ACTO

#### PERSONAS

SOLA .. CATALINA .. TRES HILAN-  
DERAS .. LA MENDIGA .. ALEJO ..

Interior campesino, á discreción de la fantasía del lector. -- En él viven Sola y Catalina. Cuando el telón murmura el *Erase que se era* la Mendiga está sentada junto al fuego. Alejo acaba de penetrar en la escena. Viene de una habitación interior.

LA MENDIGA. (*Levantándose, con voz ronca*).---¡Al ladrón!  
¡Al ladrón.

ALEJO.—¿Quién eres? Calla.

LA MEND.—Tú no me conoces; yo te conozco á tí.

ALE.—¿Por dónde has entrado?

LA MEND.—Por el ojo de la llave, montada en una escoba.

ALE.—Vete.

LA MEND.—Vengo del monte. He pasado por las lobe-  
ras, y los lobos me han hecho sentar y me han dado car-  
ne de oveja. ¿Dónde está tu oveja, lobo?

ALE.—¿Estás loca?

LA MEND.—¡Al lobo! ¡Al lobo! El pelo se le eriza, sus  
miradas son chispas, sus quijadas chocan de rabia. ¿Dón-  
de está tu oveja?

ALE.—Habla llano. ¿Qué dices?

LA MEND.—¡Todo el mundo duerme en la noche oscu-



ra, en la noche negra! ¡Qué noches tan frías las noches largas de invierno! Los corazones palpitan de miedo, los brazos tiemblan, los ojos no se atreven á cerrarse. Y cae la nieve... ¡Nieve en los senderos, nieve en los barrancos, nieve en los tejados! ¡El mundo reluce! Y allá arriba, arriba, en lo más alto del cielo, las estrellas tiritan... Y se oye un clamor confuso, y otro clamor, y siempre un nuevo clamor cada vez más cercano... Y se acerca la procesión de los lobos, una procesión larga que baja de las laderas... Y las estrellas caen del cielo de invierno, caén sobre la tierra helada y brillan por todas partes, y saltan y bailan, ¡Son ojos de lobo! Los lobos tienen hambre, los lobos tienen frío. Y corren y rugen como unos condenados. ¡Y todo el mundo duerme allá abajo! Ya casi no se cree en los lobos. Sólo algún cazador viejo, junto al hogar, habla de maese lobo; chochea, y las risas de los hijos le detienen. Y mientras los hombres sueñan en locuras, los lobos penetran sosegados en las casas, sin rozar con los muebles, conteniendo la respiración, de puntillas, con los ojos brillantes de alegría. Y escogen una oveja, la más gentil, la más blanca, la más hermosa. Y la estrechan entre sus brazos, y la estrangulan con sus garras. Y la oveja sonríe, porque los ojos del lobo resplandecen. Y á la mañana siguiente los pastores buscan la oveja, y encuentran manchas de sangre y pisadas de lobo. Lobo, ¿dónde está tu oveja?

ALE.—¡Vieja maldita! Di lo que sepas. ¡Lo quiero!

LA MEND.—¡Al lobo, al lobo, al lobo! ¡Pastores, labradores, venid con hondas y guadañas! ¡Al lobo! Arrojadle al pozo! ¡Quemadle! ¡Al lobo! ¡Al lobo! (*Desaparece. Alejo corre tras ella. La escena queda desierta unos segundos. Luego entran las tres Hilanderas.*)

HIL. 1.<sup>a</sup>—Todo está oscuro.

HIL. 2.<sup>a</sup>—¡Catalina! ¡Catalina!

HIL. 3.<sup>a</sup>—¿No sentís mucho frío?

HIL. 1.<sup>a</sup>—Echemos leña al fuego. (*De pronto una gran llamarada ilumina la escena.*)

HIL. 2.<sup>a</sup>—Calentémonos.



HIL. 3.<sup>a</sup>—Catalina no tardará en llegar. Hilemos.  
(*Las tres mujeres hilan silenciosamente. Larga pausa.*)

HIL. 2.<sup>a</sup>—¿Tú lo has visto?

HIL. 1.<sup>a</sup>—Sí. Soy vieja, pero mis ojos ven con una claridad extraña. No envidio á mi gato.

HIL. 3.<sup>a</sup>—¿Fué á media noche, verdad?

HIL. 1.<sup>a</sup>—Sí.

HIL. 3.<sup>a</sup>—Haría mucho frío.

HIL. 1.<sup>a</sup>—Por todas partes se veían sombras que temblaban. Las ramas crujían como huesos.

HIL. 2.<sup>a</sup>—Tal vez crujían los huesos de él, (*Las tres mujeres se estremecen de horror. Pausa.*)

HIL. 3.<sup>a</sup>—Todo se me olvida. Los recuerdos se me empujan dentro de la cabeza y caen todos al suelo. Cuando él murió, nosotras estábamos aquí. ¿Os acordáis? ¿No me engaño, verdad?

HIL. 2.<sup>a</sup>—Sí, sí, aquí estábamos.

HIL. 3.<sup>a</sup>—De pronto, Catalina, abrió la puerta y se arrojó hacia nosotras temblando ¿No es verdad?

HIL. 1.<sup>a</sup>—Sí, sí; me acuerdo.

HIL. 3.<sup>a</sup>—Estoy sufriendo horribilmente. Decidme por qué Catalina se abalanzó á las pobres viejas.

HIL. 2.<sup>a</sup>—No sé... (*Pausa.*)

HIL. 3.<sup>a</sup>—Me estoy torturando. Siento martillazos en la nuca.

HIL. 2.<sup>a</sup>—Veo algo muy lejano que se va haciendo claro... Catalina.

HIL. 3.<sup>a</sup>—¡Oh! ¡habla, habla!

HIL. 1.<sup>a</sup>—¡Había visto á una mujer en el cuarto del enfermo! Una mujer que estaba... que estaba...

HIL. 3.<sup>a</sup>—¡Sí, sí! ¡Que encendía los cirios amarillos de la agonía! ¡Era una mujer desgredada, miserable! ¡Daba miedo! ¡Gracias, gracias! ¡Una mujer que parecía loca! ¡Sí, sí! ¡Me habéis calmado! ¡He sufrido mucho, mucho! Ya sabéis que estoy enferma, muy enferma. Veo lucillas en los aires. Caigo. Tiemblo. Cuando paso por la calle me parece que las casas caen para aplastarme. Estoy muy enferma. Voy á morir. (*Llora.*)



HIL. 1.<sup>a</sup>—No llores. Nosotras deberíamos llorar también. ¡Hemos sufrido tanto!

HIL. 3.<sup>a</sup>—¡Sí, las tres hemos sufrido mucho! ¡Y sufriremos mucho más todavía!

*(Se levantan las tres y se abrazan. Larga pausa. Entra Sola con un haz).*

SOLA.—*(Despavorida)* ¡Cerrad la puerta! ¡Cerrad las ventanas!

HIL. 1.<sup>a</sup>—¿Qué tienes? ¿Te persigue alguien? Nosotras te defendemos.

SOLA.—¡No, no! Entrará por la puerta, entrará por la ventana, entrará por el ojo de la cerradura, entrará por las grietas de la pared.

HIL. 1.<sup>a</sup>—Ven, ven ponte al fuego. Tiemblos.

SOLA.—Sí, tiemblo de frío y de miedo.

HIL. 2.<sup>a</sup>—¿Qué es eso que reluce en tus cabellos?

SOLA.—Son copos de nieve...

HIL. 3.<sup>a</sup>—¿Y esas manchas rojas que traes en las manos?

SOLA.—Son manchas de sangre. Me he herido en los espinos y en los coscojos. Pero vosotras me protegeréis, ¿verdad?

HIL. 1.<sup>a</sup>—Sí, sí; no te asustes. Cálmate. Siéntate con nosotras, junto al fuego.

SOLA.—Tengo mucho frío. ¡Qué oscuridad y qué frío en el bosque!

HIL. 1.<sup>a</sup>—¿Por qué has ido al bosque?

SOLA.—Mi madre quería broza para encender el fuego. Me ha dicho que fuese á buscarla, y yo he salido cantando bajito, muy bajito.

HIL. 1.<sup>a</sup>—¿Tu madre lo ha querido?

SOLA.—Sí, y yo he salido cantando bajito, muy bajito. Me gusta ir al bosque, y cuando mi madre me envía allá, siento un gozo muy grande. Pero hoy estaba triste... Y todo era muy quieto y muy oscuro; los árboles me amenazaban, el mochuelo me hacía recordar á las brujas, y el cielo era negro, porque las estrellas estarían de luto. Y yo pisaba las hojas secas. Y el crujido de las hojas me hacía estremecer. Cuando he llegado á las encinas del



diablo, he empezado á coger broza. Cuando ya terminaba, cuando ya... ¡Dios mío! ¡Virgen Santa!

HIL. 2.<sup>a</sup>.—¿Qué te ha sucedido?

SOLA.—Me ha parecido oír un ruido extraño entre los árboles. Y todo estaba muy quieto y muy oscuro. Aquel ruido me hubiera hecho caer de espanto, si no me hubiese agarrado á un coscojo... y ya veis la sangre. Y en seguida, en seguida, vino un gemido, ¡qué gemido tan hondo! Un gemido que se parecía al que dió mi padre al morir... Yo, loca de espanto, me he echado á correr entre los matorrales, pero aquel gemido me seguía y parecía que me agarrase por las carnes y los cabellos. Y han empezado á caer los copos de nieve. Hasta que he podido llegar aquí. ¡Pero quiero ver á mi madre, quiero que me abrace, que me bese!

HIL. 3.<sup>a</sup>.—¿Quieres ir á verla?

SOLA.—Sí, sí, enseguida.

HIL. 1.<sup>a</sup>.—Dí á tu madre que la aguardamos.

SOLA.—Sí, quedáos. ¡Vigilad! ¡Que no entre nadie  
(Desaparece; larga pausa.)

HIL. 1.<sup>a</sup>.—¿Lo habéis oído? Su madre la dijo que se fuese. (Otra pausa. Las tres amigas hilan nuevamente. Entra Catalina.)

CAT.—Santas noches. Sola me ha dicho que estabais aquí ¿Por qué no me llamásteis antes? ¿Qué queréis? (Pausa breve.) ¡Responded, por Dios! ¿Tráeis malas nuevas? ¿Quién está enfermo? ¿Quién ha muerto? ¿Por qué me miráis así? ¿Qué os han dicho? ¿Qué sabéis?

HIL. 1.<sup>a</sup>.—No vuelvas á mi casa. Mis tres nietas son tres ángeles. Tú solías charlar con ellas. Soy vieja y fui amiga de tu madre. Te prohibo que vuelvas á mi casa.

HIL. 2.<sup>a</sup> (Lloriqueando).—¡Catalina! ¡Catalina!

HIL. 3.<sup>a</sup>.—Mi casa está junto al camino del bosque; muchas veces has entrado y me has pedido un vaso de agua. No entres más. Bebe en el caño de los cerdos.

HIL. 1.<sup>a</sup>.—(A la segunda). No llores; vámonos.

HIL. 2.<sup>a</sup>.—(Con voz entrecortada). Cuando Catalina era



chiquilla... yo la llevaba en brazos... y... y... y... la besaba... y... y... y...

HIL. 3.<sup>a</sup>—(*Empujándola*) Ea, salgamos.

(*Salen las tres hilanderas. Catalina permanece junto al fuego llorando silenciosamente. Al cabo de algún tiempo entra la Mendiga.*)

LA MEND.—(*Siempre con gran timidez,*) Buenas noches, hermana. Que el Señor la bendiga. ¿No me conoce?

CAT.—(*Se levanta algo sorprendida.*) Aguarde un instante; voy á buscar un pedazo de pan.

LA MEND.—Tengo pan para esta noche; blanco como la nieve. Dios le pague la intención, hermana. ¿Pero no me conoce? Todo sea por Dios.

CAT.—¿Nos habíamos visto antes?

LA MEND.—Sí tal, hermana. Soy una pobre mendiga, y no tengo más consuelo que mis devociones, Ruego por los difuntos. ¿Comprende? En cuanto me dicen que hay un difunto en una casa, allá voy, y me arrodillo al lado del hermanito que ha muerto. Rezo tres padrenuestros á los tres clavos de la Pasión, cinco padrenuestros á las llagas, uno á la esponja, otro á la lanza, otro á los azotes, otro á la corona de espinas. Tengo unas tijeritas y corto los pábilos demasiado largos. Ya comprende la hermana.

CAT.—Sí, ya recuerdo...

LA MEND.—¿Verdad?... Fué cuando murió su hombre, que en gloria esté. Era un varón muy bondadoso, según decían. (*El fuego se extingue lentamente. Entra Sola, sin ser vista y se sienta en un rincón.*) Hermana, ¿podía darme hospitalidad por esta noche?

CAT.—Imposible, hermana.

LA MEND.—Ya me lo habían dicho. Me decían:—¡No vayas, no vayas!—Y yo preguntaba:—Pero ¿por qué no he de ir?—Pero, como eran malos y gente pecadora, husmeaban y guiñaban el ojo. Dispense, hermana. Otro día será.

CAT.—Lo siento mucho... Pero hoy es imposible. Si me pide otra cosa...

LA MEND.—Gracias, hermana. Buenas noches. ¿Tiene



ovejas, hermana? Guárdelas del lobo. El lobo, cuando todo el mundo duerme, llama á la puerta del corral. Las ovejas miran por el agujero de la cerradura, y ven aquellos ojos tan relucientes. Y se enamoran como unas locas. Y el lobo da un golpecito:—¡Abre, vida mía; abre, amor mío!—La pobre oveja abre la puerta, y el lobo se la come ¡Dios nos asista!

CAT.—¡Basta!

LA MEND.—Buenas noches, hermana. Buenas noches. Me acordaré de sus intenciones en el rosario. Dios la bendiga y la Virgen María, San Pedro, San Pablo y el Angel de su Guarda. Hermana ¿tiene gallinas? Guárdelas de la zorra. Mire, á media noche, la zorra da un golpecito...

CAT.—Basta, basta, hermana.

LA MEND.—En fin, Dios la proteja. Buenas noches nos dé Dios. (*Desaparece*).

CAT.—(*Reparando en Sola*). ¡Hija mía! ¡Hija mía! ¿Te has dormido? ¡Hija mía!

SOLA.—¡Madre!

CAT.—¿Estás cansada?

SOLA.—Sí, muy cansada.

CAT.—¿Has cenado?

SOLA.—Sí, madre...

CAT.—¿No vas á tu cuarto?

SOLA.—Ya iré, madre. (*Pausa*). ¿Has llorado?

CAT.—Sí... ha sido una tontería. Ya pasó.

SOLA.—Yo también he llorado.

CAT.—(*Ansiosa*). ¿Por qué?

SOLA.—Pensaba en mi padre. Y esto no pasará nunca. (*Pausa*). ¡Cuán alto era mi padre! El hombre más alto del lugar. Y el más bueno. ¡Y qué voz tan dulce! ¿Te acuerdas?

(*Dan las once en la iglesia*)

CAT.—Vete á la cama, hija mía. Es muy tarde. Estás cansada. Dame un beso.

SOLA.—¿No me bendices?

CAT.—Sí... sí... no me acordaba (*La bendice*). Hasta



mañana, hija mía. Duerme en paz. Dame otro beso. Vete, y descansa.

SOLA.—Como quieras, madre. Buenas noches. Hasta mañana si Dios quiere. (*Sale. El fuego se ha extinguido casi totalmente. Dan las once en un reloj viejo y cascado que habrá en la escena.*)

CAT.—...Siete, ocho, nueve, diez, once... (*Llaman á la puerta.*) ¿Eres tú?

ALEJO.—(*Dentro*) Abre, Catalina.

CAT.—Enseguida. (*Abre la puerta. Entra Alejo con la carabina en la mano y la manta al cuello.*)

ALEJO.—¡Maldito lobo!

CAT.—¿Qué ha sucedido? ¿Te has hecho daño?

ALEJO.—Nada; un lobo me ha salido al paso; he disparado y he hecho blanco. ¡Soberbio animal!

CAT.—Habla bajo, muy bajo...

ALEJO.—¡Catalina, Catalina! (*Reaparece Sola, y vuelve á su rincón. Se oye el cuchicheo de Catalina y Alejo. Un beso.*) ¡Calla! Me ha parecido oír... ¿Has cerrado todas las ventanas?

CAT.—Todas... menos una que está allá abajo... He tenido miedo.

ALEJO.—Ven conmigo; yo la cerraré. (*Salen cogidos por la cintura.*)

SOLA.—¡Lejos, lejos, muy lejos! (*Abre la puerta de par en par y huye. Se ve el campo iluminado apenas por una fría luz de invierno. Caen abundantes copos. A los breves instantes reaparecen Catalina y Alejo.*)

CAT.—Sí, sí, la puerta se ha abierto.

ALEJO.—No hemos pasado la cadena. Habrá sido el viento. (*Cierra la puerta y pasa las cadenas. Una ráfaga de viento.*)

CAT.—¿Qué es eso?

ALEJO.—Una racha; no temas. Ya mengua, ya pasó. (*Aullidos lejanos.*)

CAT.—¡Alejo, Alejo! ¿No has oído?

ALEJO.—Son aullidos de lobos, que esta noche han bajado al llano.





ALEJANDRO SAWA ❖ ❖

DIETARIO DE UN ALMA

1.º de Enero...

Quizás sea ya tarde para lo que me propongo: quiero dar la batalla á la vida. Y como todos los desastres de mi existencia me parecen originados por una falta de orientación y por un colapso constante de la voluntad, quiero rectificar ambas desgracias para tener mi puesto al sol como los demás hombres... Quizás lo segundo sea más fácil de remediar que lo primero: hay indiscutiblemente una higiene como hay también una terapéutica para la voluntad; se curan los desmayos del querer y se aumentan las dimensiones de la voluntad como se acrecen las proporciones del músculo, con el ejercicio, por medio de una trabazón de ejercicios razonados y armónicos. Pero para orientarse...—Porque en primer término ¿dónde está mi Oriente?

Me he levantado temprano para reaccionar contra la costumbre española de comenzar á vi-



vir tarde y me he puesto á escribir estas hojas de mi dietario. Lo mismo me propongo hacer todos los días: luego repartiré la jornada en zonas de acción paralelas, aunque heterogéneas; y digo que paralelas porque todas han de estar influídas por el mismo pensamiento que me llena por completo: la formación de mi personalidad. Tengo edad de hombre y al mirarme por dentro sin otra intención de análisis que la que pueda dar de sí la simple inspección ocular, me hallo si no deforme, deformado: tal como una vaga larva humana. Y yo quiero que en lo sucesivo mi vida arda y se consuma en una acción moral, en una acción intelectual y en una acción física incesantes: ser bueno, ser inteligente y ser fuerte. ¿Vivir? Todos viven. ¿Vivir animado y erguido por una conciencia que solo en el bien halla su punto de origen y su estación de llegada? A esa magnificencia osadamente aspiro. Que Dios me ayude.

¡Triste día el primero del año! Gris en toda su extensión, lloroso, haciendo de la tierra un barrizal y de los hombres, vistos á través de las injurias del cielo, como espectros soliviantados por intereses indecibles. ¡Y feos!.. Getas, panzas, ancas y por dentro, en vez de almas, paquetes de intestinos y vísceras inferiores. He vivido ayer doce horas en la calle, en plenas tinieblas á las doce del día, lleno de barro y casi obseso por el terrible miserere verleniano

Il pleut dans mon coeur  
Comme il pleut dans la ville

sin haber acertado á vislumbrar una sola cara completamente humana, *facies hominem*. ¿Serán



más claros para los efectos de la psicología los días de lluvia que los de sol?

¡Qué espanto si la conseja del vulgo fuera cierta, si los trescientos sesenta y cuatro días restantes tuvieran que ser iguales, como vaciados en el mismo molde, al día primero del año! ¡Trescientos sesenta y cuatro días sin sol y sin dignidad, trescientos sesenta y cuatro días sobre el fango y entre hombres!

Y hoy, otro día más, lluvioso como el de ayer, con su amenaza de seguir buscando lo que ayer no encontré, de lo que hoy, quizás, no alcanzaré tampoco. Y mañana... y después de mañana... y siempre, siempre...

La lepra, atrae, la salud, rechaza. Un leproso encontrará siempre otro que se le una. Lo propio del hombre justo es la soledad.

Sobre la mesa en que escribo y frente á mí tengo el reloj del que no he de tardar en separarme. Marca en este momento las diez y cuarto y apenas haya recorrido dos cifras más la manecilla que señala las horas, ya no será mío sino nominalmente. ¡Mi buen camarada! ¡Cómo preferiría siendo propietario de manadas humanas vender un hombre á desprenderme de mi reloj, aun siendo temporalmente! ¡Mi buen camarada, mi buen maestro! No caben en mil cuartillas lo que me ha enseñado, ni yo podría en diez años de palabrear decir cuánto su sociedad me reconforta. Lo amo por su forma deliciosamente curva (senos de mujer, lineamientos altivos de caderas, magnífica on-



dulación del vientre) por su color de gloria y de opulencia, por su esfera blanca que encierra la eternidad en doce números, por la fijeza, que aturde, de sus opiniones y por lo invariable de su ritmo sagrado, más conquistador que el de la Oda. Lo amo también porque su corazón, siendo in-conmovible, es superior al mío y me sirve de ejemplo.

Nos separamos pues. El dejará de latir algún tiempo, yo habré, aunque me rechinen los dientes, de continuar oyendo, á falta de otro, el tic-tac siniestro de la péndula de Baudelaire: «es la hora de embriagarse: embriagaos; á cualquiera hora, en cualquiera sazón, no importa en que sitio ni en que momento; para resistir el peso de la vida, embriagaos, embriagaos sin tregua: de vino, de amor, ó de virtud, pero cuidad de permanecer siempre ébrios.»

¡A la calle, á la batalla, á luchar con fantasmas! Pero son calles en que al andar se pisan corazones y son fantasmas que ocultan bajo sus túnicas de niebla, puñales y amuletos contra la dicha humana.

Día 3.—A hora indecisa de la mañana.

He dormido mal: sin haberme pasado la noche odiando, como el ogro teutón, no he amado tampoco. He leído y he tosido mucho, hasta llegar al abotargamiento del cerebro y á sentir como desencajadas las tablas del pecho.

El día ha amanecido espléndido. ¿Qué me reservará?



Día 4.

Ayer ocurrió en Madrid un hecho cuyas proporciones exactas pueden ser contenidas en estas líneas: Fulana de tal tenía un novio, que la abandonó. Y la mujer lo amaba. Inútiles fueron cuantas inquisiciones produjo para averiguar su paradero. Es indudable que encendió velas al pie de los altares, que ofreció exvotos á todos los iconos de la ilusión, que se ensangrentó las rodillas arrastrándolas sobre las losas de los templos, que invocó á esas fuerzas tutelares de la vida que con tanta esplendidez regalan promesas á los desesperados y á los candorosos—pero inútilmente. Y cuando estaba á punto de cruzarse los brazos sobre el pecho y á dejarse llevar y traer por las olas de su antojo, el azar, fecunda matriz de cuantas causas ignoramos en la vida, la hizo toparse con otra Fulana, gitana de raza, ladrona y á las veces quiromántica de profesión, quien le ofreció averiguar el paradero del fugitivo y darla medios para hacerse de nuevo amar por él—¡la tierra, el sol, el mar y las estrellas!—mediante el estipendio de unas cuantas monedas indefinidas...

Ciento ochenta y cinco piezas de á peseta marcaron el numerario total de la enamorada y la agonía de sus esperanzas. Hecha pública esta historia por los periódicos, pocos advirtieron que esta vulgar gacetilla es un drama enorme cuyo personaje principal es la inmutable alma humana —y que esa mujer cualquiera se llama la Mujer —y que los polizontes y curiales (la amante había llamado en su auxilio también á la justicia humana) que intervinieron en el prosáico suceso judicial, revolviéron, sin notarlo, más pedrería que si



hubieran hundido los brazos en los tesoros mágicos de un gnomo.

Es una malaventurada historia de amor lo que contienen esas hojas de papel de oficio; y al estampar el potentísimo vocablo, se levantan en mi memoria con arrogancias conquistadoras, toda una legión de frases, más vivas todavía que la mano ardiente que ahora mismo escribe estas líneas: desde la convulsión ritmada de la carmelita de Avila

Ya toda me entregué y dí,  
Y de tal modo he trocado,  
Que mi amado es para mí  
Y yo soy para mi amado,

hasta el decir, sombrío como un epitafio, de esa alma de ermitaño que fué Proudhon: «la mujer es la desolación del justo».

No señalo ninguna novedad diciendo que se puede ser conciso en un volumen y prolijo en una línea. Sin apretar mucho la escritura, podría intentarse la descripción de todo un continente en una tan ligera agrupación de renglones, que la vista los abarcara al primer apremio.

Del amor, no.

Isócronamente, monótonamente, los hombres, desde el más confuso alborear de las edades, balbucean las letras iniciales del amor, sin llegar á formar un alfabeto racional nunca. ¿Es placer ó tormento, vida ó muerte? ¿Acaso los dos términos á la vez?

En todas las encrucijadas del Misterio hay ángeles de misericordia, con el índice posado sobre los labios, en actitud de imponer silencio.

Pero, ¿qué vale la definición de una cosa junto á la posesión de la cosa misma? Que le hubieran



dicho al casi dios de Urbino que la Fornarina no era más que un vasto sexo carnal que se le corría desde los pies á la cabeza: ¡qué gesto entonces, qué rugido de león!

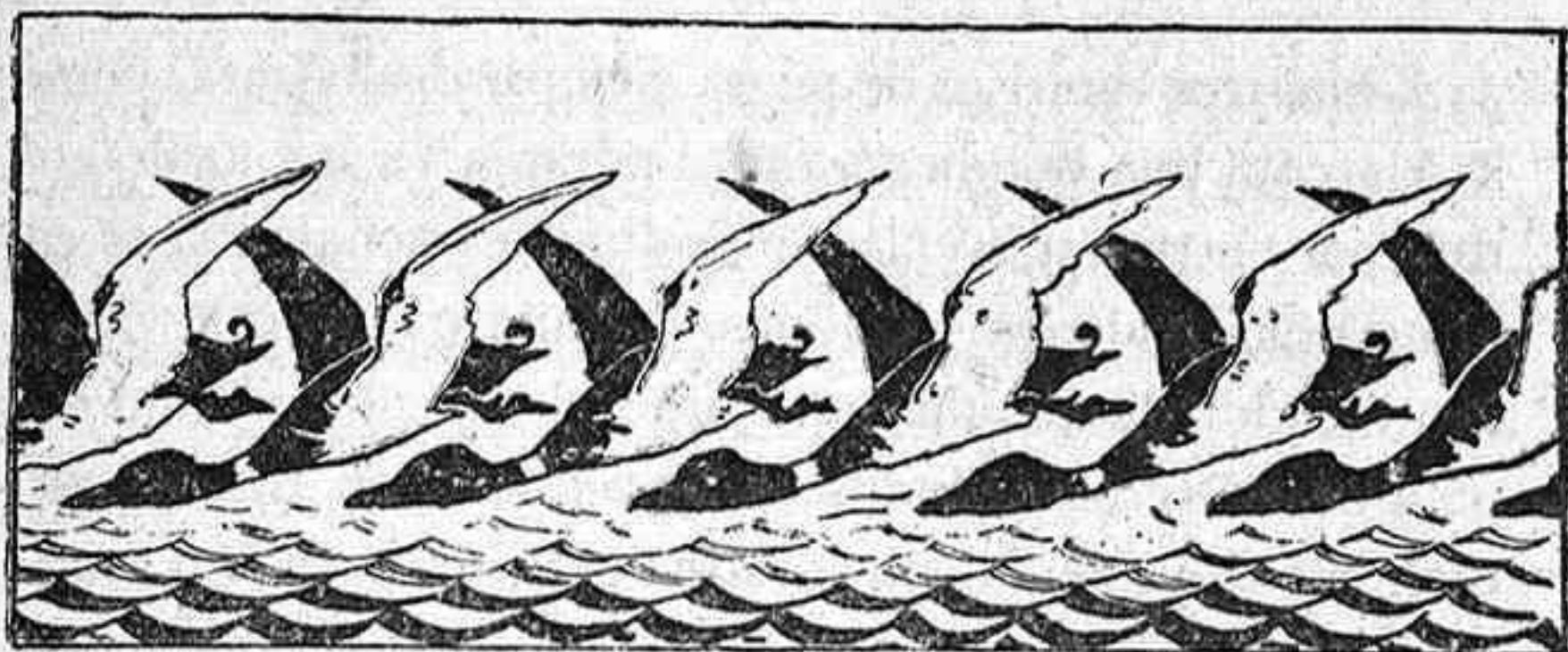
Que se le glose la frase de Nietzsche: «¿Vas con mujeres? no olvides el látigo» al primer gañán de quien se sepa que se le demuda el rostro cuando se le mienta, sencillamente, el nombre de cierta mozuela de su lugar, y tendría que oír el insólito comentario...

Que se le diga á un enamorado cualquiera la doliente frase de Flaubert, que en el idioma en que fué escrita tiene casi las inarticulaciones de un sollozo: «Dices, niña, que me vas á querer toda la vida. ¡Toda la vida! ¡Qué presunción en una boca humana!», y el enamorado nos miraría con los ojos espantados de un creyente que viera desgarrarse de pronto el misterio azul del cielo y aparecer tras él el triste estigma de todas las miserias humanas: ¡*nihil!*

No, el amor no admite definiciones ni leyes. Es uno é infinito y alado, viaja de polo á polo, siempre igual y siempre diferente. Heine lo grabó así en el portentoso *lied* de la palmera africana enamorada del pino del Norte. Más complicada, aunque menos artista, el alma de Renán, dijo esta frase que restará perdurablemente de pie, con el sosiego de una montaña: «El amor es una voz lejana de un mundo que quiere existir».

Por eso danza eternamente al compás de tantos ritmos, sagrado algunas veces, profano las más, en todas las latitudes de la tierra. Y algunos lo ven bajo las apariencias de un juglar que baila con un puñal clavado en las entrañas.





ANGEL GUERRA ❖ ❖ ❖

❖ FUERA DE ESPAÑA

❖ ❖ ❖ RETAZOS ❖

**L**A caravana pasa... Allende los últimos años de la centuria pasada, como hogaño, nuestra nación fué un país de leyenda. Petrificada con dureza de lava volcánica, en la corriente histórica, á ojos extraños era poética visión medioeval, evocación al vivo de razas y civilizaciones muertas. El mar, piadoso de corazón á veces, quiso separarla del Africa fronteriza, cuyos destinos debió seguir también nuestra España. Con los árabes desterrados, nómadas hoy en los desiertos que proyectan en sus arenas los picachos del Atlas salvaje, se fué del solar ibérico una gran civilización, color y sensualismo en el arte, alegría y pompa oriental en el vivir, ímpetu guerrero y pasión de amar en las cortes de los Califas, en los reinos de Taifás y hasta en los duelos caballerescos, un tanto, de zegríes y abencerrajes, bravos sobre los campos de batalla, muelles en el retiro de los floridos cármes y á la sombra húmeda de los patios, en donde el agua, con alma toda música, no duerme ni descansa.



A nuestros espíritus de poeta siempre despertará, como á Alarcón, una honda añoranza mirar la vieja y azul agua del mar en nuestras costas meridionales, señalando el camino por donde los musulimes, de sangre ardiente y cerebro creador, se marcharon al trote de los corceles un día para no volver, llevándose el *panache* de su raza, la virtualidad de su genio enamorado del color, para ir á morir allí sin grandeza, embrutecidos en una barbarie de siglos, errantes siempre, de aduar en aduar, con las tiendas plegadas sobre los lomos de los camellos, perennes peregrinos del líbico desierto y del zahárico arenal.

Siguen también la ruta de nuestras añoranzas de poetas, rastreando la marcha de los árabes, los viajeros trashumantes de otros países. Cortan las olas la ruta de esta peregrinación á los pasos; pero, más intrépidos, los espíritus la siguen, intensamente compadecidos y devotos.

Como Boabdil, el de los tristes destinos, vuelve otra vez Chateaubriand, espíritu cristiano, á llorar, mirando desde un ajimez calado de la Alhambra, la morisca ciudad granadina, reviviendo el ido esplendor de la civilización árabe y la poesía de su historia romancesca, soledoso el poeta, ya sin el alma grande de aquel pueblo de artistas.

Sólo esa huella morisca deja en nuestra fisonomía nacional un bello gesto, un aliento de alegría.

Para los demás viajeros por tierras de España, es este un país petrificado siglos há. Es algo arcáico, de curioso estudio, en medio del brillante cosmopolitismo moderno, extraño á la espléndida civilización de la Europa contemporánea, y que en su retraso de centurias produce idéntica impresión que la que invadiera el alma del protagonista novelesco en *Brujas la muerta*, descrita por Rodembach.

Queda en el rostro y en el talante de nuestro pueblo el reflejo de su carácter primitivo, el sedimento atávico de nuestros pastores guerreros y de nuestros bandidos, por azar del oficio, tornados héroes. Subsiste también la roña histórica, la perpetuación de los hábitos bárbaros,



el fondo de un alma sádica hasta el delirio. No bebieron como los tártaros sangre humeante los viejos españoles, pero gustaron siempre de emborracharse con su olor. No viven ya las soldadescas de las humanas carnicerías de Flandes, ni los brutales exterminadores de las indígenas razas en América, pasadas á cuchillo; gente que deliraba de placer en la matanza. Pero parecen ser los mismos los hombres que Gautier descubre en las plazas de toros, espectáculo de sangre que ya sólo puede gustar al espíritu bárbaro de Jean Lorrain y que, con la misma pluma que describiera la crueldad de las luchas en el circo romano, ha pintado en toda su monstruosa brutalidad el polaco Sienkiewichz.

Siempre fué sádico el espíritu religioso de este pueblo, con alma atormentada, toda dolor. Padeció sed de matar y de morir. De lo ideal en el cristianismo, del ansia de amor, no comprendió nunca nada, porque esa paz mística no cuadraba ni á su carácter ni á sus instintos. Quemó judaizantes, ajustició herejes, hizo funcionar el terror, y cuando no tuvo carnes que tostar ni ideas libres que vencer, nazareno hambriento de pasión y cruz, tornábase á la locura del martirio. Aun vive así; todavía persisten la sed de sangre y la calentura suicida. Resurge ese pueblo en la España Negra que viera Verhaeren. Son los penitentes que en Jueves Santo, detrás de esos Cristos lívidos que desgriñan, sobre espaldas y rostros, humanas cabellejas, expresión del dolor más trágico, van desollándose las carnes con azotes hasta que corre la sangre y queda en llaga viva la piel.

No; no es mentira la leyenda nuestra. A más del color, Gautier y Verhaeren han comprendido con toda exactitud la psicología de este pueblo que, cansado, se sentara solitario á la vera del camino, hace siglos, á esperar... sin saber que los demás que continuaron la jornada histórica, ya no vuelven.

Tardará mucho tiempo hasta que vengan los salvajes, de quehabla Macaulay, á remendar sus redes á orillas del Támesis, ya desaparecido el poderío gigante de Inglaterra.



La caravana pasa... Pierre Loti, el último viajero artista por España, no pasó de la vasca tierra, y de ella dejó el sabor melancólico del paisaje y el temple del alma en los hombres, impregnando las páginas de su prosa sensitiva y cálida. Pocos han de volver por acá. Subsistirá la actual leyenda, y por ella, ya dados por muertos, viviremos en la memoria de Europa.

Algún día los sarnosos moros del Atlas volverán á vagar por las vegas andaluzas y las llanuras castellanas, detrás de los camellos que cargan las movibles tiendas, y cavilosos á la vista de alguna vieja ciudad en ruinas, pensarán, ante la grandeza sombría de la piedra en nuestras catedrales góticas, que un pueblo con alma consumida por el dolor tenía que morir exengüe y tétrico; y por instinto de vida, nuevos dueños del solar hispánico, volverán los pasos atrás para postrarse, cara al sol, sobre el mármol de la mezquita en Córdoba, é irán á flamear sus jaiques pintorescos bajo los arcos de herradura de la Alhambra, porque sólo allí, allende los siglos, hubo una vez en España una ráfaga de alegría...

Declaremos con sinceridad el *finis Hispaniæ*. Nuestro arte literario tan á menos ha venido, que es solamente, en la actualidad, un arte casero. Más allá de las fronteras, al otro lado de los mares, nuestra influencia literaria totalmente se ha perdido. Ni siquiera en la América latina, que conserva todavía el habla castellana, en que mal puede expresarse un alma que ha dejado de ser española, representa nuestro arte literario una fuerza viva, un jugo materno. Si acaso nos recuerdan, es como una espantable tradición, que huyen los escritores nuevos.

Surgen allá, en *tierra caliente*, los retoños de una literatura propia, indígena, netamente americana; y hay una literatura moderna que se orea á los vientos del arte contemporáneo en Europa. Toda la poesía de la inmensa pampa argentina, donde el gaucho corre el potro salvaje y se sienta á improvisar el pallador á las puertas de la ranchería, es una nota nueva y sana que ha estremecido



las cuerdas en la guitarra de Santos Vega. Así, también, toda la belleza y frondosidad del paisaje tropical, bañado en cruda luz de sol, sumergido en penumbras de selvas sin término, empapan con su sabor de campo oloroso las páginas novelescas de Jorge Isaac.

Los otros, los cosmopolitas, como Ruben Darío, han recibido las lustrales aguas del bautismo artístico en París. No hay en sus prosas el ceño adusto del clásico hidalgo; son gráciles, con el sugestivo gesto y la elegancia en los movimientos de una parisién.

¡Tamaña soledad! Fuimos ricos y pródigos, cuando Dios quería. Al calor de nuestra limosna literaria, otros artes extranjeros lograron fama y honores obtuvieron. ¡Mudanzas de la suerte! Los señores viven hoy con las sobras de los antiguos villanos.

Donde quiera que vayamos á estudiar una literatura hemos de encontrar una huella del viejo arte español, ya borrada por el tiempo, y que, sin embargo, se denuncia.

Francia nos debe. Esa gente maleante, con ingenio y de divertidas truhanerías, que se tratan al hojear la antigua novela, sobre todo en libro maestro de Lasaje, no nació de los viejos *fabliaux*, como cuentan, sino que la transportaron de nuestra novela picaresca, y remozan, en extraño suelo, la estirpe de nuestros clásicos pícaros; son de la misma casta española, de la auténtica, hampones, lazarillos y escuderos. Pues esos tipos que desfilan por la escena en el teatro de Molière, van disfrazados, y á poco que los dejen lanzarán ternos y requiebros en español. Ya, con el cambio de carácter, no retarán por «punto de honra», ni harán muchos ascos por escrúpulos de fe; pero siempre dejarán á salvo la hidalguía y no depondrán nunca su actitud gentil, como cumple á un caballero.

A través de la obra de Gogol, esa *Almas muertas* que inmortaliza el arte eslavo, á poco que escarbe la crítica, encontrará, bajo la costra de la invención novelesca, en el fondo del doliente y á la vez regocijado humorismo, un renuevo del arte de nuestro Cervantes, la misma pauta, un aliento de idéntico espíritu, que ríe y llora en mezcla



inimitable. Sobre las páginas del libro ruso, *Don Quijote* proyecta su sombra inmortal.

¿Y qué es el teatro de Schiller, ese corazón español, pensamiento germánico, más que una prolongación, ó, si se quiere, un nuevo retoño de nuestro pródigo arte escénico en pasada edad? Allí hay un soplo del viejo teatralismo español, la garra impresa por la musa seria, con pergenio trágico, que tantas veces supo sentir lo humano.

Y ahora, nada. Malviviendo nuestro arte literario en estas cuatro paredes del caserón nacional en ruinas, nos quedan el blasón... y la miseria intelectual más humillante.

Job está en el estercolero.

... Es español. Burlador, pendenciero, enamorado, pronto al reto, hábil en duelos, ni tiene temor de Dios, ni vacila en invitar á los muertos. Sabe seducir una monja y es segura su mano para matar un rival. Le conocimos por acá hace tiempo. Se llamaba entonces *Don Juan*, burlador en Sevilla, su patria nativa. Fué Tirso de Molina, fraile y poeta, uno de los que le metieron en tratos con comediantes. Más tarde lo apellidaron Tenorio, y así lo conocen nuestras gentes. ¡Gran figura! Apuesta en las tabernas, y en las callejas riñe; á las diez es galán de una dama, con quien habla á la reja, y á las once rinde á una novicia, escalando las tapias de un convento. Nada respeta su romancesca osadía. Si su propio padre lo maldice, enhorabuena; si la ira del rival burlado lo busca, allí está, al cinto la espada siempre dispuesta al duelo, y para que su valor no sufra mengua, desafiador de los muertos, con la copa llena en el sitio vacío, él espera que llegue el convidado de piedra.

Sí; este tipo es español. Si lo vemos ahora por estas tierras, disfrazado un tanto, cambiado de nombre, hablando en extrañas lenguas, al instante se conoce que nació en Sevilla. No importa que lo disfrace Molière, ni Dumas, ni Musset. Aquel espíritu intrépido, galanteador, irá por todas partes diciendo que es de tierras de España.



Hasta entre las nieblas del Támesis, cuando Byron lo canta, *Don Juan* conserva su naturaleza meridional á la española.

Pues; bien esta hembra, morena, jitana, que parece nos va á decir la buenaventura; esa, que quiere con ímpetu de pasión, y á quien llaman *Esmeralda*, creación de Hugo, reparen cómo, en sus negros ojos, llenos de sol, y en sus labios rojos como claveles nuevos, hay un no sé qué que la denuncia por española, por el azar de la vida libre de la fugitiva y errante tribu de los suyos, llevada á padecer de amores al soco de las torres de *Notre-Dame*, calentando con el corazón las tristezas sin límites de Cuasimodo. ¡Si hasta la pobre *Mignon*, cantada por Goëthe, parece en tierra española nacida!

Hembra también, andaluza neta, sevillana, como *Don Juan*, es esta *Carmen* de carne y hueso, alma toda donaire, cuerpo todo gracia, burladora, maleante, cruel con los amadores, que viste el clásico pañolón sobre los hombros y las flores en la cabeza de las cigarreras que desfilan por el puente de Triana, repartiendo el hechizo de su hermosura entre un soldado y un torero. Merimée la ha diseñado con pluma admirable; es el tipo de la muchacha, sal de la tierra, el alma misma, gentil y graciosa, de nuestra Andalucía.

Si responde por *Gil Blas*, preguntándole, ha de reconocer su solar castellano. Ese pícaro es de la ralea de los nuestros. Ha conocido á Guzmán de Alfarache, á Marcos de Obregón y al Lazarillo de Tormes. Excítale el holgar de la vida hampante y las mañas de su ingenio, siempre vencedor en aventuras casi imposibles, lo aprendió de nuestra gente picaresca; y si ayunó en casa del Gran Tacaño, delante de la olla con un solo garbanzo, el malicioso ingenio le dió arte, como al lazarrillo famoso para hurtar el arcón del cura á quien tan donosamente serviría.

Pues este truhán no desmiente su orgien hispánico. Es *Fígaro*. Beaumarchais le conoció por acá.

Su cómica agudeza, su regocijo maleante los ha bebi-



do, sin duda, al nacer en España y los ha conservado íntegros al recrearse en Francia. Cáustico en sus burlas, el buen *Figaro* se ríe de las humanas ridiculeces con gorja de sátira. Sí; es la encarnación de este buen humor de nuestro pueblo, á veces alto sentido crítico, á ratos ligero retozo del espíritu, ávido de despabilar preocupaciones y tristezas.

*Figaro* es un descendiente de los arrieros que mantearon á Sancho en el corral de la venta.

¿A qué seguir? Son muchos los tipos españoles que vamos encontrando en una búsqueda, rápida y todo, viviendo con ciudadanía extranjera.

Nos los robaron; pero dondequiera que estén, disfrazélos como los disface el arte literario, no negarán solar y cuna. Poco importa el traje que vistan, ni la lengua que hablen. El alma que dentro llevan, inmortal, es española.

Desterrados ilustres, la patria os recuerda.

Pocos críticos con renombre universal hablan de nuestra literatura contemporánea. No la conocen ó no la estiman. Bien es verdad que tampoco la traducen.

Brunetiere ha elogiado á la Pardo Bazán y á Valera; Gaston Deschamps esbozó unos pobres estudios sobre Galdós y Blasco Ibáñez. Ninguno de esos trabajos indica un serio sondaje crítico, ni siquiera un rasgo revelador de quien han comprendido, á través de la totalidad de la obra, las personalidades literarias. Son fragmentos, *causeries*, ligeras indicaciones bibliográficas, sin barruntos de psicologismo artístico, más bien con amable tono de elogio, por muy obligada galantería.

¿No valen nuestros novelistas actuales? Creo que sí, y que en el arte contemporáneo algunos pueden ocupar puestos de honor. Nuestros poetas debieran ser también más estudiados.

Hay, en todos, más que un desborde de color, una enorme cantidad de espíritu, plenitud de vida.

No por el exotismo de las costumbres, ni por lo que



encierre del extraño carácter nacional, alma y vida de un pueblo, acento y rostro de una raza, nuestra literatura actual (excusado el arte dramático de tan escaso mérito entre nosotros, ayer como hoy), debiera circular libremente por Europa, agasajada y bien recibida en todos los países continentales que se precian de intelectualismo, por lo que esa literatura tiene de masculinidad, de fuerza, de creación y de entraña humana, viva y palpitante.

Resisten, gallardamente, nuestros novelistas la comparación. Frente á frente de los que allende la frontera ejercen la primacía, no serán los nuestros los que rindan las armas en homenaje de vencidos. Muchos de los primates apenas si á nuestro Galdós alcanzarán la merced de calzarle la espuela.

Pero en loa de los nuestros no suenan las campanas de la crítica extranjera. Sería mucho *in honore tantum fæstum*.

Padecemos solamente la curiosidad de los solitarios hispanófilos. Estudian éstos lo viejo, por lo general, con paciencia de anticuarios, sin miedo al moho ni asco á la ranciedad. Sobresalen algunos de estos eruditos ¡quién lo duda! Farinelli y Wolf, grandes polígrafos, han desentrañado, con acierto crítico, nuestras antiguas letras y han investigado el curso del espíritu nacional á lo largo de nuestros prosistas y de nuestros poetas, antaño en olvido, hoy resucitados á justa y grande iumortalidad. Detrás de éstos, como limosneros importunos, viene la ronda de los eruditos á la violeta, de los críticos de pan llevar, que repiten, hasta lo infinito, los *laudes* ya sabidos, y si algunos rebañan las sobras de los que pasaron, otros meten la cuchara en la olla común, donde los sabios, los verdaderamente críticos, han sacado ya la carne. Así resulta ese caldo sucio que ha servido Fitzmaurice Kelly con despreocupación británica.

Los que en Francia nos estudian literariamente no tienen ni un nombre ni una autoridad. Desde Morel Fatio hasta Boris de Tannenberg, sin olvidar Merimée, profesor en Tolosa, han puesto amor, pero les ha faltado críti-



ca. No han profundizado en nuestro arte moderno; no han vivido la intimidad de nuestra literatura, pasional y de ideas, en un maridaje extraño; no han desentrañado la complejidad de nuestra novela actual, toda espíritu, naturaleza y vida. Son meras semblanzas personales lo que han hecho, discretas apostillas al margen de un catálogo de librería. Estudios críticos, disertaciones de un marcado psicologismo del arte, derroches de erudición para analizar la novela moderna en el curso de su desenvolvimiento desde las viejas raíces de donde arranca hasta hoy, para declarar el mérito que entraña, nada de eso han hecho los buenos hispanófilos ya nombrados.

Italia también nos desconoce. Mucho más que sus novelistas del día valen los nuestros contemporáneos. No obstante, parece que nos desdeñan. Por lo menos, casi no nos traducen. Salvo un libro de Pagano y algunos artículos de Gubernatis, yo no conozco, de mis lecturas, un elogio italiano. Sus grandes críticos Capuana y Panzocchi nos silencian. ¿Es que hasta ellos no llegan nuestros nombres?

No lo sé; pero es un dolor la soledad á que la crítica europea nos condena, y no por males de nuestros pecados.

Sí; se escribe, se menta la novela y la lírica española fuera de España. Y, ¿qué?

Todo es bambolla, verdura de las eras. No vale ese montón de papel impreso lo que nos valdría un solo estudio de Anatole France. ¡Si algún día tuviera piedad de nosotros!...





❖ JUAN R. JIMENEZ ❖

PABLO VERLAINE Y SU

NOVIA LA LUNA ❖ ❖ ❖

ESA dulce y triste luna, esa luna hecha de lágrimas, que ha querido acercarse á nuestro mundo para alumbrar la penumbra del alma á los poetas; la luna divina que fué novia de Enrique, de Gustavo, de Alfredo y de todos los que han dejado su estela de plata por la senda de cipreses y violetas, brilló como una aureola mística sobre la calva amarilla de santo del pobre Pablo Verlaine. Ninguna mirada llegó hasta ella con tanto amor ni con tanta tristeza. En el arenal de la vida, ella—dorada, gris, roja, blanca, rosa,—puso siempre la sombra del poeta para que lo acompañara, para que le oyera sus dulces versos, para que le secara sus lágrimas de hospital allá á las



altas horas, cuando el corazón cantaba rimas de flores en el ambiente de fiebre, cuando el organillo de la nostalgia lloraba sus aires antiguos y el ángel del alma abría sus azucenas rimadas hacia la Santa Virgen María.

Rubén Darío, en su triste y hondo *Responso* á Verlaine, ha sabido dejar con amor de hijo un inefable fulgor nocturno en la frente del poeta:

Tu rostro de ultratumba bañe la luna casta  
de compasiva y blanca luz.

Es una ofrenda doliente y sincera; ¿qué mejor se podría regalar á Pablo Verlaine que un rayo blanco de luna?

Sobre los paisajes espirituales del pobre Lélian, la luna sueña eternamente en la dulzura de la tarde ó en la profundidad serena de la noche, como una voz, como una nota viva y consoladora, buena para el alma que pide amor al río, al árbol, al ruiseñor, á la estrella, en esta vida tan sobrada de hombres. Cuando el arpa de Verlaine se alumbraba de luna, gime un aria secreta y lejana, serenata con flores azules, idilio romántico y viejo, esplendor de parques dormidos, donde las fuentes suntuosas suspenden sus hilos diamantinos en un éxtasis de hielo. El claro de luna prepara su fondo para las apariciones; es una quietud solemne y lírica; la misma brisa detiene sus aromas balsámicos; el árbol muestra sus hojas de cristal; hay una melancolía inmensa bajo el azul del cielo; pasan los bufones de Bérgamo cantando al són de sus laúdes, y los pájaros sueñan en las ramas... Y el claro de luna es sereno y es triste y es bello. Pablo iba una noche por el campo. Era en aquel



buen tiempo en que su alma, al amor de la estrella pálida de la mañana, vió subir la alondra al cielo, desde la hierba llena de rocío; cuando sus ojos se llenaban de alegría entre los campos de trigo. Su corazón latía dulcemente... Iba por las sendas floridas cantando y sonriendo, corazón y cabellos al viento; una ráfaga del valle había barrido las horas mustias y amarillas... ¿Quién se acordaba de la cueva obscura de la ciudad? ¿Era él mismo quien escribió aquel nocturno de París? Seguramente, aquél nocturno fué una mala pesadilla; y los entristecidos de hambre y de sueño que pasaron junto al Sena, estarían ya en algún camposanto. Y aquel aire viejo «qu' enfants nous tapotions sur nos harmonicas», ¿lloraba en sus versos ó en la ronda del aire? Pablo iba por el campo; el lago reflejaba la silueta del sauce negro donde el viento se detenía llorando; en su corazón brotaron unas flores:

La lune blanche  
luit dans les bois;  
de chaque branche  
part une voix  
sous la ramée...

O bien-aimée.

Y aquella noche la luna lo durmió dulcemente y Pablo soñó como un niño.

En los versos de Verlaine la luna se viste con todas las elegancias: en «Mandoline» se ha puesto un traje de raso; en «L'heure du berger» un pobre corpiño campesino; otras veces nace desnuda. Es una verdadera novia del ensueño; tiene todos los aromas, todos los matices, todas las ca-



ricias, todos los besos; tiene senos de niña, tiene brazos de mujer, tiene cabellos de ninfa y fulgor de quimera y tristezas de muerte. Vá á consolar al poeta en la miseria de la cárcel, sirve de nido iluminado y triste para el ruiseñor de sus primeros amores. Y aunque en muchos versos no surge, su nimbo de luz da un resplandor al horizonte de campo ó de jardín... A través de todos los libros de Verlaine—como en el interminable fastidio de su llanura,—se creería ver vivir y morir la luna. Ella le quitó muchas espinas del corazón, le plateó mucha sangre y le alumbró muchas flores.

Y en el esplendor triste de una luna descolorida y solemne, una noche melancólica de estío llena de silencio y de obscuridad, Pablo contó á su novia uno de sus más bellos cuentos, un paisaje lánguido de su alma, sollozo lleno de ajeno y de llanto, que pasa por el corazón como una mariposa blanca perseguida, en medio de la alegría de la primavera, por su vaga sombra negra.





MANUEL MACHADO ❧ ❧

❧ ❧ ❧ ❧ CAPRICHOS

LA HIJA DEL VENTERO

«La hija callaba y de cuando en  
cuando se sonreía».—*Cervantes.*—  
*Quijote*

*«La hija callaba  
y se sonreía»...  
Divino silencio,  
preciosa sonrisa  
¿por qué estáis presentes  
en la mente mía?*

*La venta está sola.  
Maritornes guiña  
los ojos durmiéndose...  
La ventera hila.  
Su mercé el Ventero  
en la puerta atisba  
si alguien llega... El viento  
barre la campiña.*

*Al rincón del fuego  
sentada la Hija,—  
soñando en los libros  
de Caballerías—*



*con sus ojos garzos  
ve morir el día  
tras el horizonte...*

*Parda y desabrida  
la Mancha se hunde  
en la Noche fría.*

PIERROT Y ARLEQUIN...

*Pierrot y Arlequin  
mirándose sin  
rencores,  
después de cenar  
pusieronse á hablar  
de amores.*

*Y dijo Pierrot:  
—¿Qué buscas tú?  
—Yo*

*¡placeres!  
—Entonces no más  
disputas por las  
mujeres.*

*Y sepa yo al fin  
tu novia, Arlequin...*

*—Ninguna.  
Mas dime á tu vez  
la tuya.—¡Pardiez  
La luna!*

VÍSPERAS

*Era una tarde quieta  
de paz. La plazoleta  
solitaria  
tenía en su aire almo  
suspenso un son de salmo  
de plegaria.*



*Iba muriendo el día...  
Y la noche pensaba  
en venir... Y tenía  
aquel rincón de olvido  
un silencio tan bueno que encantaba.*

*El blanco se amortigua  
del muro, con la sombra  
que crece de la antigua  
iglesia, de las ramas  
de los árboles viejos  
que están allí... Parece  
que, en la tarde severa,  
la vieja plaza espera,—  
callada, ensimismada—  
espera que se borre  
la última pincelada  
de la luz en lo alto de la torre.*





G. MARTÍNEZ SIERRA ❖

DE CÓMO EL ARTE EN

ESTA TIERRA NO ACIER-

TA A REIR ❖ ❖ ❖ ❖

**A**CONTECE que Madrid está solo. El domingo salí á las doce y atravesé la calle de Alcalá, que es de ordinario, á tales horas de los tales días, hormiguero de damas y galanes; pero esta mañana que yo digo, las amplias aceras estaban desiertas. Tengo para mí que había diez personas desde la Equitativa al Banco. Aquella soledad, por desacostumbrada, producía tristeza, y el asfalto, bien caldeado por el sol, como que daba frío. Y es que entre las cosas tristes de este mundo, es triste cosa una calle muy ancha que debió tener gente y está sin ella. Los escaparates gritaban en vano sus voces mudas, y los kioskos flameaban, tendiendo al sol y al aire la policromía de periódicos y revistas.

Y como la soledad habíame causado cierta tristeza y los monos multicolores parecían invitatorios al reir, acerquéme al kiosko y pedí, saboreando de antemano la golosina, «periódicos satíricos». Y he aquí que me dieron *Gedeón*. Comprado que le hube, pensé que escasamente podría yo reir con *Gedeón*, y no porque los ingenios sus redactores carezcan de gracia—sobrada tienen y harta necesitan para pasar un año y otro año moviendo polvareda de chistes en derredor de la po-



lítica, cosa la más melancólica que en España existe—sino porque á mí siempre la política, con chistes ó sin chistes, me mueve á llorar. ¿No hay otro?—dije. Y entonces, á título de sátira, quiso endosarme el vendedor hasta cinco papeles pornográficos, cuya sátira única consiste en la fotografía de mujeres que enseñan las ligas y cuya gracia sola se cifra en chascarrillos de almanaque; y ante el mutismo de la musa festiva, medité como sigue:

Grande mengua es para la prensa española que solos en ella crimen y muerte certifiquen que viven: por todas partes se oye hablar de agotamiento y de tristeza: por eso los que aún sentimos ansia de vivir ¡con cuánto júbilo acogeríamos un nuevo periódico satírico y festivo de veras, que hiciese sátira de los vicios y fiesta del vivir; y qué sinceramente habríamos de batir palmas ante el airoso arranque de quien, sintiéndose joven, se atreviese á reír, y nos invitase á que con él riésemos! Gallarda invitación, que á fuer de hombres conscientes de nuestro derecho, habríamos de aceptar gustosos.

¿Que es sarcasmo reír cuando nos rodean tristezas? No es sino magnífica reacción reservada á la humanidad como sello de soberanía. La naturaleza entera sabe llorar cuando sufre: sólo el hombre se ríe, y riendo protesta contra todas las tristezas de su vida.

Bien venido, pues, entre nosotros, merecería ser el campeón de la sana alegría. Pero, pensando prácticamente, ¿cabría augurarle vida feliz? No, sino deseársela de todo corazón. Hasta hoy la existencia de la prensa satírica en España, pueblo aficionado á burlas como el que más, ha sido



harto precaria y peliaguda. Es esta una de tantas ocasiones en que la verdad histórica, ciencia severa de los hechos, se complace en obsequiar con una dadadita de miel á su buena y viejísima comadre, la paradoja. Y no es una excepción en este sentido el caso España; puede considerársele más bien como ley general. ¿Cuál es el país que va á la cabeza en cuestión de periódicos regocijados? ¿Acaso Francia, la loca, donde el placer es ley y la risa código, ó Italia, la frívola, donde hasta el cielo ríe y los hombres nacen, como los pájaros, sabiendo cantar? No, sino la grave y seduda Germania, el país del gobierno rígido y de la autoridad inapelable, la patria del casco y del romanticismo. Ocupa el segundo lugar la prensa festiva de Inglaterra, cuna del *spleen*, emporio de la tradicional tiesura. Los pueblos serios, los pueblos correctos, los pueblos rígidos son maestros en el arte del *bien reir*; y, en cambio, nosotros, los reidores sempiternos, acertamos apenas á trinar con arte una mediana carcajada.

Todas nuestras manifestaciones artísticas son graves y pomposas. La inspiración es para nosotros siempre maestra, jamás amiga; baja solemne á visitarnos, severamente armada cual Minerva, regiamente vestida como Juno, soberanamente desnuda como Venus; siempre diosa, nunca mujer.

A pocos—y aun esos pocos son tenidos por exóticos—otorga el don maligno y gracioso de admirar los tesoros de su carne entre las veladuras del encaje. Muchos la reciben de hinojos, acaso ninguno con los brazos abiertos... y ella que, como mujer, gusta de audaces, pasea una caricia señorial por la frente de sus devotos, pero deja



sedientos sus labios, sin estampar en ellos la divertida historia que se escribe con risas y se interrumpe con besos. Nuestro arte gallardo, señorial, digno de héroes, ha sido y es hermoso; pero le falta para ser alegre un elemento humano. Posee la majestad y anda necesitado de ligereza; sabe el amor, ignora la galantería. Y esa es, precisamente, la fuente primordial, casi única, de la sátira, tal cual hoy se cultiva en la prensa europea.

El amor galante—aún más que el amor, la mujer—esparce un rocío espiritual y maligno sobre las flores de ingenio. Plumas y lápices, acaso los mismos que en horas de santa inspiración rinden culto al arte más grandioso, corren en los momentos de buen humor y dejan desbordar en imágenes risueñas la alegría de vivir, la concepción ligera, chispeante, graciosa, de la vida. Ríe la línea, ríe la estrofa, porque antes han reído el pintor y el poeta. Risas fugaces, fugaces impresiones, como relámpagos en noche de verano, como zíg-zags de luz, paseados sobre las líneas soberbias de un edificio por la mano traviesa de un muchacho, que juega en un espejo con un rayo de sol.

Y no se tache de inmoral esta consideración. Lo inmoral de la galantería es el amor ilícito, y ese existe en España lo mismo que en el resto de Europa; lo que aquí le falta es el sabor de gracia, el toque de espíritu. Aquí las mujeres galantes son ó románticas ó imbéciles. Frecuentan caminos de aventura por hambre las más, por vicios unas cuantas. Hay desgraciadas, no *hetairias*, cocottes, como se dice en el universal dialecto de la galantería. No tienen más *chiste* que



las *buenas formas*, y es preciso convenir en que la carne, cuando no la acompañan y sazonan ciertas sales de espíritu, es cosa de suyo indigesta y poco propicia á la inspiración festiva y revoltosa. El vino emborracha; pero la alegría sólo se sorbe en la espuma.

Hay otros dos obstáculos al desarrollo regocijado del arte español, obstáculos inevitables, contra los cuales está llamado á reñir todo periódico que intente ser festivo arduas batallas. Es el uno el espíritu de crítica personal y acerba que llevamos en la sangre, y es el otro el carácter fastuoso de nuestra lengua, formada con los decires del agua y del viento que nuestras viejas carabelas escucharon cuando iban por los mares á conquistar mundos; hecha para cantar hazañas, enclavada en ritmos que dicen oraciones y serenatas, que cantan honor y lloran amor; lengua con poder de santificación tan peregrino que vertidas á ella las travesuras suenan á sentencias y las rimas galantes á coplas enamoradas.

Pero la tal empresa no podemos juzgarla por difícil, imposible. ¿No habrá quien se anime á llevarla á buen término? Hágalo quien pueda, que á más de obra de arte lo será de misericordia. Tal vez riendo se nos ensanche el corazón, tal vez pensemos, merced á la risa, que la vida es hermosa, y tal vez caigamos en la cuenta de que para vivirla hay que desperezarse.

...Acaso el buen humor, de que tan necesitados andamos, sea la gran pedagogía nacional.





EMILIO SALA ❧ ❧ ❧

❧ ❧ ❧ ❧ EL COLOR

## VII

### PERSPECTIVA AÉREA.—AMBIENTE

No es tan fácil como á primera vista parece, ver el natural con la justeza que se requiere para su interpretación en pintura y prescindir en absoluto de la noción objetiva que de las cosas tenemos.

Se sabe, por ejemplo, que el ramaje de los árboles es verde y en este concepto no se nos ocurre al copiarle, que las circunstancias de visión, distancia, luz, contrastes de luminosidad, color ó corporeidad ó hasta la misma calidad del árbol, concurren á que lo que menos reclame la tinta que pretende imitar la del ramaje, sea el verde que se tomó como base, tan sólo por la preocupación de que los árboles son de ese color.

Y es que no teniendo en cuenta los *modos de ver*, hacemos uso de la facilidad de acomodación visual que nuestro organismo nos permite y no comparamos rápidamente valoraciones diferentes de tono y factura; colocamos *focos* adonde quiera que miramos, apreciando detalles



hasta en términos distanciados sin reparar que la coloración se modifica para nosotros según que veamos los objetos ó por visión *directa*, por *indirecta*, enfocada ó desenfocada.

Cuesta muchísimo inculcar en el juicio del alumno primerizo, el convencimiento de que la penumbra en un yeso no es blanca. Esto que tanto ridiculizamos en el público indocto que se lamenta de que su retrato tenga media cara blanca y media negra, es lo mismo que debió sucedernos á nosotros en los comienzos del dibujo y no recordamos cuánto debió luchar el maestro para hacer nos ver: el claro, con visión directa, y el tono de la sombra, por comparación y contraste rápido con el de la luz, con visión indirecta; nuestro foco visual que, como ya sabemos, abarca poco espacio, al colocarle en la observación aislada de una penumbra, no sufriendo contrastes se habitúa al medio que analiza y trueca la sensación subjetiva por la *noción objetiva*, acabando por ver completamente blanca la parte oscura del yeso.

Si copiásemos del natural un tercero ó cuarto término de un paisaje que pudiéramos contemplar libremente sin interposición de objetos ó cuerpos en primer término, y después de concluído el trabajo, hiciésemos otro igual, pero visto con obstrucción de figuras ó troncos de árboles, que sirviendo de término comparativo como enfoque y color hicieran perder á aquel su intensidad, nos encontraríamos con que como en el ejemplo ya expuesto en la *acomodación* del visillo de la ventana, cuando se ve el fondo sin obstáculos, difiere mucho como detalle y color á cuando se le ve como fondo desenfocado sobre el cual destacan objetos de primer término y enfocados.

A medida que con mayor fidelidad se produzcan los dos estudios, más disparidad ha de encontrarse entre ellos, pues desde el momento en que pasa á ser fondo por visión *indirecta*, el que antes fué visto por foco ó visión directa, la doble circunstancia de ser fondo de acomodación hace que se vele más su detalle, y que su coloración tome un aspecto de tinta más clara, azulada opalina ó vio-



lácea, que cuando la mirada pudo con más holgura analizar trozo por trozo, detalle por detalle.

Si en este segundo estudio, prescindiendo voluntariamente de mirar el primer término, penetramos nuestro foco visual hasta el fondo, borrándose cuanto no está enfocado y alterándose de color, es natural que los primeros términos se presenten así y el fondo que vemos detallado solo mostrará cambio ó será borroso en las partes que lindan con los bordes de primeros términos á consecuencia de las *aureolas* de *negación* que circundan los contornos de los objetos salientes en las observaciones de acomodación.

La misma idea que por raciocinio nos indujo á error en el verde de los árboles como en el blanco del yeso, se hace extensiva á toda observación visual sobre color, (á menos de ir acompañada del justo análisis que exige toda sensación de óptica artística) Un paño negro, que á distancia nos parece negro, deja de parecerlo tanto, cuando le hacemos contrastar con otro igual, que colocamos en primer término y en penumbra, á fin de que se presente como tipo del negro más intenso de que disponemos. Así, pues, por impresión y por contraste le veremos más claro que por razón natural. Un paño blanco, nos engañará igualmente si no lo hacemos contrastar con otro blanco en primer término, pero como se comprenderá, debe procurarse que esté tan á plena luz que obtengamos con él el tono máximo de intensidad á que nuestra paleta alcanza pues no hay que olvidar que entre ambos extremos se comprenden para el pintor todas las entonaciones que la naturaleza pueda presentar.

Cuando copiamos un primer término de terreno iluminado por el sol, preocupados por la idea de producir sensación de luminosidad, caemos en el defecto de hacer las tintas excesivamente blanquecinas, y apenas aparece el color de las cosas. Coloquemos un pañuelo blanco junto á la tierra que tan blanca nos parecía y su relación nos obligará á buscar más color dentro de la luminosidad sin detrimento de los efectos de claro-oscuro.



Acaso otro ejemplo explicará mejor esta relación de valores: supongamos una habitación casi blanca y bien iluminada, con un espejo que desde la chimenea llega al techo y en el cual se reproduce la habitación; cópiese con la mayor fidelidad posible el aspecto de la sala reflejada en el espejo, y terminado el estudio péguese sobre la luna de aquel un pedazo de papel blanco y sobre el estudio colóquese la pincelada blanca equivalente al papel. Si después de colocado este término de cotejo, el pintor no tuviese necesidad de rectificar errores, será prueba de que es ya todo un maestro, pero lo más probable es que cuanto hizo sin la referencia del blanco sea completamente inútil como tono y color.

Su mirada, penetrando hasta el fondo lejano sin obstáculos ni punto de referencia, al analizar parte por parte según iba copiando, enfocó siempre por igual: y todo su detalle se veló luego y subiendo de tono se coloreó de otro modo en cuanto el papel blanco pegado al cristal, como si estuviese en el espacio, vino con su término y tono á relacionar valoraciones y ambiente intermedio, acusando lo que llamamos perspectiva aérea, que es uno de los encantos mayores que una paleta de colorista puede ofrecer.

No es la perspectiva aérea, esa perspectiva convencional usada entre muchos, que supone que para que las cosas se alejen, con borrarlas algo y blanquearlas ensuciando de gris su coloración, está resuelto el problema. Esto es incurrir en la vulgaridad de ciertos pintores escenógrafos que tienen un bote de *color de ambiente* y á medida que el objeto se aleja del espectador, más cantidad de color de ambiente añaden á la tinta que colorea el objeto: no. La que nos ocupa, que es aire ambiente, tanto existe en primeros como en segundos y demás términos de la naturaleza, entre los cuales circula, acusando con su diafanidad y transparencia, corporeidad y distancias: no de la que cubriendo con velos opalinos cuanto se aleja, transforma, faltando á la verdad, las *modalidades* de coloración, ni de la que solo se refiere á lejanas distan-



cias, pues como ya indicamos, perteneciendo éstos á visión casi monocular, no sufren las alteraciones aparentes de que antes nos hemos ocupado.

¿Quién duda que el ambiente tiene color? ó mejor dicho, que modifica la coloración de los cuerpos?

Las modificaciones que están al alcance de todos, como los crepúsculos en los que la atmósfera intermedia se ilumina, como el rayo solar que penetra en una habitación y le hacemos visible por medio de humo ó polvo como la atmósfera de lluvia, nieblas ó calígines, no son á las que hacemos referencia por el momento. Son las generales y constantes en días ordinarios.

En ellos observamos que gentes, animales ú objetos lejanos no nos parecen más pequeños por la distancia á que se encuentren con relación á nosotros, como debiera suceder si el ambiente no alterara aparentemente la coloración de las cosas, sino más *alejados*. En cambio el mismo objeto visto á igual distancia pero á mayor altura, donde la diafanidad de la atmósfera es mayor que á flor de tierra, en vez de suponerle distanciado, la sensación no les presenta disminuído de tamaño porque se ve más *cerca de color y alejado de dibujo* y detalle.

¿Quién no recuerda impresiones de visualidad, cuando habituado á vivir constantemente en ciudades llanas fué de caza al monte? ¡cuántos errores visuales no comete! El pastor que de pronto aparece entre peñas, allá arriba nos produce la sensación de un juguete cercano como si fuese una figurilla de Nacimiento. Pero percibiendo las ovejas por su movimiento, pues no nos habíamos dado cuenta de su existencia, nos sirven de término de comparación y reconstruimos la verdad. Volvemos la vista á otro lado de la ladera del valle y sin un término de comparación que nos guíe, ó noción exacta de la distancia, confundimos una liebre con un gamo, al moverse el animal entre el verde cuyo espesor ó altura ignoramos. Y por más que parezca imposible, puede confundirse un perro con un caballo en las condiciones que hemos indicado, pues no se trata, claro está, de caer en error si los animales se mueven ó



presentan en su posición algún trazo característico de su especie; hacemos referencia á la sensación producida por la mancha más ó menos informe de color que presenta y á la cual no aplicamos su tamaño justo, pues ni el rabo levantado del perro puede confundirse con la cola del caballo, ni la cabeza de éste con la del toro.

Desde el momento que encontramos un punto de referencia, el error se deshace como por encanto; nos asombramos de la equivocación en que incurrimos, y si queremos reconstruir la sensación equívoca de antes, ya es imposible. Sólo nos contentamos increpándonos á nosotros mismos, extrañándonos de cómo pudimos incurrir en torpeza de tal magnitud. ¿Qué más? ¿No nos sigue pareciendo la luna llena, al salir mucho mayor que cuando está en el cenit? ¿Y no difiere también como coloración?

La salida, como la puesta del sol, deben ser iguales, y, sin embargo, para nosotros no lo son, porque el ambiente interpuesto nos las presentan distintas como coloración. Las nubes igualmente; con el aire puro y frío toman en invierno diferente aspecto que las de los días calurosos; las de invierno, duras ó recortadas, destacan su coloración plomizo-azulada sobre un cielo terso azul-verdoso, y las de verano, más esfumadas y como participando de la coloración del cielo, tienen leves tintas rojizas ó amarillentas.

Estas observaciones, y otras que pudiéramos aducir en prueba de que el ambiente modifica el aspecto de la coloración propia, no pueden servir en manera alguna para promulgar leyes fijas, pues dadas las causas que puedan concurrir á su formación, serían tan perjudiciales á la sinceridad que se reclama en arte, como las nociones objetivas de que los árboles son verdes y el yeso blanco, aun cuando esté en la obscuridad; sólo á título de observación las consignamos, á fin de excitar de cada uno el ánimo, para que cultive sus experiencias propias, encareciendo mucho el más escrupuloso análisis de sus impresiones visuales.

El arte necesita, en primer término, ser verdadero y ser sincero, y sin un gran exceso de observación no pueden



conseguirse tales cualidades. Pensar que el refinamiento en gusto ó belleza, que son su *alma*, están reñidos con su *cuerpo*, es una insensatez, como la de imaginar que todo lo feo es verdad ó que toda verdad es fea.

Nuestros estudios, por ahora, no pueden referirse más que á la parte plástica del arte y no á la psíquica, pues así como antes que la Retórica está la Gramática, también para llegar á la estética es preciso conocer antes la fisiología del cuerpo del arte. No sorprendemos la vida con su expresión y movimiento, si previamente no se estudió en el modelo inmóvil, como muy mal pueden abordarse los problemas del ambiente que circula entre los cuerpos y que constituyen en el estudio de la coloración cuanto entendemos por perspectiva aérea, si anteriormente no hemos hecho un gran acopio de manchas ó estudios justísimos, como forma, tono y color.

La fantasía ó imaginación más rica de artista, no podrá competir ni llegar jamás á la espléndida variedad de bellezas en imprevistos y grandiosos efectos como los que la naturaleza nos ofrece. Lo que hay es, que ni todos saben ver la belleza cuando ésta se presenta, ni, si acaso la ven, saben retenerla como convendría. Tampoco se la halla en el crítico momento que más falta nos hace, y como muchos de sus más bellos momentos son fugaces, de ahí que sea necesario: Un ejecutar rápido que supone gran maestría en *ver* y *hacer*; un gran cultivo de memoria imaginativa, y un gran *hábito de prever para cuando llegue la ocasión*, haciendo notas de impresiones, cuyo tesoro de documentos constituyen á la larga el caudal de la Imaginación.

La falta de perseverancia y previsión impiden acumular ese caudal formado con *manchas* justas de impresiones propias; el heredado ó prestado por otro, si es de gran ayuda en los primeros pasos, se convierte luego en trabas que impiden toda expansión, originalidad y genio. Por otra parte, la pereza de no ir á la montaña ya que la montaña no viene á nosotros, motiva que vivamos en un mundo convencional, de ideas prestadas, que como la pe-



lota de conceptos falsos que la humanidad se arroja de unos á otros, según Schopenhauer, va perpetuando el error. Cuando el caudal de que tratamos no está adquirido personalmente, podremos llegar á ser nietos, biznietos ó parientes en grado más ó menos lejano de la naturaleza, según los maestros á quienes se imiten, pero nunca hijos directos como lo debe ser el verdadero artista.

Y dando de lado esta digresión que juzgo necesaria para atajar réplicas, volvamos á nuestra perspectiva aérea que no se consigue con solo el ajuste de dibujo, tono y color. La ejecución por su parte, interviene como una de las cualidades más esenciales en resultado, como tendremos ocasión de ver en el próximo capítulo.

Confirmación y muestra de la importancia que la perspectiva aérea tiene en la pintura, es el que nos muestra Velázquez en sus últimas obras: cualidad, que como distintivo especial caracteriza con más relieve la personalidad artística del gran maestro y acusa el punto de convergencia de sus ideales. Su cuadro «Las Meninas» sigue siendo la Meca de la peregrinación del arte y la *Teología de la pintura*; la primera obra que bajo este punto de vista se ha producido; es además, la confesión más clara que del concepto de lo que debe ser un cuadro tuvo él, elevando la categoría de la óptica pictórica á un extremo que nadie presintió ni vé todavía á pesar de los progresos que la ciencia ha realizado.

¿Puede con mayor claridad decirse que el cuadro debe ser lo que el espejo es á la Naturaleza? ¿la imagen exacta de la verdad limitada por el marco que la encierra? Esto se deduce de su cuadro, cuando tomando el espejo por dechado y modelo le copia y produce tan maravillosa obra.

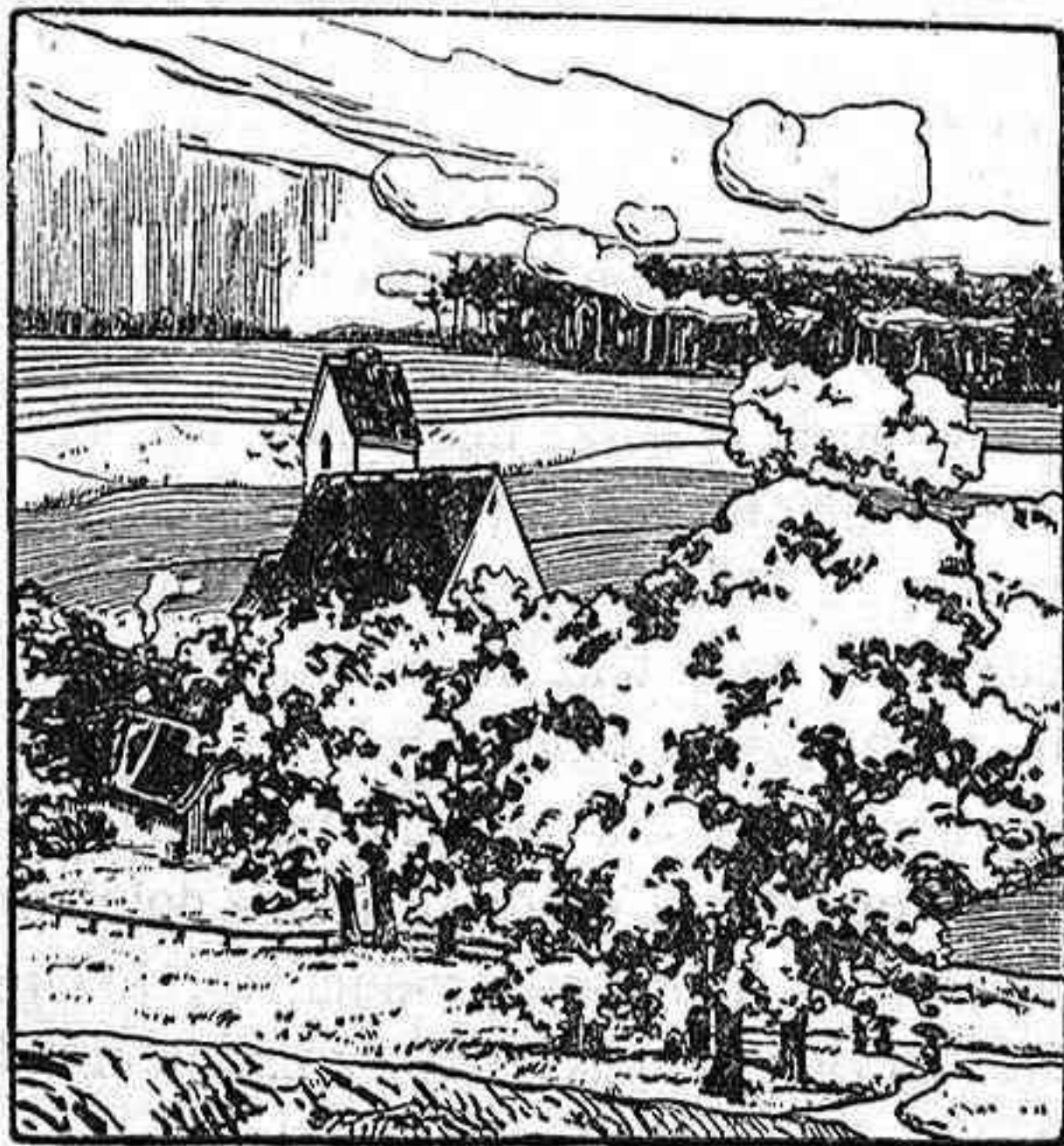
Porque el pretexto de pintar lo que los Reyes veían cuando él los retrataba (que es el asunto de «Las Meninas»), no debió ser otro que dar rienda suelta á su ideal copiando del espejo el cuadro que este le mostraba como modelo de perfección.

Tan maravillosa obra y tan elocuente lección quedan



completadas con aquella paleta que Velázquez tiene en la mano, en la cual se muestran los elementos con que hizo el cuadro, trayéndonos á la memoria las palabras con que, al final del Quijote se despide Cervantes de su pluma:

«Tate tate, folloncicos,  
de ninguna seas tocada».



①





❖ ❖ MAURICIO LOPEZ-  
ROBERTS ❖ EL PORVE-  
NIR DE PACO TUDELA ❖

## VII

### HOJA EN EL VIENTO

**D**ESDE el corredor de casa de Castita, los novios contemplaban el cielo estrellado, hablando bajo, y el susurro de su conversación huía con la brisa, perdiéndose en la inmensa noche.

Aquella tarde se había licenciado Tudela. El examen, que fué brillante, concluyó anocheado, impidiendo al nuevo abogado tomar el tren y correr á abrazar á su madre, advertida de la feliz nueva por un telegrama. Sólo Castita y Teodosia conocían la noticia, y la sensata estaba muy contenta por aquel triunfo. De él hablaban, de él y de otros que tras él vendrían, éxitos políticos, literarios, sociales, éxitos honrosos, productivos, halagadores que llenando su vida de días felices la harían envidiable y dichosa.

—Con el alegrón, será fácil que mamá me deje probar



fortuna en el teatro. Lo deseo con toda mi alma, pues así tendré libertad este verano para venir á verte á menudo.

—El teatro—repitió Castita; y luego añadió dudosa y como con temor:—Mira, Paco... ¿No te incomodarás por lo que voy á decirte?

—Dí cuanto te se antoje, hija. A ver qué quiere esa boquita.

—Yo no entiendo de nada, yo soy muy tonta, pero cuando hablas del teatro, del Congreso, de todos esos lugares en donde la gente aplaude ó silba, me entra miedo.

—¿Miedo? ¿Por qué te asustas?

—Ya te digo, soy boba. Pero no me puedo contener; es más fuerte que mi voluntad.—Y concluyó hablando muy de prisa:—Me figuro que vas á sufrir en esos sitios, que vas á ser desgraciado en ellos. Es una estupidez, una necedad, lo que quieras; pero es así. Tal vez sea porque comprendo que allí podrás olvidarme.

Paco la oía estupefacto. ¿Cómo podía dudar de su cariño? Ningún triunfo, por grande que fuere, la alejaría de su corazón.

—Nadie ni nada me harán olvidarte —dijo.—Me juzgas como á un chiquillo vanidoso pensando así. No temas que sea desgraciado, ni que sufra por cuanto puede sucederme en el Congreso ó en el teatro, como tu dices. Conozco la vida y el mundo, tontina, y sé cuánto puede esperarse de ellos. Cree en mí, como creen mi madre y mis amigos, como á veces creo yo mismo.

Castita creía en Paco, y esperaba de sus talentos grandes cosas, pero como era tan encogidilla y tímida, se asustaba por todo, y prefería las medias luces, las penumbras discretas y protectoras que disimulan los defectos, á los resplandores gloriosos y deslumbrantes. Paco tenía que perdonarla. Luego hablaron de otras cosas.

Sobre sus cabezas centelleaban las estrellas. Algunas fulgían con luz inmóvil y vivísima; otras se ocultaban, titilando tenuamente, entre millares y millares de hermanas suyas. Las constelaciones trazaban líneas y ángulos; los planetas más próximos se teñían con diversos mati-



ces, y diluída en la noche, esfumada en lo infinito, la Vía Láctea espolvoreaba de luz el manto oscuro del cielo, casi invisible á trechos, apretando en otros los mundos y los sistemas hasta formar en el vacío una faja blanca, sobre la que resbalaban fugaces estrellas errantes.

—¡Cuánta, cuánta luz!—dijo Paco.—Es triste pensar que allá lejos, en esos sitios tan remotos, habrá como aquí, penas, dichas!..

—¿Por qué ha de ser triste, tonto? Lo sería si supiésemos que en un lucero de esos existían gentes completamente felices. Entonces sí que nos podríamos quejar. Pero pensando como tú, no tenemos derecho á ello, ¿Aquí hay penas? Pues como las nuestras las hay por todos sitios, y tal vez seamos nosotros los que tengamos menos. Mira, mira—siguió Castita señalando una ráfaga luminosa,—mira esa estrella que corre; ya se va, ya se va, se apagó. ¿Qué has deseado? Si cuando se ve volar una estrella se pide algo, se lo conceden á uno.

—Pues mira, no he pedido nada. ¿Y tú?

—Yo, sí.

—¿Y qué es? Dímelo.

—Que seas siempre feliz—respondió la niña de Muchamiel con acento tan grave y profundo, que Paco, conmovido, la dijo:

—Contigo espero serlo.

La licenciatura de su hijo produjo á doña Irene una alegría grandísima, que se exteriorizó en lágrimas abundantes, besos y abrazos estrechísimos y vehementes y alguna que otra alusión conmovedora á cuantos no estaban ya en este mundo. Aquel regocijo se amenguó algo cuando Paco participó á su madre sus proyectos artísticos.

—Pero, ¿tú quieres escribir un drama?—fué lo primero que dijo la lencera. Paco se lo explicó á grandes rasgos. La insigne viuda le oía atenta, sin comprender algunos refinamientos y exquisiteces, pues para ella los dramas mejores eran los que la hacían llorar. A más, aquella repentina decisión de Paco no la hacía feliz, pues aunque experimentaba por la literatura un gran respeto, algo en



el fondo de su alma, la predisponía en contra de músicos y danzantes, como llamaba á cuantos se ocupaban en cosas de arte. Luego, las cómicas. esas mujeres tan peligrosas á quienes su hijo tendría que ver y tratar... Nada, nada, que no la satisfacía lo del drama. Así se lo dijo á Paco.—Yo soy muy franca, Paquito. Ya lo sabes. No quiero contrariarte, y menos hoy, día feliz para mí. Puedes hacer lo que te se antoje; pero, te lo digo claramente, preferiría verte dedicado á otra cosa.

Tudela defendió su vocación artística. Se sentía llamado por aquel camino, y tal vez llegase por él á ser conocido pronto; además en el teatro se ganaba bastante dinero. Al escuchar esto su mamá le interrumpió diciendo.

—¡Qué se ha de ganar, hombre! Todos se mueren de hambre. Pero, en fin, ya te lo he dicho. Si esa es tu voluntad, hazla. Yo no me meteré en nada. Si sales con bien de ese berengenal, tanto mejor para tí; si sales descalabrado y con las manos en salva la parte, te convencerás de mi razón, y la atenderás otra vez.

El drama ofreció á Paco mil motivos para venir á Madrid. Ya necesitaba consultar alguna obra, ya informarse de la próxima campaña teatral, y con cualquier excusa cogía el tren y se largaba bonitamente de Robledilla.

Aquellas visitas eran esperadas como agua de Mayo por la de Muchamiel, pues Paco pasaba con ella todo el tiempo posible. En el comedor, bajo el mirar de las estrellas, durante prima noche, hundidos en la penumbra de la salita, en las horas de sol, respirando la humedad de los ladrillos recién fregados, trancurrían para los novios las horas, apacibles, serenas, dichosas y tan semejantes unas á otras, que el tiempo parecía formarse de una sola, inacabable y tranquila.

Alguna tarde salían, acompañados de la criada, mientras Teodosia, después de seguirles con la vista, quedábase recorriendo los pasillos, musitado palabras confusas, en tanto que los primos se alejaban de la calle del Conde Duque, en busca de lugares más frescos y aireados.

Con pesadez abrumadora morían aquellas largas tar-



des de Agosto. Un vapor denso se cernía sobre las casas, y por las aberturas de las calles se le veía aglomerarse á lo lejos, formandó una neblina caliginosa; el aire parecía sudar. Por las aceras rodaban chiquillos sucios, acomodábanse en sillas de Vitoria porteras y vecinas, y dándole al abanico exponían hombros, cuello y brazos al aliento momentáneo del papel, rodaban coches con agrio ruido de goznes y muelles viejos y en la atmósfera espesa chispeaban, aquí y allá, las primeras luces del gas.

Evitando grupos y saltando charcos pestilentes, pasaban Castita y Paco, seguidos de la dueña. Al cabo de algún tiempo las vías más anchas del barrio de Arguelles les acogían con la sombra refrescante de sus acacias. Allí reinaba grata paz; los grupos de las aceras desaparecían, pues criados y cocheros tertuliaban en los jardines de los hoteles, abundantes en aquel sitio. Los árboles movían sus hojas, algo empolvadas y mustias, al menor soplo de aire que llegaba de la sierra, y los faroles filtraban discretamente su luz trémula entre las ramas.

Bajo las acacias se deslizaban parejas amorosas, niñas con trajes de percal, novios con pantalones de hilo y sombreros de paja, modistillas, criadas, menestrales, soldados, todos paseaban sus humildes amores, charlando quedamente, unidos al andar, perdiéndose en las sombras de los árboles, reapareciendo al reflejo amarillo de los faroles, llenando el vasto espacio con susurrantes palabras.

Como aquellos enamorados hacían los dos primos. Su conversación se formaba de conceptos cien veces repetidos y siempre nuevos. Narrábanse historias sabidas, exhumaban recuerdos infantiles, memorias insignificantes de sucesos olvidados cuyo dulce dejo volvían á saborear. Cien veces también formaban planes, siempre idénticos, preveían acontecimientos, y su charla, sin ocuparse del presente, lo creaba con reminiscencias del pasado y con presunciones de un futuro feliz. Eran dichosos y su dicha se deslizaba apaciblemente, siempre igual, sin verse disminuída por más penas que las de los adio-



ses cuando Paco tornaba á Robledilla, ni aumentada por más alegrías que las de los regresos cuando Paco volvía á Madrid.

Así vivió su amor tranquilo y plácido, sin historia alguna hasta el otoño, época en que regresó doña Irene.

Al anunciar Paco una tarde la llegada de su madre, extraña luz brilló en los ojos de Teodosia, quien, sin decir nada, dejó marchar á los novios y después cogió la mantilla y salió.

A paso rápido Teodosia cruzó calles. Andaba con digno continente, muy seria y grave; sólo el temblorcillo de marras agitaba algo sus manos gordiflonas. Por su cerebro perturbado pasaban ideas incompletas, sobrenadando en un mar de huecas palabras sonoras, sin significación determinada. Así, cuando en el comedor de doña Irene empezó á hablar, ésta al principio no entendió lo que le decían.

—Es imposible, señora, imposible de todo punto. Yo comprendo que usted, después de todo, su aspiración es natural; yo comprendo que usted ansíese matrimonio, pero ¡ay señora!, las diferencias sociales no son vanas palabras; por lo tanto, es inútil, le repito á usted, que su hijo Paco espere ver realizada su ambición.

—Pero Teodosia ¿qué está usted diciendo? serénese. Parece usted agitada—habló la viuda, asombradísima.

—No acuda usted al recurso de hacer que no entiendo cuanto digo. A más, señora mía, no estoy agitada en lo más mínimo. Sólo volveré á decir que ese enlace es imposible.

Diciendo esto, los nervios desatados de la ilusa comunicaban su agitación á las manos, á los párpados y á las ventanillas de la nariz, que aleteaban como aves prisioneras.

Doña Irene estaba cada vez más aturdida. ¿Qué decía aquella loca? ¿De qué matrimonio hablaba? Así se lo preguntó.

Antes de responder, la otra sacó de debajo del manto un enorme abanico rojo, dióse aire con él, y echando la



cabeza hacia atrás, contestó con un acento conmisericordioso y protector que hizo saltar á la Tudela en su asiento:

—Inútil es su disimulo. ¿Creerán estas gentes de poco que no conocemos sus artes?

—Mire usted, Teodosia—replicó amostazada la viuda,—deje usted en paz ese abanico, no infle tanto las ventanillas de la nariz, y contésteme con claridad—¿Qué pito toco yo en ese matrimonio de que habla usted?

El abanico se cerró de golpe, desapareciendo la mancha encarnada que palpitaba sobre el abundante seno de Teodosia, pero las narices hincháronse más y por ellas, por su doble cavidad obscura, parecieron salir al mundo estas palabras que doña Irene oyó, sin darlas crédito al principio:

—¿Quién se casa?—dijo la noble solterona,—casarse, precisamente, nadie; pues aún, y á Dios doy por ello las gracias, no hemos llegado á tan triste extremidad. Más lógico sería preguntar ¿quién quiere casarse?, y á ello respondería yo, Teodosia de Muchamiel y Orondo de Tejares: quien quiere casarse es su hijo de usted, ese muchachillo llamado Paco, que tiene la pretensión de unirse con mi sobrina Casta, única descendiente de ilustrísimas familias.

Concluído este párrafo, el abanico ensangrentó de nuevo el busto de la oradora, mientras doña Irene soltaba la carcajada diciendo:

—Usted está de broma. ¿Cómo he de creer lo que me dice?

Viendo reír á la lencera, se pintó gran satisfacción en el rostro de Teodosia, quien pensó:—Esta mujer comprende lo disparatado de tales relaciones. No en balde existe esa fuerza misteriosa que se llama la raza.

Pero doña Irene no rió mucho tiempo. La idea de que lo escuchado fuese cierto aminoró su regocijo, y entrando la duda en su espíritu empezó á creer en la verdad de aquello. Cesó de reír, tomó rápida resolución y ya seria dijo:

—Aviados estaríamos si eso ocurriese. Yo le aseguro



á usted, yo, Irene Palomin, viuda de Tudela, que jamás dejaré que Castita y Paco se casen, y así he de pensar mientras viva. Para casarse con mi hijo hacen falta muchos perendengues, y ni usted, ni su sobrina, ni todos los Orondos de Tejares del mundo se los pueden dar. Paco necesita una mujer con dinero, ustedes no le tienen, de posición, ustedes carecen de ella. Su esposa ha de ser elegante, instruída, capaz de brillar y de favorecer á su marido y Castita, á pesar de ser buenísima, no es mujer para Paco. Puede usted estar tranquila. No se manchará de nuevo el escudo de los Muchamiel, porque, se lo juro por mi nombre honrado, jamás consentiré en semejante bodorrio.

Teodosia se levantó oyendo esto. La enumeración de cuanto les faltaba hirió las fibras más sensibles de su amor propio. Preparábase á responder á tanta insolencia, y Dios sabe lo que allí hubiese pasado, cuando un pensamiento muy suyo aplacó algo sus iras. Aquella ordinaria se insolentaba de tal modo para disimular el quebranto sufrido. Los que parecen desdeñar ciertas cosas, son los que las desean con mayor fuerza. No está la miel.... y sonriendo diplomáticamente, se despidió de la viuda, quien la respondió muy seca, quedándose furiosa por la revelación de los amores de Paco.

Cuanto más pensaba doña Irene en lo escuchado á Teodosia, más se convencía de que la chiflada dijo verdad. A tal idea sentía crecer su indignación.—Vamos, que no ha sido mal chasco. Fíese usted de mosquitas muertas. Nunca se me ocurrió que con su airecillo insignificante, su expresión sosaina y su encogimiento lograra enamorar á Paco. Si tuviera posición social, relaciones, parentescos, algo que ayudase al chico, se la podía perdonar su pobreza en gracia de ser muy buena; pero señor, si no tiene más que el día y la noche... No, no, es imposible. Así se lo diré á Paco.

Y así se lo dijo, serenamente, con la calma mayor, sin alterarse para nada. Ahora bien, lo que sus razones perdieron en calor, lo ganaron en fuerza y solidez, avanzando



impávidas, incommovibles al encuentro de las de Paco, quien, con gran sorpresa de su mamá, resistió valientemente al empuje, respondiendo á todo con una sola frase: —La quiero, la quiero.

Aquel estribillo hartó al fin á doña Irene. Se levantó muy digna, y dejando escapar el torrente de su ira, habló, mientras abandonaba el cuarto.

—La quieres, la quieres... Bien, ya lo he oído. Ahora, escúchame; por mucho que os queráis, yo me opongo terminantemente á tales relaciones y te prohibo las continúes.

—La quiero—repitió Paco, imperturbable.—Doña Irene se marchó frenética, cerrando violentamente la puerta tras sí. Tudela quedó solo.

Aquel asedio sufrido por su amor había agotado sus fuerzas, y aunque en apariencia se mantuvo incólume, no lo era así realmente. El choque de aquellas dos voluntades había producido diferentes efectos. Había aguerrido la de doña Irene, fuerte, enérgica, sostenida. Debilitó la de Paco, mal segura é indecisa. Cuando la lencera abandonó el cuarto, pareció dejar en él sus argumentos y Paco los sentía repercutir en su cerebro.

Aquellas frases tan lógicas, tan razonadas, tan contundentes martilleaban sobre su ficticia energía, abatiéndola y conmoviéndola. Rindiéndose al ausente enemigo, Paco encontraba disculpas á la oposición de doña Irene, y aun cuando el amor de Castita vigorizaba por el momento aquel alma vacilante, la fuerza mayor del espíritu, la voluntad, parlamentaba. La apariencia férrea subsistía; pero bajo su superficie engañadora rajábase el barro, pronto á pulverizarse.

Cuando Teodosia llegó á su casa lo hizo en tal estado de agitación, que Castita no pudo menos de interrogarla. A la primer pregunta respondió la alucinada con citas históricas y genealógicas, entre las que la chica de Muchamiel entrevió la verdad. La luz se hizo en su espíritu cuando Teodosia concluyó:

—Tú compartirás, seguramente, mi indignación, pues



aunque los matrimonios morganáticos, las uniones desiguales, el envilecimiento por el oro de las más ilustres progenies, son, por desgracia, cosas admitidas en estos tiempos, nosotras no estamos en tal caso. Así como la Princesa Hedvigia de Schlinger rechazó casarse con el hijo de los Barones Kromeski, á pesar de ser la Baronesa bastarda de Emperadores, y el Príncipe Pussoni rompió su proyectada unión con la de Siracusa, tú, sobrina mía, único vástago de los Orondos, Muchamieles, García de Fás y otras familias nobilísimas, nunca podrás desposarte con ese horterilla, con ese Paquito Tudela. Si mi hermano se casó con tu madre, fué porque al cabo su apellido ocultaba la extracción plebeya de su esposa. Pero tú... jamás, jamás.

Agitadísima, casi demente, se paseaba por el cuarto, despeinados los antes pomposos bucles, caída hacia atrás la mantilla, incrustando el abanico en sus manos gordas, que se apretaban hasta formar una masa pálida y grasienta.

Castita aterrada, escuchaba aquellos disparates que arruinaban su amor. Su susto y su pena subieron de grado, cuando á una de sus preguntas Teodosia respondió participándole la oposición de doña Irene.

—Por supuesto—decía riendo nerviosamente,—que no creo cierta su repulsa. Como me ha visto así, tan en razón, y ha escuchado mis argumentos irrefutables, se ha dicho: «Pongámonos dignos», y ha salido con eso. Pero figúrate si á mí me engañará. Cá, no señora, no me engaña usted. Cursi, ordinaria, lencera...

¡Doña Irene lo sabía! Y, como siempre pensó Castita, oponíase á sus amores. El tumulto y barullo de sus ideas impidió á la sensata pensar en nada concreto. ¿Qué hacer? ¿Qué decir á Paco? Y mientras Teodosia seguía injuriando á la Tudela, la niña de Muchamiel se dominó como pudo, y poco á poco llegó á juzgar la situación con calma suficiente.

Podía seguir dos caminos: continuar las relaciones, pesase á quien pesase, ó cortarlas y concluir las en absoluto.



El cariño la llevaba hacia la primera solución. Harto conocía á Paco para comprender que, queriéndolo ella, sus amores perdurarían, á pesar de doña Irene. De este modo podía prolongar aquellos momentos dichosos, aquellas felices horas en que gustaba los únicos goces de su triste vivir. El tiempo que allana los montes, aplaca los furoros más enconados. Al cabo la viuda podría ceder y entonces... entonces los instantes alegres llenarían la vida toda.

Pero, y este pero podía mucho en el recto pensar de la muchacha, tal vez creyese doña Irene que el interés era el móvil de Castita. Ante aquella suposición, la niña de Muchamiel se revelaba, indomable, incapaz de doblegarse. Este pensamiento evocaba los disgustos y malos ratos por que seguramente Paco había de pasar. Aquel amor derrumbaría el porvenir glorioso de Tudela y la responsabilidad de tal catástrofe sería toda de Castita, de una criatura vulgar, insignificante... No, era imposible. Sus amores no podían continuar. Y cerrado ese camino, sólo quedó abierto el otro.

Se sacrificaría, renunciando á su cariño.—Jamás cederé—dijo doña Irene. Pues tampoco cedería Castita y así, negando su afecto á Paco, obligándole á concluir, imponiéndole su voluntad firme, enérgica, sostenida, le salvaría ella, ella sola, Castita sola, del abismo de obscuridad donde iba á sepultarse. La valiente muchacha pasaría ratos amarguísimos hasta poder acostumbrarse á la falta de aquel amor que tan necesario le era, pero no importaba, nadie podría tacharla de egoísta, de interesada, de rebelde. Se humillaba obediente, sólo quería que todos fuesen dichosos. Ella ya se las arreglaría.

Cuando á la siguiente tarde llegó Paco, Castita estaba resuelta. Como de costumbre, salieron, y acompañados de la criada se encaminaron hacia la Moncloa.

Hablaban poco. Cada uno de ellos iba pensando en lo que diría al otro y sólo cambiaron palabras insignificantes, frases insulsas, encubriendo con ellas la verdad de sus pensamientos.

Lentamente descendían los novios las rampas que desde



la Escuela de Ingenieros conducen á la Moncloa, y oyendo crujir bajo sus pies las muertas hojas del otoño, penetraron en las alamedas, ensombrecidas ya por el atardecer. En el horizonte, entre enormes nubes apretadas, por cuyas hendiduras filtrábanse rayos purpúreos, poníase el sol. Al cabo, Paco habló.

—Castita, mi madre conoce nuestros amores—dijo con voz trémula.

—Lo sé, Paco. Las conoce y se opone á ellas—repuso la sensata, alzando los ojos del suelo por donde paseaba la vista.—Se opone—repitió,—ya te lo anuncié.

—Eso no importa. Su oposición no impedirá que nos veamos, que nos amemos. Tranquilízate, nena mía, ten paciencia. Al cabo la convenceremos. Algo difícil será... concluyó Tudela dudando.

—Paco, escúchame. Te quiero con toda mi alma. A nadie querré después de tí, pero á pesar de la fuerza de mi cariño y ¿quién sabe?, tal vez por ella misma, te repito lo que tu madre te habrá dicho. Es preciso que nuestras relaciones concluyan.

—¿Estás loca? ¿Eres tú quien me propone eso? ¿Es ese tu amor? No me quieres.

—¡Oh, quererte, quererte... pobre de mí! ¡Ojalá no te quisiese tanto!

—Pues si eso es cierto, no me quites fuerza, déjame luchar con mi madre. No te opongas también tú.

Las rampas habían concluído. Los paseantes se encontraban bajo la altísima bóveda de los árboles. Del ramaje sacudido por ráfagas de viento se desprendía espesa lluvia de hojas secas que revolaban por todos lados. Los grandes abanicos de los plátanos caían pesadamente, las acacias, los olmos, los álamos se desnudaban en llovizna fina, de quebradizas hojillas amarillentas. Todas caían, llenando el espacio con el murmurante y perenne susurro de su descenso, rozando, leves, las espaldas de los novios, revoloteando en lontananza, amontonadas ahora, dispersas luego, nunca tranquilas, vagabundos espectros de las verdes primaveras.



Castita suspiró, y armándose de valor dijo á Paco:

—Es preciso que concluyamos. Ahora soy yo quien lo dice. Este es nuestro último paseo.

—Imposible, imposible. No he de perderte. Te guardaré contra todos.

—¿No quieres concluir? Está bien, te lo agradezco mucho. Pero yo—articuló Castita, marcando con fuerza las sílabas—estoy decidida á terminar. Hoy nos vemos por última vez.

—Castita, piensa en mi pena, piensa en mi cariño tan grande, tan hondo—balbuceó Paco, deteniendo su andar.

Castita nada decía. Escuchando á Tudela brillaban húmedos sus ojos, mientras atravesaba las hojas yacentes con la contera de la sombrilla. El joven siguió.

—Nunca podré olvidarte. Tú no sabes cuánto te quiero, la fuerza que me da tu amor. ¡Qué pena, qué pena perderte!—repetía, sometido ya, sin notarlo, á la voluntad de Castita.

—Es triste, sí—dijo la sensata,—muy triste. La vida se llena con tristezas, no con alegrías.

Paco se aproximó á su prima. Como en la tarde de la Pinada apresó sus manos, como entonces murmuró mimoso:—Quiéreme, quiéreme—mientras Castita le miraba con fijeza.

El sol se hundía entre los celajes rojos. Las ráfagas llovaban en lo alto. Arrastrado por ellas, un bando de cuervos pasó, rubricando de negro el cielo ensangrentado.

Paco apretaba nervioso los dedos de Castita, sin hablar, contemplándola con ojos llenos de llanto. La sensata se sintió desfallecer, mas recobrando ánimos por un poderoso esfuerzo de su voluntad, arrancó sus manos del poder de Tudela y con acento inexorable le dijo:

—Por tí lo hago. Márchate, déjame, no pienses en mí...

—Castita, nena,—suplicó él, tratando de detenerla.

—No, no. Adiós, adiós, Paco. Sé feliz.

Y sacudiendo la mano en señal de despedida, huyó rápida, mientras el joven, sin darse cuenta de lo que sucedía, quedaba inmóvil, hundido en su dolor. Cuando qui-



so llamarla ya era tarde; sus voces se perdieron, tal vez ni llegaron á oídos de la fugitiva.—Castita, Castita.—Nadie respondió. La noche llegaba.—Castita, nena—Silencio. Las hojas caían perennes con su susurro misterioso.—Se fué, se fué,—repetía Paco,—se fué.

También él abandonó el lugar funesto, obedeciendo á las dos voluntades que le vencieron. Bajo sus pies chascaron las ramas secas, mientras en las tinieblas las hojas otoñales se arremolinaban quejumbrosas y los árboles desfilaban hoscos á su lado; todo estaba triste y sombrío.

A lo lejos brillaban las luces de la estación. Guiado por ellas Paco anduvo más ligero. La cuesta de San Vicente apareció luego, bordeada por las líneas trémulas del gas. Arriba, Madrid agujereaba las sombras con mil reflejos vacilantes oscurecidos de trecho en trecho por la explosión de claridad de un arco voltaico.

Paco contempló el enorme poblachón. Las luces parecían llamarle con su temblor continuo. Allá, en lo alto, estaba Castita, allí podían realizarse sus ensueños de gloria y de poder. Escondido en el seno de la inmensa masa tenebrosa, le esperaba su porvenir, y escuchando el llamamiento de las estremecidas llamas Paco emprendió la ascensión.





## GLOSARIO DEL MES

**Q**UISIMOS ofrendar unas rosas á D. Luis de Góngora y Argote, y hemos visto con tristeza que son pocos los que tienen jardín donde cortarlas. Sueñe, pues, en nuestros corazones la obra de cristal y de flores del divino poeta de España:

Músico arroyo la duerma,  
cristalino ruiñeñor.

**E**sos pobres músicos ciegos que van llorando en sus violines músicas de viejos poetas, estas tardes de quietud de sol y de quietud de sueños de oro, cuando en el verdor de los jardines húmedos se mueren las últimas flores; esos pobres ciegos, ¿qué hacen con la pena de su alma? ¿á qué luz ven el jardincito de su corazón? He pensado en la fijeza eterna de su mirada sobre el paisaje interior, un paisaje igual, sin aurora, sin atardecer, un paisaje... ¿cómo será ese paisaje? Y esta tarde, bajo un cielo limpio por la lluvia, entre ráfagas de muertas primaveras (nostalgia de olor de rosas, nostalgia de mariposas ama-



rillas), entre un pasar de sueños de mujer, esos pobres músicos ciegos, ¿qué música habrán llorado dentro de su alma? Al aire daban un aire de amor, aire galante y elegante, con son de besos y vuelos de sedas...

Hace mucho tiempo, en otra ciudad—una Sevilla de Abril—pensé en los ojos sin luz de esos cuatro músicos ambulantes. Y hoy, esta tarde de otoño—después de tantas tristezas—los mismos músicos han llorado á mi ventana como en aquel tiempo de sol. Este poeta amigo mío ha recogido conmigo toda la tristeza de la tarde. Yo he dicho que es amargo no poder rimar la música con el paisaje; también he dicho que nuestra alma pone letra á todas las músicas... Y á esta sazón, él, entre una espiral de humo, me ha contestado con frase de Benavente: ¡Pobre del que no lleva en el alma letra para todas las músicas!

**H**oy iba por la calle de Montserrat, sucia y maloliente como pocas. Pero en la puerta de una tahona habían, sin duda, descargado un carro de jara para el horno; y entre ramas de ella, que se habían caído, estaban por el suelo matucas de tomillo y cientos de cientos de flores de cantueso; y de aquel rincón salía olor á monte, y á tierra y á frescura primaveral. Y tantas cosas me traje, no sé si al pensamienso ó al corazón, el aroma de aquellas flores color de púrpura, que me detuve un rato largo para respirar á todo sabor, con gran asombro de unos chiquillos que en medio del arrollo ganduleaban. Al marcharme recogí del suelo una mata de tomillo, que entre las losas polvorientas parecía mirarme pidiendo compasión.

**D**IJÉRASE que estamos ya en invierno; llueve y hace frío. Estoy destemplado física y moralmente, aunque ya me voy consolando de la última y abrumadora desilusión. Me admiro, con fray Luis de Granada, *de cuán mudable sea nuestra vida*. ¡Ay, la claror de dintre de nuestro Rusiñol, linternita de los días nublados!



UNA vez más trae la prensa noticias de Juegos florales. Hoy es Béjar la engalanada, la luciente, la llena de entusiasmos líricos. Yo, sin embargo, no creo para nada en tales explosiones de entusiasmo. Y pienso que sería una buena obra procurar que los Juegos florales pasaran á la tradición. Si la divina y triste Clemencia Isaura abriera sus bellos ojos azules... Oh! ¿dónde están la frescura y la alegría y el florecimiento primaveral de aquellos trovadores que llevaban un valle de Abril en su corazón? ¿Y sus ojos sombríos de ensueño, y su aristocracia, y su laud?

Hoy, las reinas, esas buenas y pobres reinas sin alma, ven cada cosa! Ya es todo un señor presbítero el laureado, por una oda ática; ó bien un excelente padre de familia, cano y calvo y tembloroso. Recuerdo que en unos Juegos florales celebrados en Sevilla, el poeta premiado, un coplero de la patria, paseó su triunfo por el salón con una cinta blanca colgando sobre una bota. Y esta tarde, al leer que el mantenedor de esos Juegos de Béjar es Don Manuel Sánchez de Castro, catedrático y místico marchito, pero verdaderamente marchito,—el cual ha llegado de incógnito á la ciudad que le aguarda—no puedo menos de recordar que cuando en un memorable Congreso católico este señor tomó la palabra, toda la sala quedó desierta.

Fe, Patria y Amor, oh, bejaranos!

NUNCA he visto tristeza más hermosa que la del Retiro aquella tarde. Entre el ramaje claro, de un verde casi amarillento, los pinos negros se veían aunque no se mirasen, y producían impresión, no de cosas, sino de sombras que fuesen llegando. He oído llorar á un árbol; en el tronco tenía voz de fiera, y en las ramas altas voz de niño. También oí cantar al aire en la hojarasca.

AER tarde, cuando dejaba el bullicio de la ciudad para venir al crepúsculo de las montañas, me encontré con algo que destrozó mi corazón. Por el paseo de San Vicente, cuesta arriba, cuesta arriba, subía un pobre



niño con un gran baúl en la espalda; andaba dobladito jadeante, muriéndose casi, y como apenas llevaba ropa, su carnecita morena iba contando hambre y miseria. Al lado de él caminaba el hombre, el mónstruo, la bestia, un comisionista imbécil y antipático, vestido de alpaca y calzado de blanco; no llevaba látigo, pero era lo mismo... Y bien señor comisionista, ¿dónde os puso vuestra madre el corazón?

Unas pobres mujeres que pasaban entonces, miraron también al niño, y las mujeres y yo nos miramos también. ¿Por qué se relega á la mujer á un lugar secundario? ¿Es que nos molesta su sentimiento? Verdad es que aquel comisionista no era un hombre..., ó mejor dicho, era un verdadero hombre, pues ya estamos de acuerdo en que para reprobar el acto ruin, el calificativo *inhumano* debe sustituirse con el calificativo *humano*, más justo y más... humano.

**A**L que venciere, yo le daré el lucero de la mañana. ¡Cosas pueden hacerse por ganar premio tan hermosamente prometido!

**D**ESDE esta ventana por donde rimo el valle con mi alma, he pensado hoy en la poesía de contornos limpios que han escrito nuestros poetas gloriosos del siglo de oro. Y no puedo menos de declarar que comprendo cómo ante esta naturaleza fuerte y bella, la poesía sea precisa y hasta correcta. Pero yo no la siento así; si el que ha soñado en esta ventana antes que yo, ha mirado á la montaña, yo miro detrás de la montaña. Y mi poesía ha de ser poesía de lo no visto. Las copias de una quimera jamás serán precisas; en ellas sólo pueden existir las diversas entonaciones de color. Cuando estamos en un instante de adormecimiento, con los ojos ni abiertos ni cerrados del todo,—estado análogo al del ensueño poético: la realidad confusa, espiritualizada, equivale al fantasma, á la aparición: idealidad materializada—sólo apreciamos un boceto de la vida, sin contornos limpios, sin



profusión de verdades, sin detalles ciertos: boceto simple. Así, las poesías ideales no pueden ser más que bocetos, y en boceto, precisamente, son superiores. Y, gracias á las musas más jóvenes, hoy se sueña más que nunca.

Con esto no quiero herir á los consistentes, á los concretos tamborileros del verso final, á los del endecasílabo blanco, á los albañiles de tapias para odas; todo está bien cuando hay belleza; la cuestión es ser flor; lo de menos es que la flor abra hacia arriba ó hacia abajo, ó que sea perfecta ó imperfecta, ó que sus pétalos rompan el cáliz con más ó menos regularidad; lo de menos en la flor es la libertad de forma, la libertad de color y la libertad de aroma; la cuestión es ser flor.

LEO el poema de Ducoté, *Le songe d'une nuit de doute*, y traduzco como sigue:

He visto entre los á'amos de plata,  
bañadas en la bruma matutina,  
ninfas danzando á orillas del estanque.  
Alguien me ha dicho: «Son las lavanderas  
que van á su quehacer, y se apresuran  
bajo el peso pesado de sus cestas.»  
Mas yo he visto las ninfas.  
En el umbroso bosque he visto un coro  
de dryadas, bajo encinas esparcido.  
Alguien me ha dicho: «Son pobres mujeres  
que forman haces con las ramas secas.»  
He visto las dryadas.

Y yo no miento, y no ha mentido el otro,  
y cada uno cuenta como ha visto.

EN la brisa fresca y fina de esta tarde de lluvia, llega sollozando un aire antiguo de jota. Suena una copla muy triste—para mí:

Zaragoza es un rosal  
que ha nacido en Aragón,  
y la Virgen del Pilar  
es su capullo mejor.

Luego, otra copla... Y la guitarra llora más cerca... Y pasa un ciego y una niña; la niña canta y su voz tiene una nostalgia inmensa para el cielo de la tarde, una nos-



talga que sube—tras la mirada de los ojos que se abrieron en otras tierras—sobre las casas altas mojadas por la lluvia, y va á lo azul y al sol y á las nubes iluminadas. Yo que no soy de Aragón, llevo hace tiempo en mi alma un aire melancólico de jota. Y se me aparece, al oirlo, un campo lejano, con su sol poniente, con ríos y casitas que se van quedando en silencio y en sombra, mientras se vuelve violeta la tarde y se alejan temblando las esquilas.

**E**s admirable como la vida huye de nosotros al menor intento que hacemos de abandonarla. Diríase es una amante recelosa, que á caza de agravios prodiga desdenes. Yo bien sé que el mar es hermoso y que en la peña brava suscita espumas, y que en las iglesias campesinas el sol ornamenta las desnudas paredes, y que las aldeanas, tocadas con pañuelos blancos, danzan, cantando ingenuas malicias; pero entretanto ¿vive el mundo? ¡Ay de mí! juraría que lo ignoro.

Leyendo los periódicos doime cuenta de que olvidé lo que significan las palabras impresas, y del acontecer que ellos cuentan nada sé.

**U**NA hora antes de ponerse el sol, ¿no habéis visto cómo corren sobre los campos verdes centenares de sombras que no se sabe de dónde vienen?

HELIOS



## APUNTES INTERNACIONALES

### LA MANCHA NEGRA

**H**ay sombras en el porvenir de la Unión Norteamericana. Como los otros, este sol tiene manchas que, lejos de desvanecerse ó permanecer siquiera fijas y estables, siguen el desenvolvimiento de la República. Es la mancha negra de la esclavitud que, borrada de la ley escrita y extirpada de cuantas manifestaciones de la vida social á ella se pliegan, subsiste en la conciencia nacional, agravada en muchas regiones del país, con la amargura del despecho y el recuerdo impotente y acaso rencoroso, de un pasado irrevocablemente muerto. Así en el cuerpo mutilado subsiste el dolor que se diría sentido en el propio miembro enfermo ya amputado. Suprimida la esclavitud por el hierro y por el fuego, cortado el miembro que ofendía, como lo quiere la Escritura, el dolor perdura, porque acaso no fuera completa la expiación y el crimen nacional de siglos no quedara borrado por la onda de sangre, cuya última marejada expiró en los rojizos campos de Appomatox.

La esclavitud es un crimen. Como vicia la sífilis la sangre, ella envenena el organismo de los pueblos; deja huellas profundas en la conciencia humana, como el hierro candente en la materia orgánica. Hoja de papel, corteza de árbol ó piel viva, cuando así la toca el hierro, déjale indeleble marca.

Atenúese cuanto se quiera la responsabilidad por razones históricas, si en ello hay consuelo ó conveniencia; los hechos no cambian. El equilibrio de los elementos, tan inexorable en lo moral como en lo físico, no es afectado ni por la retórica, ni por el ruego, ni por el dolor, ni por la convencionalidad. Que sea un Sócrates á sabien-



das ó un niño inocente, inadvertido, quien la tome, la cicuta mata. La oración fúnebre, el panegírico, discriminan: el veneno, no.

Más de ochenta años de vida independiente llevó la Unión Americana envueltos en su bandera de libertad el principio proclamado y la práctica viva de la esclavitud del negro. Para la raza de color la aurora de Bunker-Hill, precursora de la emancipación de la Metrópoli inglesa, marcó un día maldito, que remachó sus cadenas por la vida de una generación. La Gran Bretaña proclamó en 1833 la libertad del esclavo en todas sus colonias y, sangrando las propias venas para compensar los trastornos, que inevitablemente traería el cambio, votó veinte millones de libras esterlinas con que resarcir á los dueños de esclavos.

La proclamación de la libertad del negro, hecha por Lincoln, fué tan sólo en 1861, en hora de tinieblas para la Nación, cuando ya llevaba meses de sepultado el cadáver de John Brown, apóstol y mártir, y el ataque al fuerte Sumter había iniciado la conflagración que por espacio de cuatro años envolvió al país en los horrores de la guerra civil más cruenta y encarnizada de los tiempos modernos.

Los fundadores de la República Norteamericana, los signatarios del acta de independencia, los autores de la constitución nacional no tuvieron para sus conterráneos de color un pensamiento de caridad; para éstos no hubo un rayo de piedad humana: Patrick Henry había dado voz al sentimiento popular cuando exclamó, con la entereza y concisión de los magnos tiempos de la Grecia heroica: *Give me liberty or give me death*. Los jefes de su pueblo al fundar la República no pensaron un momento en los hombres de color á quienes ellos, los blancos, quitaban esa libertad, más cara que la vida, cuyo amor sagrado estalló, como la erupción en el cráter, en las cláusulas inflamadas del gran tribuno.

Al par de los animales y de las cosas inertes, los esclavos no tuvieron razón para advertir las transformaciones



que se cumplieron. Los Washington, Jefferson, Hamilton, egregios fundadores de la Unión, contuvieron el ímpetu irresistible hasta entonces de su esfuerzo libertador ante las diferencias de color. Ellos hallaron justa la lucha á la vida ó á la muerte para rechazar un impuesto arancelario, violatorio de sus derechos; pero ni siquiera advirtieron que al amparo de las leyes conservadas y acatadas, florecía el crimen de la esclavitud; y cuando hubo pasado esa guerra de independencia de escasos y pálidos laureles bélicos para vencedores y vencidos, los esclavos quedaron como antes estaban, en idéntica categoría con los animales domésticos, salvo bajo un aspecto: el de que sus amos, sin distinción de clases y jerarquías, y sin que falten los nombres más preclaros y prestigiosos, estadistas, magistrados, guerreros, se complacían en tener serrallos negros, más ó menos encubiertos, en que era engendrada una progenie híbrida, no por la mezcla de sangre, porque eso no la constituye, sino por la desigualdad de condición ante la economía social y política. Y como el hijo del esclavo nacía esclavo, la sangre de un Jefferson, en venas esclavas, expiaba, por ese encadenamiento de responsabilidades que nuestra limitada visión humana no comprende y que á cada paso la asombra y aterra nuestra lógica, bajo extraño látigo, la falta del padre que, como todos sus compañeros, cerró, por no pensar en ello siquiera, el corazón á la piedad y los ojos al dolor ajeno.

No así los emancipadores de la América Hispana. La libertad proclamada no tuvo allá límites de color ni de casta. El nuevo sol alumbró á todos por igual. Las banderas triunfadoras, tras de luchas tan tenaces y reñidas, al lado de las cuales son juegos de chiquillo las campañas de la guerra de independencia Norteamericana, en que las mayores hazañas fueron para el ejército aguantar frío en Valley Forge, y para el Jefe cruzar el Potomac con riesgo de resfriarse, en un bote abierto, esas banderas cubrieron, como el ala maternal, el nido entero; el pasado de su gloria, las promesas de su porvenir, fueron para todos.





Como un grillete, entorpeció la esclavitud desde un principio la marcha de la República. Florecía y se arraigaba más hondamente en los Estados del Sur; era allí, no solamente parte integrante, sino base esencial de la organización social. Los negros trabajaban los campos de algodón y de tabaco; los efectos del sistema reaccionaban sobre las costumbres y el carácter de los blancos, arrogantes y ociosos. Los intereses de las dos secciones del país, manufacturero el Norte, agrícola el Sur, de divergentes se tornaron en antagónicos. El Norte, cómplice del Sur por la comunidad de la ley, no lo era en el hecho, pues no toleraba la esclavitud en su seno.

La aristocracia suriana prevalecía en la Casa Blanca y en el Parlamento Nacional, dominando el Senado. Ante el mayor incremento de la población en el Norte, que amenazaba destruir el equilibrio político entre las dos secciones, el Sur se dió á buscar ensanche territorial para la creación de nuevos estados esclavistas. La lucha no cesó un momento. Cuando el Sur se convenció de que dentro del antiguo molde constitucional su desarrollo como sección esclavista estaba paralizado, lo que equivalía á una sentencia de muerte para la institución de la esclavitud, en época más ó menos remota, pero inevitable, prefirió el desmembramiento de la República y se lanzó á la guerra. Triunfó la libertad, se emancipó al negro, pero las aguas no volvieron á su cauce. En los Estados del Sur el antiguo esclavo, ciudadano libre ya por el ministerio de la ley, no era igual al blanco en la verdad y en el hecho. Los amos vencidos miraban, y en gran parte miran todavía, con odio y con terror á sus antiguos siervos; los espanta la ola negra, prolífica, fecunda, empapada en la tradición de largas generaciones oprimidas, con todos los atavismos africanos, apenas disfrazados por leve barniz de educación cristiana, que amaga sumergir sus ciudades y sus campos.

Para la conciencia de los blancos del Sur—sea la que



fuere la letra de la ley,—el negro es un rebelde cuando trata de ejercitar sus derechos de ciudadano.

En las inmensurables praderas del Oeste y del Suroeste, en las vertientes orientales de los montes Rocallosos, en los valles que se tienden al Pacífico, donde en menos de tres cuartos de siglo se ha fundado esa constelación de naciones, representada cada una por una estrella en la bandera nacional, se propagó, si no fué allí mismo donde brotó por vez primera, en los días de exploración y conquista, de combate con la naturaleza y con los pieles rojas, estallando del fondo de la violencia y de la codicia, como flor de crimen, flor maldita, la ley de Lynch.

Es la vindicta pública sin juicio y sin defensa, que envuelve su cobardía alevosa en la irresponsabilidad del número, y reparte la complicidad entre las muchedumbres, como una maldición inocua, que á nadie atemoriza; que ni á la conciencia individual, sugestionada, alcanza á conmover, porque en el estado embrionario del criterio humano, todavía y en todas partes, el número es razón. Las muchedumbres se nivelan por lo bajo; no es el pensador, no el poeta, el apóstol ó el vidente quienes las dominan; es el apetito, es la bestia. No son las márgenes altas y sonrientes de luz y de verdor, sino el cauce sombrío y fangoso lo que determina el curso de la corriente de los ríos. Cuando el blanco delinque en el Sur, se le lleva á los tribunales; cuando delinque el negro, ó se le acusa, ó se le sospecha, se le aplica la ley de Lynch.

En vano se escandaliza el mundo civilizado, ó que tal se llama, en que cada nación se desentiende de sus propios crímenes para vituperar los de las otras, mostrando con dedo ensangrentado la viga, porque nunca cabría llamarla paja, en el ojo ajeno. En vano se predica contra el horror del mal. los linchamientos aumentan; el odio de razas arde como el hogar de un horno de fundición. Los negros cuentan sus millones y empiezan á sentirse fuertes; los blancos, exacerbados, siéntense dispuestos á todo. El cancer, si no se le extirpa, puede traer la muerte.



Los anglo-sajones son implacables con las llamadas razas inferiores. En los Estados Unidos y en el Canadá cazaron como fieras á los aborígenes pieles rojas. Ni el bisonte ni el iroquois se ven hoy en las llanuras y en las selvas en que ayer no más vagaban libres; exterminadas las manadas y las tribus, sus escasos sobrevivientes apenas si alcanzarían para muestra de razas de hombres y de especies animales que fueron. Y así en todas partes. Maoris en la Nueva Zelandia, dervises en el Sudán, y cien pueblos más, todos, todos borrados por la esponja roja pseudoenmendadora de la obra del Creador, que, según declaración de apóstoles venerados, hará feliz al mundo, tiñendo su mapa en la mayor posible extensión de rojo británica, y la tierra, pudiera agregarse, con la sangre de los débiles. La cruz del Cristo se lleva para completar la obra del Maxim y de la melinita; con ella se marcan las hecatombes. Si en la India, donde pululan los millones de seres humanos, no se ha cumplido el fenómeno, es porque la niebla es invencible y se cierra tras el brazo mismo que la hiende. Los boers, que también son de cepa teutónica como los sajones, en su día exterminaron á zulúes, basutos y hotentotes, y practicaron hasta última hora—disfrazada en la forma, intacta en el hecho—la esclavitud de las razas de color; esclavitud que el poeta inglés moderno del predominio de fuerza bruta y de la violencia, ensalza con cínico eufemismo é hipocresía puritana en su novísimo evangelio «el deber (ó sea la carga) del hombre blanco». A la luz de su pasado, la suerte de las repúblicas sud-africanas es una retribución; los términos de las ecuaciones históricas, inexorables en su lógica, se hallan si se ahonda.

La supresión de la ley de Lynch, que infama el buen nombre de la República, trae preocupados los ánimos en los Estados Unidos. Recientemente, la nación ha sufrido un bofetón en pleno rostro. En Rusia, en donde abundan toda clase de amenidades macabras y horripilantes—y eso que ha de ser muy poco lo que de las miserias y los dolores humanos en ellos encerrados se filtre á través de los



muros de ese colosal presidio,--fueron asesinados en Kishineff gran número de judíos hace pocos meses; sus correligionarios en los Estados Unidos prepararon un mensaje, á guisa de petición ó de queja, humilde y respetuosa, al Czar. Mr. Roosevelt accedió ser él quien lo presentara; después de su promesa, prefirió indagar si el autócrata omnipotente permitiría la presentación. Si por ahí hubiera comenzado, se habría evitado el bochorno del rechazo sufrido. En todo el mundo se observó, y se observó con razón, que no es peor cosa matar judíos á sangre fría que quemar vivos, acribillándolos á balazos, á los negros. El reproche de fuera aguijoneó á los hombres de buena voluntad, la gran mayoría del país, del Presidente para abajo. La labor se hará. Los hijos de la generación que en Gettysburgh y en cien campos más pagó sangriento tributo para libertar al esclavo y mantener la unión de la República, ni flaquearán, ni fracasarán ante el problema que les sale al paso. La democracia norte-americana no ha de sucumbir; perfecta no es, porque es cosa de hombres; pero lleva en su seno, como la roca miñeral entre impurezas, el oro de la libertad humana. El tiempo abrasará el crisol.



Veamos un reflejo vivo de lo que está pasando. Se calcula que durante la primera mitad del año en curso han tenido lugar en los Estados Unidos cuarenta y cinco linchamientos. En treinta y nueve casos las víctimas fueron negras. Cuarenta tuvieron lugar en los Estados del Sur; el resto en el Norte. Además, durante el mismo período ocurrieron motines y asonadas, que obedecían á odios de raza, en varios Estados como Delaware, Alabama, Virginia, Illinois, Indiana y Massachusetts. El más notable de estos motines fué el de Evansville, Estado de Indiana, y dió por resultado doce muertos, gran número de heridos é incalculable destrucción de riqueza. El *Sun*, de Nueva York, describe así lo sucedido:



«El viernes 3 de Julio, por la tarde, un negro mató en Evansville, en Indiana, á un policía que trataba de detenerlo. Cuando un blanco mata á un policía, se le permite á la Ley que siga su curso natural. No se produce frenesí en el público. Los negros caen bajo la ilimitada jurisdicción del Juez ync. La larga serie de ahorcamientos y quemazones de negros ha acabado por contaminar con la sugestión de linchar á las masas. En Evansville se produjo un motín. No se quería aguardar á la acción de los tribunales. Se desechaba toda idea de tolerar una investigación ordenada y los procedimientos establecidos para determinar el grado de culpabilidad y el castigo aplicable al negro. Los amotinados ni sabían, ni se preocupaban de si el negro se había resistido al arresto con razón legal ó sin ella. Su crimen original é imperdonable, era su color. Era negro y por consiguiente era preciso eliminarlo. La muchedumbre, histérica de furia, se enloqueció más y más del viernes al lunes. En la noche del domingo, el desorden y la conmoción eran absolutos. El lunes por la noche fué atacada la cárcel, en donde el negro estaba encerrado. El alcalde de la ciudad, á la altura de su deber, defendió la cárcel con una compañía de milicianos, que disparó sobre los asaltantes y prospectivos asesinos, matando algunos é hiriendo á otros peligrosamente. El Gobernador del Estado, Mr. Durbin, no dió muestras de aquella pusilanimidad que en ocasiones semejantes suele apoderarse de magistrados, temerosos de dañar su popularidad política con algunos miles sus de ciudadanos, enloquecidos por la furia negrófoba. Ocupó la cárcel con tropas provistas de artillería y ametralladoras y amenazó proclamar el estado de sitio si la paz no se restablecía. El lunes el estado de sitio se hizo indispensable. Los amotinados asaltaron las tiendas en que se vendían armas de fuego. Se hicieron discursos incendiarios. El imperio de la ley había desaparecido por completo para millares y millares de ciudadanos.»

Por el estilo de lo sucedido en Evasnville, en donde sólo la fuerza armada y la energía del Gobernador lograron restablecer el orden é impedir el linchamiento, y con grados de mayor ó menor intensidad han sido los numerosos motines de que se hace mención arriba. El Presidente de la República escribió al Gobernador de



Indiana con motivo de los acontecimientos de Evansville una carta en que dice, entre otras cosas, lo que sigue:

«Permítame usted darle las gracias en mi calidad de ciudadano americano, por la manera admirable como usted ha sabido vindicar la majestad de la Ley con sus actos para impedir se realizaran tentativas de linchamiento. Páreceme á mí, muy señor mío, como sin duda tiene que parecerle á todo hombre honrado y previsor, que usted se ha hecho acreedor á la más profunda gratitud, porque el público bienestar y la misma existencia de la República, dependen del mantenimiento del espíritu de orden dentro de la libertad y bajo el imperio de la Ley, imperio que es tan incompatible con la violencia de las muchedumbres, como con cualquiera otra clase de despotismo. La violencia de las muchedumbres no es más que una de las formas de la anarquía, y la anarquía es ahora, como siempre ha sido, la compañera y el heraldo de la tiranía.

Cuantos hombres piensen con seriedad deben sentirse profundamente alarmados ante el aumento de los linchamientos en nuestro país, y especialmente ante el aspecto peculiarmente horrible que reviste la violencia de las turbas, cuando las víctimas son hombres de color; en esos casos la muchedumbre parece preocuparse más del color del criminal que del crimen mismo. En gran número de estos casos el hombre linchado ha sido responsable de un crimen horroroso, crimen de tan terrible naturaleza, que le quita á su autor el derecho á toda simpatía.»

El crimen á que alude el Presidente de la República, que es el que con mayor frecuencia se imputa á los negros linchados, es el de estupro ó violación de mujeres blancas; pero por horrible que él sea, no hay derecho, como en otros pasos de su carta lo observa el Presidente, para privar á ningún ciudadano del derecho fundamental que tiene á ser oído en su propia defensa, tan caro al corazón de todos los ciudadanos de la República y que es raíz y esencia de toda libertad.

Ocupándose del mismo asunto, el juez David J. Brewer, de la Corte Suprema Nacional, dijo en una oración pronunciada en Milwaukee, lo siguiente:



«Todo el que toma parte en linchar ó quemar á un negro, es un asesino y como tal deberá ser tratado por la ley. Aunque siempre se dan en defensa de tales acciones lo que llaman los juristas circunstancias atenuantes en grado considerable de la gravedad de la ofensa, en mi opinión no puede haberlas suficientes para clasificar el crimen como otra cosa que asesinato. Todo aquel que mata á su semejante, salvo en defensa de su persona ó de su propiedad, es asesino. El que toma parte en matar ó quemar á un negro, por atroz que haya sido la conducta de éste, es culpable del crimen de asesinato. Sé que el sentimiento público sobre esta materia varía según las regiones del país. En el Sur, linchar á un negro que ha violado á una mujer blanca, se considera cosa justa y legítima, como se considera justo y legítimo que un hombre mate á otro, si ese otro le dice en su cara que miente. Juzgo que en ninguno de los dos casos hay circunstancias atenuantes en el menor grado. El crimen es pura y simplemente de asesinato.»

Recuerdan por contraste en el espíritu que las anima estas palabras de un juez de la Corte Suprema Nacional, la famosa decisión de ese mismo Tribunal en 1857, en el caso memorable del negro Dred Scott. Como queda explicado, en el Norte no se practicaba la esclavitud. Desde 1820 se fijó la latitud de 36 y 112 grados como línea divisoria entre las dos secciones de la República: al Sur, la esclavista; al Norte, la libre. El negro Scott había residido al Norte de esa línea y se apoyó en ese hecho, acogiéndose á la jurisprudencia inglesa, vigente como derecho común en los Estados Unidos, según la cual el esclavo que pone el pie donde la esclavitud no existe, es libre, para pedir su manumisión. Después de pasar por varios tribunales inferiores, el caso llegó á la Corte Suprema, la que sentenció en contra de Scott, declarando nula su petición. Según los considerandos de la sentencia, redactados por Mr. Taney, Presidente de este tribunal supremo, los negros carecían de todo derecho, y el concederles la libertad por el mero hecho de que sus amos los llevasen á regiones libres, equivalía á una violación del derecho de propiedad. Con esta decisión, anuladora de



las disposiciones del Congreso que determinaban la zona libre y la zona esclavista, la cadena de la esclavitud extendió sus eslabones en cerco inquebrantable que cerraba todo horizonte de libertad para el negro en toda la extensión de la República.

Para terminar, y como muestra de la manera de pensar de los hombres del Sur, véanse las palabras de una arenga pronunciada á mediados de Agosto último en Chatauqua por Mr. S. T. Graves, del Estado de Georgia:

«Los linchamientos son un crimen. No hay hombre cuerdo que se atreva á negarlo. Son la anarquía. Son el motín. Son un golpe á la Constitución. Son una puñalada á la Ley, son deplorables, son terribles, son horripilantes.

Pero el linchamiento está aquí y ha venido para quedarse entre nosotros. Es preciso establecer como premisa y postulado de todo razonamiento esto de que el linchamiento nunca cesará como cosa establecida en esta República, mientras no sea destruido el crimen que lo provoca. Este es un hecho, no es una teoría. No es lo que debiera ser, pero así es y así continuará siéndo.

Respecto de cualquier otro crimen, es dado someter los hombres á la razón. Tratándose de cualquier otra provocación, puede inducirseles á que se resignen á sufrir las dilaciones, las triquiñuelas y las incertidumbres de la ley. Pero el pueblo, de quien toda ley emana, ha escrito en el corazón y en la voluntad de las gentes una ley inédita, que el que violentamente arrebate el honor y la vida de una mujer ha de ser juzgado y castigado por la última ley que reservan los hombres para sus pasiones más violentas y para sus ofensas más mortales. No hay clamoreo ninguno que pueda cambiar las cosas, ni discusión que alcance á afectarlas, ni opinión pública que las venza, ni estatuto que destruya esta determinación fija, firme, inquebrantable. Será preciso destruir la causa antes que anular el efecto. Vale más exponer las cosas con imparcialidad. El problema no es de cómo se han de impedir los linchamientos en el Sur, sino este otro, que es más grave. ¿Cómo hemos de destruir el crimen que siempre ha provocado y siempre provocará los linchamientos? Cuando lleguemos á presentar así la cuestión, algo habremos adelantado. Antes, no.



La respuesta que la muchedumbre da á esta pregunta es bien conocida. Las turbas contestan con la cuerda, á tiros, y á veces, Dios nos ampare, con la tea. Las turbas son prácticas en esta materia. Mientras los sentimentalistas se preocupan en resolver sobre los linchamientos, las turbas ejecutan actos contra la violación de mujeres. Toca á los sentimentalistas aprender la lección que les dan las turbas... Las turbas saben lo que hacen y llevan su obra adelante. Las turbas hoy son el freno más fuerte, más severo y más eficaz que existe en la época presente para el monstruoso crimen que vengán... ¿Que el linchamiento es criminal? Sí. ¿Legal? Sí. ¿Que es preciso abolirlo? Sí; á ser posible. Pero es un hecho innegable, preciso y evidente, que las turbas son hoy la defensa más poderosa, más alta y de mayores potencialidades que existe para proteger á las mujeres del Sur y para impedir que sobrevenga un carnaval de criminalidad que enfurecería al mundo entero y precipitaría el exterminio de la raza negra.»

Como respuesta á la arrogancia que revelan las palabras transcritas del orador suriano, en las cuales, preciso es confesarlo, hay alguna parte de verdad, aunque la cuestión está considerada con criterio parcial y ciego á ajenos intereses y condiciones, véase lo que dice el *Christian Intelligencer de Nueva York*, periódico religioso, como su nombre lo indica:

«Si una mujer blanca es violada por un negro, la comunidad en donde el ultraje se perpetra le dá caza al hombre de color, como si fuera una bestia feroz y lo quema en medio de torturas atado á un poste. Estos hechos ocurren á intervalos comparativamente largos. Pero en cada día del año centenares de mujeres y de doncellas negras son violadas por hombres blancos y á ninguno de estos bribones se le castiga en el menor grado ó forma. Dios ha hecho de una misma sangre á todas las naciones de los hombres. Su paciencia es infinita, pero día llegará en que castigará la injusticia ejercitada contra los hombres de color.»

Se ha querido en el presente escrito, al citar textualmente los apartes reproducidos, comprobar que no hay



exageración en decir que el problema de razas en los Estados Unidos es como un cáncer en las entrañas de la nación, que amenazaría la misma existencia de la República si el país entero otra vez, como en 1860, no se apercibiera para estirparlo.

SANTIAGO PÉREZ TRIANA.





## INFORMACION LITERARIA

---

... ..EL POETA ALBANÉS

JERÓNIMO DE RADA ... ..

### I

No es absolutamente desconocido, más que entre nosotros, este hombre, que, según afirma uno de sus biógrafos «excede los límites de la poesía, llega á las mayores alturas de la ciencia y toca en el apostolado de la humanidad.» En la península balcánica y en Italia, algunas de sus obras son muy leídas, y, desde la época en que su labor gigantesca, tanto por la cantidad como por la calidad, rompió el círculo local, su nombre ocupa escogido lugar entre los más brillantes del país del pensamiento.

Hoy ya Jerónimo de Rada es un prisionero de la edad y de los achaques; su genio descansa al pie de la tumba de las mil batallas que riñera en banderas del ideal, y abrumada de penas, solitaria y pobre, su figura, magnífica en la juventud, conmovedora en la vejez, sólo con largos intervalos de oscuridad se ilumina, á la luz gloriosa de su inspiración, aún no extinta. Mas dos circunstancias han venido ahora á darle singular carácter de actualidad: una, la del alzamiento contra Turquía, de parte de los pueblos cuya redención moral y material ha sido siempre objeto constante de sus amores, y otra, la publicación de un notable volumen, en que el doctor Michele Marchianó estudia su vida y sus obras (1).

---

(1) L'ALBANIA E L'OPERA DI GIROLAMO DE RADA. Este libro, que forma un tomo en 4.<sup>o</sup> de cerca de 400 páginas, se halla dedicado á nuestro compatriota D. Juan Pedro Aladro, en la forma siguiente: A. S. A. IL PRÍNCIPE DON GIOVANNI D'ALADRO KASTRIOTA CHE DISCENDENDO PER LI RAMI DI GIORGIO KASTRIOTA SCANDERBEG FIGLIO DEI «DIVINI PELASGHI» DOMATORE D'ESERCITI SPIRA MAGNANIMO NEL RINOVAMENTO INDECLINABILE DEI FATI DELLA NAZIONE ALBANESE UNA DI SANGUE, DI LINGUA, DI FEDE.



Todas las diversas fases de la personalidad de Jerónimo Rada, aparecen en este libro, inspirado en una entusiasta admiración y compuesto con la serenidad de juicio y la suma de cultura que exige el estudio de escritor tan complejo y extraordinario.

La actividad del autor albanés, dice el doctor Marchionó, es como campo que ondula sin cesar de la llanura á la colina, del valle á la pendiente, á veces bajo la sonrisa del sol meridiano y á veces en medio de una oscuridad donde es difícil introducir la vista. De la poesía salta á la política, á la lingüística, á la estética, á la historia, á la gramática, al periodismo, y entre tanto aspecto y formas diversas, su ingenio es dúctil y multiforme, en ocasiones complicado, y á menudo presa de una fuerza arcana y ascética que lo domina y subyuga. Su obra está nutrida con fragmentos del corazón: lo mismo la que se endereza al servicio de su patria, que ha sido el sueño angustioso de su vida, que la que se inspira en su amor á la ciencia ó en su devoción á la belleza. Los puntos de contacto que tiene con las grandes figuras de la intelectualidad universal son muchos. Posée el ardor impaciente de Mazzini y Sobieski, los anhelos artísticos de D'Anunzio, la fe científica de Bopp Diez, y el arrobamiento de un Francisco de Asís. Por el dolor es hermano de Leopardi, Musset, Baudelaire, Lenau, Heine y Espronceda. Tiene de común con los grandes, el orgullo, y es, en fin, pobre como muchos de ellos.

#### VIDA

Jerónimo de Rada nació de modesta familia en 1814, en Macchía-Albanesa, pueblecillo de Calabria, ingresando á la edad de ocho años en un colegio italo-griego de cerca de San Demetrio Corone.

Según se cuenta, la primer prueba debió ser desfavorable, por cuanto el obispo que dirigía el colegio aconsejó al padre del alumno le dedicase á la agricultura; pero como cayera en sus manos durante el año siguiente co-



piosa cantidad de lectura, quedó claramente marcado el rumbo que más tarde había de seguir. Eran aquellos libros de historia, poéticos y mitológicos. También entre ellos los hubo religiosos, que encendieron en su espíritu gran fervor de por vida.

Sus compañeros de colegio, al verle ávido de lectura, ofrecíanle sin cesar más libros, cuyos principales pasajes recitábales él luego. Entonces conoció á *Sofocles* y *Eurípide*, obras del jaez de *Orlando el furioso*, que leyó con gran curiosidad, y otras de Stäel, Cicerón, el Petrarca, Homero, Tasso, Alfieri y Byron.

A los diez y ocho años compuso su primer trabajo poético, la *Odisea*, un poema con asunto albanés. Al año siguiente (1833) abandonó el colegio, y su primera ocupación fué recoger y coleccionar cantos populares de Albania. Inspirándose en ellos, hizo luego un poema admirable, el *Milosào*, de que más adelante nos ocuparemos, y enamorado ya de la lengua patria, que halló tenía gran fuerza poética, principalmente lírica y elegiaca, intentó, aunque con poca fortuna, adaptar á ella el metro clásico. Después de inútiles tentativas, abandonó el propósito y, ajustando su estro al metro de los cantos populares, escribió diversas canciones, algunas de las cuales lograron extenderse por la patria.

En 1834 salió de su pueblecillo natal para ampliar sus estudios en Nápoles, que le sorprendió «con su pompa, con la molicie del pueblo, con la desenvoltura y aun licencia de sus mujeres». Allí leyó á Shaskespeare, Schiller, Göethe, Calderón y los trágicos franceses, siendo poderosa y profunda la impresión que dejó en su alma el dramaturgo inglés, según declara en su *Autobiografía*. Allí también dió por primera vez á la imprenta unos cantos populares y un poema, que parecieron originalísimos, abandonando á poco la ciudad para entregarse á la vida patriarcal de su aldea.

Empezaba por aquel tiempo á notarse en todo el reino de Nápoles, y principalmente en Calabria, el anhelo de innovaciones políticas que en 1848 estalló al fin, y Jerónimo



de Rada, que había sido nombrado jefe de uno de los comités conspiradores, se puso al frente de un puñado de hombres que habían de reunirse al núcleo principal de la provincia para precipitarse en Cosenza, donde se decía que todo estaba preparado para la insurrección; pero por una traición, el designio se frustró y los conspiradores fueron detenidos y luego decapitados, salvándose el poeta albanés, después de mil peripecias, merced á la ayuda de persona influyente en el gobierno.

Al volver á Nápoles siguió, no obstante, el fantasma de la revolución seduciendo á Rada. Con intervalos de quietud, en que las desgracias y enfermedades cayeron sobre él y su familia, y treguas en que trabó relaciones de arte con Alfonso de Lamartine y otras celebridades del tiempo, y entró en amores con una hermosa patricia de Nápoles, que dejó hondo rastro en su alma de poeta y de hombre, volvió de nuevo á la lucha política, siendo sus brillantes campañas de pluma en *Los Albaneses de Italia*, periódico fundado por él, y en otros periódicos de la ciudad, eco principal de los clamores, con que la opinión acogió los tormentosos sucesos que caracterizaron hacia 1848 y 50 el reinado de Fernando II. Algunos de aquellos artículos tuvieron enorme resonancia en Nápoles, y se cuenta que á raíz de la publicación de uno que influyó en las resoluciones del gobierno y que los patriotas leían en alta voz por calles y plazas, acudieron á felicitarle los más significados personajes de la ciudad, llegando á decirle un renombrado político:—«Sois el único patriota verdadero; habéis salvado el reino.» El rey mostró deseos de conocerle, y su popularidad adquirió vuelos considerables. Pero á poco tomó la cuestión política un carácter que no se conformaba con sus convicciones, y, rehusando halagüeñas ofertas que le hicieron en altas esferas, abandonó la vida pública y se refugió en su pueblo.

Trece años permaneció en él sin publicar obra alguna; pero desde 1861 al 1869 su actividad literaria fué notable. Además de instituir una cátedra, que aún desempe-



ña, de lengua albanesa comparada, dió á luz en aquel período de tiempo los *Principios de la estética*, la *Antigüedad de la Nación albanesa*, la *Rapsodia*, la *Carta política á G. Stamile* y una *Gramática albanesa* de su hijo José, arreglada por él.

Su fama científica y literaria cobró por entonces gran impulso. En 1861 fué condecorado con la cruz de San Mauricio y de San Lázaro, que por aquellos días era altísimo honor; y á la ilustre pléyade de sus amigos y admiradores de antaño se añadieron, entre otros, la célebre escritora princesa *Dora d'Istria*, descendiente del rey de Rumanía y albanesa, los grandes lingüistas T. Stier, G. Meyer, A. Dozón, L. Benloew y L. Podorszki, y Cantú, Prati, Aleardi y Tomaseo.

De 1869 á 1877 publicó los cuatro primeros libros de su grandioso poema *Skanderberg* y otras obras menos importantes. De 1877 á 1886 su acción albanófila adquirió extraordinaria importancia con la publicación de su revista *Fiamuri Arberit*, que puso sobre el tapete de la diplomacia europea una nueva cuestión política. De 1890 á 1900 fué el período más fecundo de su vida, aunque ya entonces entrara en la decrepitud. Durante esos años publicó *Pelasgos y Albaneses*, la tragedia *Sofonisba*, *Conferencia sobre la lengua albanesa* y *Gramática* de la misma, *Antología albanesa*, los cuatro períodos de su *Autobiología*, *Un espejo del humano tránsito* (poema), *Los caracteres de la lengua albanesa*, *Estudio de la poesía albanesa*, etc., etc...

En 1896 promovió el primer Congreso lingüístico albanés en Corigliano, al que de los más remotos lugares acudió multitud de patriotas. Con tal motivo Jerónimo de Rada recibió un telegrama de Francisco Crispi, que decía así: «Recibid mi felicitación por haber convocado el Congreso. Albanés de sangre y de corazón, celebro esta iniciativa que espero sea útil á la historia de la civilización albanesa y al incremento de su literatura». En este Congreso se echaron las bases de una Sociedad Nacional Albanesa, se acordó la fundación de una Revista



y la compilación de un Diccionario; se trató de abrir comunicación constante con la madre patria y se pidió al Gobierno la institución de una cátedra albanesa en el Instituto oriental de Nápoles.

Al año siguiente se reunió otro Congreso, que dejó resuelta la fundación de una Biblioteca nacional. También con este motivo Crispi saludó á sus hermanos «augurando una próxima redención á los que allende el Adriático permanecen aún bajo la tiranía del Turco».

A partir de entonces ya no ha dejado Jerónimo de Rada de trabajar por estos medios á favor de la nacionalidad albanesa. En 1899 celebróse en Roma el XII Congreso Internacional de los orientalistas, y á él Rada, abandonando la paz patriarcal de su humilde retiro, asistió como delegado italiano. Rodeado de ilustres albanófilos italianos y extranjeros leyó una Memoria acerca de *los caracteres de la lengua albanesa y de sus monumentos en la edad prehistórica*. Baldacci leyó también en aquel Congreso una monografía titulada *Consideraciones etnográficas sobre Montenegro, Albania y Epiro*, que tuvo gran éxito; el presidente pronunció palabras muy benévolas para el pueblo albanés; un congresista encareció la importancia de dicha nación, proponiendo, entre otras cosas, la compilación de un diccionario italo-albanés, y otro congresista propuso que una sección se titulase «Albania, Grecia y Oriente» y que se dirigiese una comunicación al Gobierno otomano para que promoviese y protegiese la escuela nacional de Albania, materias todas que alcanzaron el brillante honor de ser ampliamente discutidas por los principales miembros del Congreso.

J. RUIZ-CASTILLO

(Concluirá.)



## PARIS

... .. LA MISION DEL TEATRO

AL AIRE LIBRE ... ..

PARECE que en el momento mismo en que se manifiesta en Francia una vuelta hacia las tradiciones clásicas, las cualidades de expresión de nuestro arte dramático se modifican también en el sentido de un renacimiento del espíritu greco-latino. Hace diez años, en pleno período de arte simbolista y noruego, cuando los snobs nos ponderaban las obras de tesis metafísicas, cuando el «Teatro artístico» organizaba, en escenarios reducidos, espectáculos en los que personajes apocalípticos departían unos tras otros, sobre fondos extraños y entre perfumes y orquídeas, nos hubiéramos equivocado al pensar que los mismos que amaban tales espectáculos serían los primeros en proclamar la necesidad de un arte sencillo, preciso metódico y tenaz. De un arte que llegue al alma de todos por todo lo que encierra de verdad humana, por todo lo que traduce de la vida, por todo lo que enseña de alto, de sensual, de serio y de ferviente. Sería necesario devolver al arte su misión—nunca educadora, que esto sería empequeñecerlo—sino emocional, para elevarlo. Hemos visto realizada esta esperanza en el Teatro Antiguo de Orange, ante el Muz, treinta veces secular. Todos sabemos que *L'Iphigénie*, de Juan Moréas, hará época en la historia literaria de nuestro país. De la misma manera que en otro tiempo, la obra de Andrés Chenier señala una transformación en las venas de la musa nacional.

El primer resultado del éxito del Teatro al aire libre ha consistido en traernos de nuevo las reglas clásicas de unidad. Esta regla de las tres unidades, que los románticos habían roto, y que no hicieron mal en romper, ha re-



aparecido: unidad de acción; unidad de lugar sobre todo; la unidad de tiempo puede descuidarse sin peligro; y se descuidará con razón cuando el autor quiera evocar grandes dramas inspirados por la historia nacional. Pero la mayor ventaja llevada á cabo por el Teatro al aire libre, ha sido amplificar el cuadro y simplificar la acción. Las frívolas aventuras de adulterio, las obras de tesis, agradables con el aparato de un teatro de bulevar, parecerían en los circos de Beziere ó de Orange hartamente mezquinas y hartamente grotescas.

Si por un lado las obras recientemente representadas en los circos nos han proporcionado tales ventajas, no estaban faltas de inconvenientes. Por ejemplo, la *Dejanire*, de Gollet, representada el año 1899 en Beziere, perdió, trasplantada al Odeón, todo el esplendor de su ambiente, y sólo quedó de ella un pobre libreto de ópera, que al genio de Saent-Saëns le costó el trabajo de galvanizar. *Parvatis*, de Mme. Dieulafoy, obra persa representada en el mismo coliseo, nos pareció un error más lamentable aún. Orange y Nimes tenían el derecho de enseñarnos lo que debe ser el Teatro al aire libre. En dos años estas ciudades nos han mostrado, con el ejemplo, lo que puede y debe hacerse. Como ópera, *Carmen*, representada en el circo de Nimes; como tragedias, *Edipe-Roi*, *L'Adieu de Diane*, de Mauricio Magre, *Les Pheniciennes*, de M. Rivollet, *La Citharis* de M. Mourin, la *Iphigenie*, de M. Moréas, nos han descubierto el camino por el cual debe resueltamente marchar el Teatro al aire libre. De todos estos modelos, la *Iphigénie*, de M. Moréas, es el más característico; es una obra llena de vida, de sinceridad humana, de emoción trágica, profunda y sencilla, de intensa poesía. M. Moréas ha adaptado de modo perfecto la tragedia de Eurípides. Vimos entonces que el público no sólo se complace en pornografías, en exhibiciones extravagantes y en sentimentalismos necios. Los más humildes obreros de la ciudad han seguido con inquietud el destino conmovedor de la virgen sacrificada al interés de la patria. Cuando se lamenta y llora no ver mañana «la dulzura del día», todos



los corazones ingenuos se oprimen, no obstante estar dicho en versos perfectos, de arte elevado, sobrio y clásico.

Los éxitos del Teatro al aire libre nos muestran la verdadera alma popular, más elevada, más sincera, más sana de lo que se creía. Es falso que el público sólo se divierta en el café-concert, y que sólo se conmueva con el melodrama.

Toda obra razonable, patética, clara, le interesa, le emociona y le exalta. He aquí, por fin, encontrado el poderoso coeficiente de energía para las naciones latinas. El circo hace á su imagen la mentalidad de una nación. Si las corridas de toros han despertado en ella las ideas esenciales de valor, de desprecio de la muerte y ese gusto escultural de las bellas actitudes, las obras de los poetas pueden enseñarla virtudes nuevas.

En los pueblos latinos el Teatro al aire libre tiene una doble misión que cumplir: de renacimiento literario, de elevación moral. No cabe duda. M. Moréas ha mostrado el camino. El éxito ha probado una vez más que las obras inspiradas en tradiciones nacionales ó en leyendas áticas serán siempre comprendidas en tierras de oro.

¿Cuándo, pues, iremos á las plazas madrileñas ó sevillanas á aplaudir, en el sitio en que, en otro tiempo, Espartero mataba toros de Andalucía, alguna obra nueva donde revivan las enamoradas de España y los héroes; María de Padilla y el Cid Campeador?

ERNEST GAUBERT



## LETRAS DE AMÉRICA ✂

... .. UN LIBRO DE AMADO

NERVO ... ..

**H**AY escritores, cuyos libros despiertan en el alma la sensación de un color determinado. Lamartine, por ejemplo, y nuestro Espronceda evocan—en mí al menos—una gama de amarillos: oro de crepúsculos, siemprevivas de elegía, incendio lívido de lejanías de otoño; los versos de Campoamor y las prosas de nuestro admirable Benavente, me hacen soñar en finos encajes de plata; el lirismo de Rusiñol tiene profundidades moradas. En esto que digo podrá haber algo de aberración, pero hay también mucho de sinceridad.

Siguiendo esta clasificación por colores, toda la obra del poeta mexicano Amado Nervo, se me aparece en una gradación suave de azules, grises y blancos: países nocturnos, estrellas, jardines de niebla, bruma de sueños, troncos de abetos, nieve de montañas, canas y... besos. Los primeros versos que leí de Amado Nervo—un divino *Rondó*—ya me produjeron esa sensación de color; después, sus *Místicas* y algunas composiciones que conocí de *Savia enferma*, afirmaron definitivamente en mí esas ténues tonalidades. Hoy, un nuevo libro muy bello, llega á mis manos. Leo con emoción su título de romería: *El Éxodo y las flores del camino*. Lo abro al azar, y encuentro:

*Desde el vitral de mi balcón distingo,  
al fulgor del crepúsculo, la ignota  
marejada de calles, en que flota  
la bíblica modorra del domingo.*

*La bruma lenta y silenciosa, empieza,  
fantasmagorizando los perfiles,*



*á envolver la metrópoli en sutiles  
velos trémulos. — Yo tengo tristeza:  
La bíblica tristeza de este día,  
la tristeza de inútil romería  
que remata en inviernos agresores;  
el tedio de lloviznas pertinaces  
y tu spleen, niebla límbica, que haces  
manchas grises de todos los colores.*

Conozco tu tristeza, poeta; esa melancolía de tu domingo de Londres, es la melancolía de la fiesta de nuestras almas. El pobre Jorge Rodenbach también la lloró, lejos de la Brujas de su corazón; el pobre Pablo Verlaine la presintió en la tarde rítmica de su sábado; y todos la hemos añorado en nuestros domingos de aldea, en nuestros domingos de ciudad, en nuestros domingos de campo, en todos nuestros domingos. Porque en la fiesta lírica de nuestras almas, que guardan en su fondo jardincitos de niño con sus mariposas amarillas sobre el verdor de los rincones umbríos, y amores mustios y todo el florecimiento y la ascensión de los sueños, la alegría es una invitación á las lágrimas.

Los poetas siempre estamos llorando; hay unos que lloran más que otros, y sus versos, al fin, acaban por tener color de llanto. Y ya, la vida toda es de niebla y los sueños son del color de la vida y las apariciones son tristes y pálidas:

*¿Quién es esa sirena de la voz tan doliente,  
de las carnes tan blancas, de la trenza tan bruna?  
—Es un rayo de luna que se baña en la fuente,  
es un rayo de luna...*

Es un rayo de luna el amor más grande de nuestro corazón; las mujeres se ríen tanto! Llegamos á perder la noción verdadera de la mujer, bañamos de quimera el recuerdo, y con un nombre bello, con una dulce palidez, con un seno en flor, un cabello de oro y unos ojos violetas, hacemos una novia para la boda de nuestras almas. Es una galantería como otra cualquiera. Se le da al alma



de una infeliz mujer una lira; y se habla de esa mujer como de la visión de la fuente:

*La muerta resucita cuando á tu amor me asomo;  
la encuentro en tus miradas inmensas y tranquilas  
y en toda tú... Sois ambas tan parecidas como  
tu rostro, que dos veces se copia en mis pupilas.*

*Es cierto, aquella amaba la noche radiosa  
y tú siempre en las albas tu ensueño complaciste.  
(Por eso era más lirio, por eso eres más rosa.)  
Es cierto, aquélla hablaba, tu vives silenciosa.  
Y aquélla era más pálida; pero tú eres más triste...*

Esto de la tristeza de los poetas, es una cuestión muy complicada; el ensueño es como una imagen que el corazón proyecta sobre un lago, sobre una nube, sobre un país lejano; el ensueño es una nostalgia de cosas adivinadas y distantes, que viven, sin embargo, dentro de nuestro corazón. Y de este modo la lira está llena de flores para las novias que nunca hemos querido y que nunca nos querrán. La tristeza es tan descontentadiza, que desprecia la frescura de un aliento cercano y su fragancia; yo me llamo Juan, por ejemplo: ¿voy, pues, á querer á una mujer que se llame Juana? Esto no es posible; yo necesito, por lo menos, una mujer que se llame Balduína Van der Rotten, ó una pastorcita de los Alpes que no tenga nombre alguno como no sea Preciosa-blanca, Blanca-de-nieve, ó cosa parecida.

Así pues, yo mando un lirio á Amado Nervo por estos versos á Lucerna:

*Yo no sé qué gracia anima las alburas de tus hielos  
en tus cúspides alpinas de perfiles siempre vagos;  
si tus lagos son azules de mirar tanto tus cielos,  
ó tus cielos son azules de mirar tanto tus lagos;*

*pero sé que quien te busca, pero sé que á quien tu besas,  
ya no más ha de olvidarte mientras pene y mientras viva...  
Veme, pues, con esos lagos que son húmedas turquesas,  
ue son húmedas turquesas de mirada pensativa!*



*Virgencita de las aguas, virgencita de la nieve,  
pastorcita de los Alpes, edelweiss de sus barrancos,  
guarda todos mis ensueños, que si no me muero en breve,  
cuando torne habré de hallarlos más azules... ó más blancos!*

Y una rosa vieja por estos otros:

*Yo la llamé del hondo misterio del pasado,  
donde es sombra entre sombras, vestiglo entre vestiglos,  
fantasma entre fantasmas... Y vino á mi llamado  
desparramando razas y atropellando siglos.*

*Atónitas, las leyes del tiempo la ceñían,  
el alma de las tumbas, con fúnebre alarido,  
gritábale: detente!—Las épocas asían,  
cual garfios invisibles, su brial descolorido.*

*Mas todo inútil! Suelta la roja cabellera,  
la roja cabellera que olía á eternidad,  
aquella reina extraña, vestida de quimera,  
corría desalada tras de mi voluntad.*

*Cuando llegó á mi lado, la dije de esta suerte:  
—¿Recuerdas tu promesa del año Mil?*

*—Advierte*

*que soy tan solo sombra...*

*—Lo sé.*

*—Que estaba loca...*

*—Me prometiste un beso!*

*—Lo congeló la muerte!*

*—Las reinas no perjuran!...*

*Y me besó en la boca.*

De Amado Nervo ha dicho Rubén Darío—ese Cau-  
policán de París—que es un virtuoso en la ejecución del  
verso. Cierto. Es un poeta de América que talla el verso  
castellano—cosa extraña—mejor que muchos poetas de  
Castilla; se diría que es un galano doctor en humanida-  
des. Después de mucha lectura he visto que los verdade-  
ros poetas latinos de América son Rubén Darío, Amado  
Nervo y Francisco A. de Icaza.—Claro está que no quie-  
ro ahora hablar de José María de Heredia.—Entre Nervo  
é Icaza, yo encuentro grandes semejanzas; los dos son ex-



quisitos; los dos saben bien lo que se hacen; están enamorados de los mismos metros—en el espíritu y en la forma,—y hallan igualmente la palabra de sus rimas con una seguridad y una elegancia maravillosas. Esto, en Nervo, no es de extrañar; él mismo nos dice en su *Genealógica*:

*El Bachiller Francisco Pintado de Cienfuegos,  
mayor que fué entre grandes, máximo entre mayores,  
docto en sagradas letras y en episodios griegos  
como es usanza, amigo de inquisición y Oidores,*

*me dió el sér; soy lobezno de la nodriza bruta  
de los Dioscuros: mi almo perfil y los anales  
de mi solar lo cuentan, y hay en mi faz enjuta  
las palideces de los olivos provenzales.*

*Nací con un gran beso de amor entre la ardiente  
boca y un grande anhelo de gloria en l'alma esclava;  
y llevo diez leyendas en mi brumosa frente,  
con otras diez leyendas en mi melena brava.*

Además, entre sus ascendientes, ha tenido un noble caballero italiano, alma mística y revuelta, una especie de Lutero ó de Santo Domingo de Guzmán, que le comunicó un soplo de la Edad-Media:

*Para librarme de lo imprevisto  
cuando mi estancia se queda sola,  
guardo en mis ropas un Santo-Cristo,  
un Santo-Cristo y una pistola.*

Este fraile galante, este novio de monjas que ha aprendido cosas del cielo en Teresa de Jesús y en Verlaine, en Kempis y en Verlaine, en San Agustín y en Verlaine, ha sabido matizar la música del verso con claridad de luna, con nieve de azucena, con lividez de niebla; ha desentrañado el misterio de la espuma, del nardo, de la carne tibia y blanca de Sor Melancolía, de la nieve, de la estrella, de la dulce mujer Ainó Ackté:

*Ainó Ackté, lirio del Norte,  
Ainó Ackté, gran rosa-té;*



*sueño de los fjords, consorte  
de los vikings.—Ainó Akté:*

*Ducal armiño de Suecia,  
flor de hielo, alburas de  
las inmortales de Helvecia,  
ojos de azur.—Ainó Akté:*

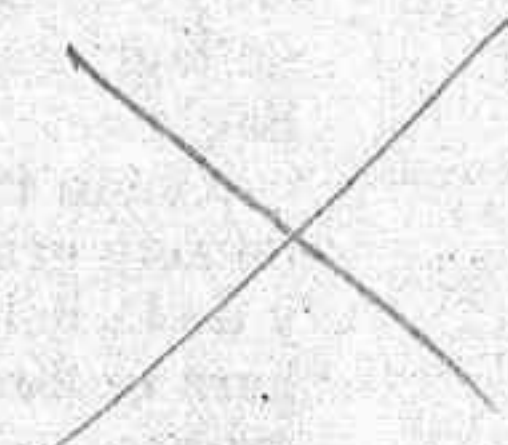
*En su garganta de cera  
esconde al ruiseñor que  
oía Luis de Baviera  
entre la nieve.—Ainó Akté:*

*Es la blanca Sinfonía  
del viejo Theo Gautier.  
Ainó Akté: Quien fuera un día  
amado por Ainó Akté!*

Yo siento por Amado Nervo ese cariño que á veces tiene el alma por una rosa, por un valle, por un ruiseñor. Hay poetas á quienes quiero con la frente; á éste lo quiero con el corazón; porque él adora á la luna y yo estoy muerto de cariño por la luna; porque él adora á las estrellas, y yo no hago más que mirar á las estrellas; porque como él soy novio de la hermana Melancolía, porque Kempis también me puso enfermo, porque estoy esperando á Blanca-de-nieve, á quien él también espera, y porque Blanca-de-nieve no llega para él ni para mí.

A través de la tristeza inmensa del mar, poeta, te agito mi pañuelo blanco.

JUAN R. JIMENEZ.





## LOS LIBROS

---

MOSEN JACINTO VERDAGUER .. AL  
CEL .. «PEL ET PLOMA», 1903 (1). ..

PARA hablar de ciertos versos y de ciertos poetas es necesaria una hora de melancolía; porque hay elogios que sólo con lágrimas se pueden decir. Y he aquí que en esta hora melancólica quiero decir mi admiración hacia el poeta de los *Idilios y cantos místicos*.

¡Ay, *Mosen Cinto*, quién diera á nuestras almas mundanas y endurecidas hallar la caridad con que la vuestra estuvo aureolada; quién para nuestras vidas egoístas y estériles diese una hora de aquellas horas de vuestra santa vida! Poeta, poeta, yo quisiera decir de vos y de vuestro cantar; y he aquí que faltan decires á mi pobre intelecto, que anda de ellos no pocas veces harto escaso cuando el corazón le mueve á hablar. Y es que para ensalzar vuestro espíritu no hay otra lengua que vuestras propias rimas. ¡Qué descubriremos de vuestro sentir, nosotros profanos, á quien haya oído esto que vuestro amor á Dios clamó con amor inefable:

*Si alfombra es el azul de vuestras salas  
¡cuándo á mis plantas le verá enflorar!  
¡Ay, Dios mío, Dios mío, dadme alas  
ó quitadme el deseo de volar!*

que diremos de nuevo hablando de la fuente de vuestra inspiración, á quien sepa que vos habeis dicho: «Un día permitió Dios que se nublara de golpe mi hermoso porvenir. Pasé penas tan hondas que pusieron en peligro mi vida, y tan negras que todavía duran, y sabe Dios cuando se acabarán... El trato que me dieron en la tierra me obligó á buscar refugio en el cielo, y para distraer mi corazón y arrancarle de las miserias de aquí abajo, púseme á contemplar con lágrimas en los ojos la soberana belleza del palacio de nuestro Padre celestial, y aunque con el corazón lleno de lágrimas, me dí á cantar como los peregrinos de Tierra Santa.»

¡Como los peregrinos! He aquí la única biografía posible de este gran poeta. Ha sido un peregrino del amor de Dios y de la belleza, y la belleza y el amor de Dios suscitaron para él flores y mieles en las carreteras de polvo y de lágrimas.

¡Cuán grato es al espíritu sentir el elogio, y cuan amable

---

(1) Fragmento de un *Elogio*.



cosa es decir el elogio que el espíritu siente, decirle claro, con exaltación de simpatía, con hambre de justicia; como se ensancha y como se solea este campo del arte cuando una ráfaga de ella viene como aire fresco á mecer sus espigas!

¿Y cuál es la justicia hablando del autor de *Al cel*?

León Bloy dice de Jehan Rictus: «Après Verlaine, il y avait encore celui-là. Poète catholique sans le savoir et sans que personne l'ait jamais su, excepté moi; mais le dernier, sans aucune doute. Personne maintenant ne passera plus par cette porte».

No diré yo que Verdaguer haya sido también nuestro último poeta místico; espero que en España no ha de faltar nunca quien sepa entender, y quiera cantárnosla, *la canço del Paradis*:

—¿Voleu que jo vos la cante  
la canço del Paradis?—

pero sí creo con Menéndez y Pelayo que es el único de los contemporáneos, y que acaso en mucho tiempo no haya para él sucesor.

Es su poesía sencilla; son sus versos como espejos claros, en que la faz divina se refleja; son sus rimas como aguas que saltan y al cielo llegan—*yo te daré el agua que salta y llega hasta la vida*;—mieles bíblicas fluyen de sus labios, porque en su corazón han hecho nido abejas libadoras de toda dulzura, y centellean por toda su obra luces inmortales, porque sus ojos han mirado al cielo, y han visto en él, hecho de estrellas,

*el camino por donde  
las almas se dirigen á la gloria.*

Las estrellas son obsesión inspiradora de Verdaguer. Su libro *Al cel* se llamó primero *Celistia*—resplandor de noche estrellada.—En el silencio mayestático de la noche, no sólo las contempla *como islas de oro entre naves de plata*,

*cual fugitivas ondas  
da aquel mar sin orillas,  
de vida y claridad,*

sino las escucha, oye el ruido ténue de su acompasado caminar:

*¡Com vos sento sonar en mes orelles,  
armoniques estrelles,  
cascabels d'or del carro de la nit!*

.....  
*Gentil constelació com una flota  
sovint del éter brota  
ses estrelles d'argent entrelaçant,  
com la nota melòdica ab la nota  
de Palestrina en lo solemne cant.*

G. MARTINEZ SIERRA.



...«HILVAN DE ESCENAS», POR GABRIEL MIRÓ ...ALICANTE, 1903.....

SE trata de un libro *tendencioso* escrito por un verdadero artista, por un artista original y vibrante.

Más que novela, viene á ser esta obra una serie de cuadros, en que abunda el elemento pictórico con preferencia al narrativo, y en que la acción, á menudo desatendida por el autor, y á veces olvidada, no es más que un pretexto para la copia de paisajes y figuras. La fábula se desarrolla en un valle, que es un milagro de luz y belleza. — Bajo la lumbre del sol de Levante, desfilan en tétrica procesión los personajes de la historia: son almas secas, afligidas por la miseria de una moral egoísta, dobladas bajo la pesadumbre infame de un poderío secular, sufrido por muchas pretéritas generaciones de esclavos. Y, en medio de tanto dolor gris, de tanta pena sorda, sin rasguños, de pena que no hiere, que es enfermedad, sólo hay alguna que otra nota que destaque: la mancha roja de algún ensueño despedazado.

...Puede afirmarse que el autor es muy superior á la obra, donde las sensaciones se amontonan y atropellan. El Sr. Miró es hábil estilista y sabe también ponerse en contacto con el alma del lenguaje. Los vocablos que él maneja adquieren en sus páginas extraordinario movimiento y calor de vida, que dan gran realce á las ideas y los sentimientos, confundiendo con ellos en forma cruda é intensa; pero, sin contar con que la fuerza del autor degenera, por lo general, en violencia, muy frecuentemente tan excesivo es el ímpetu con que acomete al idioma, que quedan al descubierto hasta las entrañas de las palabras, y el espectáculo, que es sangriento y humeante, sorprende al lector y le distrae del deleite estético, cuando no mata por completo la emoción.

El tiempo, no obstante, dará serenidad de espíritu al señor Miró y enfrenará su pluma; y entonces resaltarán con mayor pureza y amplitud sus cualidades peregrinas de artista, que tiene una percepción muy aguda de la luz y el color. y de escritor, á quien seres y cosas revelarán su alma y le harán el don de su belleza.

J. RUIZ-CASTILLO.

JOSÉ DURÁN OROZCO ...«LA SOMBRA»  
POEMA ... ALMERÍA, 1903 ...

HURANO, esquivo á los goces de la vida, atormentado por hondas pesadumbres, el poeta José Durán vive casi de continuo en un pueblecito de Almería paseando su armazón de hombre bajo el manto diáfano del cielo y las lumbres de aquel sol africano... ¡Su alma, su melancólica alma de soñador, corretea, gustosa, por los mundos de la tristeza!



Como el delicadísimo Juan R. Jiménez, como Francisco Aquino, como Ricardo León, como Sánchez Rodríguez, como Anaya, como Villaespesa, como Nicolás María López, en fin, para no citar más, José Durbán es otro de los jóvenes poetas andaluces, nobles hidalgos del dolor... Y en cada libro suyo, en cada página, en cada estrofa, emerge pródiga la hiel de sus penas, sinceras, grandes, crueles, ¡ay!, tal vez irremediabiles.

Sorprende á muchas gentes que, allá, en la tierra andaluza, donde ríe el cielo vestido eternamente de azul al igual de las vírgenes, donde las exuberancias de una naturaleza lujuriosa engalanan el paisaje y tapizan el suelo esmaltándolo de flores, donde la sangre cáldea el espíritu y corre por las venas con prisa mayor, donde las costumbres, el caserío, los moradores, todo, todo es alegre y gracioso, brillante y vivo, los poetas digan tristezas. ¿Por qué nó? Quién, achaca este fenómeno á irreductibles influencias de la raza árabe; quién, lo cree hijo de la idiosincrasia de unos cuantos jóvenes desesperanzados, decadentes, sin otra sed que el ansia de un ideal abstruso, misterioso, tanto, que, si bien lo presienten, no aciertan siquiera á saber definirlo; quién, conceptúa esa tristeza mero capricho, fanfarrón prurito de mentir, un avasallamiento á los despotismos de la moda... é imprudentes estigmatizan las rimas y las prosas amargas, de tales escritores, con el borrón de la insinceridad.

¿No sería más lógico, más natural, hasta más humano que todo esto, pensar que para traducir, esos artistas, sus sensaciones de la vida, las moldean antes al calor de su temperamento y las llevan al libro con la marca, alegre ó triste, como sea, de la personalidad que las informa?

¿No será, también, que dentro de los límites geográficos de ese pueblo prototipo de lo pintoresco, conviven dos Andalucías de complexión distinta, con rasgos diferenciales bien dibujados, con facetas varias, desemejantes, *antípodas*, si vale? Díganlo Sevilla y Córdoba, Granada y Málaga, Almería y Jaén, á quienes tengan ojos y sepan ver; cosa, según la opinión del maestrizo Emitio Sala, más difícil de lo que parece.

Sí; hay esa Andalucía policroma, borracha de luz y color, alegre, muy alegre, donosa..., y hay otra en la que, bajo sus pompas y sus alborozos, bajo sus brochazos de bermellón y añil, resuenan sordos los quejidos de un malestar grande y acongojan las añoranzas de los esplendores muertos... Así, digan alegrías los enamorados de aquella; digan amarguras los adoradores de ésta, que, á ninguno, en buena ley, debe forzarse para que sienta y se exprese con sujeción á los cánones, dictados sólo por el antojo de tres ó cuatro señores del imperativo categórico. ¿Hemos de censurar á los meritísimos Alvarez Quintero porque en su hermosa é incomprendida comedia *Las flores*—incomprendida por ciertos críticos—se ¡atreven! á mostrarnos entre la bizarría del huerto de *las campanillas*, lozano, riente, lleno de sol y de aromas, al-



mas heridas por el hachazo de la desgracia que una pasión procaz engendra?

En arte, lo más esencial está en el problema mismo que atormentaba al complejo personaje shakesperiano: ser ó no ser.

¡LA SOMBRA! Eso; una sombra melancólica, como la que proyectan las hiedras sobre los desmochados vetustos torreones, vaga por los tres cantos en que Durbán ha dividido su flamante poema.

En la opacidad de esa sombra recátase artero un pesimismo amable, que se apodera del ánimo del que lee, lo acaricia con la suavidad misma de los brazos femeniles y logra infiltrarle las desilusiones del héroe del poema.

Joven, en la prepotencia de la vida, y cuando viejo, siempre le presenta el poeta caminando en busca del Hada que habita los bosques del Ensueño...; caminando sin descansar un momento, anhelante, preso de extraña inquietud, de su sombra acompañado, pues

*«Mientras que dura la mortal carrera,  
á cada hombre eternamente unida,  
va su Sombra, constante compañera,  
que nunca le abandona ni le olvida;  
que va á su lado si el placer le halaga  
y no le deja si el dolor le abate...  
¡eterna amiga misteriosa y vaga  
es la misma en la paz que en el combate!»*

Y así como camina constante, tenaz también, ¡espéra! La Esperanza es la antorcha única que alumbra su vida. Espera, cuando en la adolescencia cruza la selva ataviada con los dones primaverales; espera, cuando conoce el veneno del amor engañoso, cuando le tortura el martilleo de añejas crueles memorias, cuando el desaliento le agarrota con su canción anonadadora, cuando ha perdido la juventud y, lleno de tristeza, avanza despacio por la selva en donde se le aparecen los fantasmas de sus amoríos puros y sus amoríos venales, mientras

*«El viento entre los árboles desnudos  
lúgubres quejas al espacio lanza,  
y al son discorde de sus silbos rudos  
tejen las hojas una extraña danza.  
Ya con suave ritmo, dulcemente,  
dibujan trozos de amarillo encaje;  
ya se arrastran, ya saltan de repente  
como locas, con ímpetu salvaje;  
ya se persiguen en veloz huida...  
Parecen, en la selva despojada,  
seres dotados de impasible vida  
que llevan dentro un alma condenada.»*



Y espera, todavía, cuando abatido, viejo, macilento, con paso tardo, amarrada á los pies su sombra, avanza por la selva cubierta de nieve y soñando cae sobre la blanca llanura...

*«En la borrosa linde del camino  
donde están los recuerdos sepultados,  
quedó muerto el errante peregrino...  
Sus ojos vidriosos y espantados,  
no volverán á ver, de la creadora  
Primavera los cálidos países;  
no hundirán la mirada soñadora  
del triste Otoño entre las nieblas grises;  
no mirarán las nieves del Invierno...  
Inmóviles, abiertos, pensativos,  
quizás ven la verdad, misterio eterno  
que nunca alcanzan á mirar los vivos!  
Bajo el misero cuerpo, á él abrazada,  
quedó su Sombra de invisibles trazos;  
única fiel y eterna enamorada,  
muerto, aún lo estrecha en sus amantes brazos!»*

Todo el poema tiene la tonalidad de los crepúsculos autumnales... Poeta subjetivo, Durbán siente intensamente cuanto relata, y en todos sus estados de alma es siempre sincero. Diestro en el manejo de los ritmos, sabe tallar versos rotandos, correctos, sanos, que arrastran la púrpura de una dicción castiza, sin pompa de adjetivos ni rarezas extravagantes.

Y cierro el poema satisfecho de haber podido admirar la excelente obra de un poeta que por los senderos del amor ha llegado al reino de la Tristeza.

JULIO PELLICER



## LIBROS RECIBIDOS

ERNEST GAUBERT: *La poesie tchèque contemporaine*. Bibliothèque internationale d'édition. París, 1903, 1 franco.

H. de BALZAC: *Luis Lambert*. Tasso, editor. Barcelona, 1903, 1 peseta.

MANUEL UGARTE: *La novela de las Horas y de los Días*. Garnier Hermanos, librereros editores. París, 1903, 2 pesetas.

AMADO NERVO: *El Exodo y las Flores del camino*. México, 1903.

H. de BALZAC: *Las Rivalidades*. Luis Tasso, editor. Barcelona, 1903, 1 peseta.

LUIS BUCHNER: *Fuerza y materia*. F. Sempere y C.<sup>a</sup>, editores. Valencia, 1903, 1 peseta.

CAMPOAMOR: *Obras poéticas*. Cuadernos 7.<sup>o</sup>, 8.<sup>o</sup>, 9.<sup>o</sup>, 10.<sup>o</sup> y 11.<sup>o</sup> Luis Tasso, editor. Barcelona, 1903, 25 pesetas cada cuaderno.

M. A. CANTONE, G. GRAMEGNA: *Le Parfum Vierge*. V. Villerelle, Libraire-éditeur. París, 1902, 2,50 pesetas.

PAUL-HYACINTHE LOYSON: *L'Évangile du sang*. Revue D'art Dramatique. París, 1902, 2 francos.

PABLO JACINTO LOYSON: *El Evangelio de sangre*. Traducción de Miguel A. Ródenas y Manuel Abril. Imprenta de los H. de Hernández. Madrid, 1903, 2 pesetas.

ANGEL GUERRA: *Al sol*. Colección Diamante. Antonio R. López, editor. Barcelona, 1903, 0,50 pesetas.

M. CIGES APARICIO: *Del cautiverio*. La Editorial Moderna. Madrid, 1903, 2 pesetas.

BJÖRNSTJERNE BJÖRNSSON: *El Rey*. Sempere y C.<sup>a</sup>, editores. Valencia, 1903, 1 peseta.

JACINTO O. PICÓN: *Drama de Familia*. Sempere y C.<sup>a</sup>, editores. Valencia, 1903, 1 peseta.

SCHOPENHAUER: *La Libertad*. Sempere y C.<sup>a</sup>, editores. Valencia, 1903, 1 peseta.

HERBERT SPENCER: *Origen de las profesiones*. Sempere y C.<sup>a</sup>, editores. Valencia, 1903, 1 peseta.

BARÓN D'HOLBACH: *Moisés, Jesús y Mahoma*. Sempere y C.<sup>a</sup>, editores. Valencia, 1903, 1 peseta.



## ❧ NOTAS DE ALGUNAS

### REVISTAS ❧ ❧ ❧ ❧ ❧

**L**a Revue publica un estudio del escritor argentino Manuel Ugarte sobre la influencia de la literatura francesa en España. En España—dice el articulista,—como en todos los países del mundo, hay dos mentalidades en lucha: la que se inspira en el pasado y la que tiende hacia el porvenir; y la primera es hoy más poderosa que la segunda. Pero si se interroga el corazón mismo de España, se descubre que las ideas europeas tienen representantes como Altamira, Gani-vet, Dorado, Salillas, Posada, Sanz y Escartín, Buylla, Unamuno... Yo preguntaría aquí al Sr. Ugarte: ¿Y Giner, y Simarro, y Salmerón, y Azcárate?... Pasando á la literatura, el Sr. Ugarte encuentra una decidida influencia francesa en todo: en la novela, en la poesía, en el teatro y en... la prensa. Emilia Pardo Bazán ha introducido el naturalismo; Pérez Galdós tiene muchas páginas de inspiración francesa, y en *Narváez*, por ejemplo, se encuentra la sombra de Zola; Blasco Ibáñez, á pesar de la corrección de su lenguaje (¿?), á pesar del esfuerzo visible por seguir la tradición literaria de su país, pone en *Cañas y Barro* un soplo de independenciamiento que se manifiesta, no sólo en el pensamiento, sino también en el estilo (¿?). Blasco Ibáñez tiene estrecho parentesco con Paul Adam, con los hermanos Margueritte y con los Rosny. Ultimamente, el discurso de Picón *El desnudo en el arte*, es una página parisina, desde el punto de vista de las ideas y de la forma.

Entre los poetas, el Sr. Ugarte halla un grupo que sigue paso á paso las huellas de los simbolistas franceses: Juan R. Jiménez, Pérez de Ayala, y cinco ó seis más, constituyen un núcleo estimado que lucha en la revista HELIOS por trasladar al español la modalidad de arte que representan los simbolistas. De acuerdo con su programa de renovar las ideas y las formas de expresión, son los grandes enemigos del *casticismo*. Y yo volvería á preguntar aquí al Sr. Ugarte: ¿Quién le ha dicho á usted que somos enemigos del *casticismo*? ¿Quién le ha dicho á usted que seguimos paso á paso las huellas de los simbolistas franceses? Cogemos rosas clásicas y rosas decadentes, y nuestra floración es de sinceridad. Glosamos á los simbolistas cuando nos hieren con bellezas, y nuestro empeño está en mostrar al público la divina verdad del arte. Nadie más sincero ni más sencillo que Juan R. Jiménez; Pérez de Ayala juega con conceptos elegantes en frases del más puro parnasismo. Y entre los no citados de la revista HELIOS, Martínez Sierra cultiva hoy en su cora-



zón un viejo lirio castellano y Navarro Lamarca, si escribiera versos, ensalzaría á Shakespeare en un soneto pomposo, ó á Ruth en un cantar lleno de paz y de abundancia.

Pero la influencia es más visible aun en el arte dramático: Pérez Galdós ha hecho en *La de San Quintín* un drama moderno á la francesa, y Sellés, en *La mujer de Loth*, se ha puesto resueltamente al servicio de las corrientes nuevas (?). En *Aurora*, de Dicenta, esta influencia es tan manifiesta, que los defensores más tenaces del españolismo no la podrían negar. Benavente es un escritor nervioso del género de Maurice Donnay; sus comedias tienen esa filosofía profunda y ligera, corrosiva y amable del verdadero teatro parisiense. Y el teatro independiente de Ruiz Contreras ha sido inspirado por el repertorio de Antoine, Gemier y Lugné Poë.

En fin, entre los jóvenes que tienen en sus manos el porvenir intelectual de España, el Sr. Ugarte pone á Cristóbal de Castro.

**A**LONSO SÉCHÉ, en un artículo que inserta *La Revue d'Art dramatique*, recoge y comenta los anuncios de fundación de un Teatro popular para la próxima temporada en París, y las opiniones que han emitido en la prensa diversos críticos y literatos acerca de esta interesante idea hasta ahora tenida por utópica.

El pensamiento, según parece, será aplicado el futuro invierno bajo diferentes formas; pero el proyecto más importante que existe es el de M. Henri Turot, que aspira á fundar un Teatro en grande, subvencionado, ó, mejor dicho, costeado por el municipio parisién.

Y lo curioso, aunque si bien se considera, el hecho nada tiene de extraño, es que, al hacerse pública la proposición de M. Turot á la *Ville de París*, hayan salido algunos escritores disputándole la paternidad de su proyecto; que todos funden su actitud en el temor de que la idea quede desnaturalizada en manos de éste, y que, al ser expuestas las opiniones de cada uno, resulte que no haya dos iguales.

En efecto, M. de Sainte-Croix, que es uno de los que con más ardor reclaman su derecho á la paternidad, cree terminantemente que «el Teatro del pueblo será socialista ó no logrará existir», mientras que M. J. Ernest-Charles, otro significado polemista, opina que, puesto que no puede haber dos teatros del pueblo, «el nuestro» y «el de ellos»—es decir, un teatro socialista y otro reaccionario—«el Teatro del pueblo será independiente, ó no habrá tal Teatro».

Terciando en la cuestión, M. Emile Faguet contesta en los *Debats* á M. de Sainte-Croix lo mismo, sobre poco más ó menos, aunque mitigando su opinión con su peculiar escepticismo... M. Faguet no cree que un Teatro popular alcance gran éxito. «En verdad, dice, no tengo mucha confianza, porque yo confío poco en las creaciones artificiales. Me parece que la necesidad crea el órgano, y que, si el Teatro popu-



lar no existe, es porque el pueblo no siente la necesidad de él. Pienso que si la sintiera por modo sincero, por modo imperioso, le habría creado naturalmente, espontáneamente, como ha creado naturalmente, espontáneamente la Gaité, la Porte-Saint Martin, el Ambigú y doscientos cafés-conciertos. Si el Teatro popular artístico no existe desde hace cuatrocientos años que hay teatros en París, será porque no deba existir.»

Concretándose luego al proyecto de M. Turot de instituir el Teatro popular á costa de la *Ville de Paris*, Faguet expone muy justificados temores:—«Supongo yo, porque de esto nada quiero saber, que el consejo municipal se divide en dos mitades iguales: socialistas de un lado, nacionalistas de otro. El Teatro popular se fundará con tendencias socialistas, ó con tendencias nacionalistas. Eso una vez, que después si, por ejemplo, funciona cinco años con tendencias socialistas, á los cinco siguientes será invadido por las tendencias nacionalistas. ¿Qué provecho darán estos cambios é incertidumbres?»

Al llegar aquí ya, Alfonso Seché toma la palabra. Primero «habla para alusiones», agradeciendo que en el curso de la polémica se haya reconocido por alguien que la primera entidad que se ocupó seriamente en la creación y fomento de los espectáculos populares, fué *La Revue d'Art dramatique*. Después expone brillantemente su criterio en la cuestión; juzgando de ella como está planteada, es decir, en el terreno político. Contestando á M. Ernest-Charles estima perfectamente posible el funcionamiento de varios teatros populares, bajo el régimen particular que sus directores les impongan. Cree también, en pugna con Sainte Croix, que PARA VIVIR el teatro popular, no necesita ser *esencialmente* socialista, y sostiene que, contra el parecer de Ernest-Charles, tampoco es preciso sea independiente, reconociendo que, *por su esencia misma*, no puede serlo. Ante todo, dice, un teatro popular debe adaptarse al medio en que ha de vivir y con arreglo al objeto que le corresponda. Bajo el punto de vista político, el teatro es un maravilloso medio de propaganda, de donde se deduce que, si sirve de propaganda política, sus tendencias y su repertorio cambiarán según la política que le guíe. Pero ¿será por eso menos popular? No, mientras á él acuda el pueblo.

Cuando los socialistas, añade, nos aseguran que el teatro popular les pertenece á ellos y que, por consecuencia, ellos le darán una dirección socialista, porque entra en su programa emplear el teatro como un medio de educación social y para ellos no puede haber una educación social que no sea socialista, tienen razón. Los reaccionarios por su parte la tienen también cuando pretenden servirse del teatro popular para propagar sus ideas; pero su razón no es más que una razón de partido, una razón política, mientras que la de los socialistas es una razón lógica y que es hija de la historia. Porque ¿para qué queremos nosotros un teatro popular? Para



instruir al pueblo, para deleitarle, para desarrollar en él el culto á lo bello, al arte puro y elevado. ¿Y qué desean los socialistas, sino eso? ¿No está eso conforme en sus ideales? ¿Y quién desde la Revolución se ha ocupado de instruir al pueblo?...

He ahí por qué pensamos, repite el articulista, que un teatro popular no puede ser independiente, sino socialista, aunque nó de partido. «Nosotros hubiéramos querido, añade, un teatro absolutamente independiente; pero de no ser posible, preferimos un teatro socialista á un teatro reaccionario. En el primero tendríamos asegurada la libre exposición de nuestras ideas, y sin más sacrificio que el de la moral burguesa lograríamos el desarrollo esplendoroso del arte dramático, que quiere ser grande y fuerte con el pensamiento moderno. En el segundo, por el contrario, seguiríamos como hasta ahora, es decir, con un arte dramático viejo, usado y que se degrada, para obtener un poco de éxito, hasta halagar los más bajos instintos de la multitud. Eso sí, insistimos en ello: el teatro del pueblo socialista no debe hacer política en el verdadero sentido de la palabra: sólo deberá poner en escena las obras que tengan tendencias sociales y las que no tengan ninguna tendencia y cuyo sólo mérito sea la belleza, nunca las obras de partido.»

Alfonso Seché termina con estas palabras su artículo, y á continuación *La Revue d'Art dramatique* invita al público á emitir sus opiniones acerca de los *Teatros populares*.

Daremos á los lectores de HELIOS oportunamente noticia del resultado que *La Revue* obtenga, así como de las tentativas que lleven á cabo en la próxima temporada no sólo el *Teatro popular*, proyectado por M. Turot, sino también los demás, cuya apertura se anuncia.

**E**L doctor Cabanés publica en *La Revue* un artículo interesante: «Les Infirmités du Génie». Empieza citando pasajes de Moreau de Tours, el cual se había complacido en sostener estas paradojas: «El genio es una neurosis, una manifestación de la alineación mental: entre el hombre de talento y el imbecil, sólo hay algunos grados de distancia. La constitución de un hombre de genio es la misma que la de un idiota.» ¿Cómo definir al hombre de genio? La dificultad comienza aquí. La invención, la originalidad caracterizan la personalidad del individuo genial; es, por emplear el lenguaje vulgar, un hombre diferente de los otros hombres, un hombre anormal, casi un monstruo. El hombre de genio es un degenerado superior, por no decir esta palabra brutal: es un enfermo.

Siendo el genio una enfermedad, el individuo puede haber heredado disposiciones anteriores, ó haber él mismo creado un terreno de cultura, del que sus descendientes recogerán el fruto. Pero la influencia hereditaria se manifiesta menos en el genio que en la locura. Hay más. Si se puede decir que



los hombres de genio proceden las más de las veces de ellos mismos, dan vida frecuentemente á hijos epilépticos, locos ó criminales: Scipión el Africano tenía un hijo imbécil; el hijo de Cicerón era dipsomano; una hija de Víctor Hugo, los hijos de Tácito, de Volta, de Bernardino de Saint-Pierre murieron locos.

En el hombre de genio, la sensibilidad tiene reacciones intensas. Cuanto más se eleva en la escala social, más se afina su sensibilidad. En los escritores, en los artistas, en los sabios, los sentidos adquieren un desarrollo excesivo; ya es el olfato el que predomina (Zola), ya es el oído el que tiene un gran refinamiento (Berthelot, Pierre Loti). En este caso, el menor ruido causa un temblor molesto. Flaubert, Carlyle, J. de Goncourt tuvieron también una exagerada percepción auditiva. Schopenhauer sufría igualmente con el ruido.

Este refinamiento se manifiesta á veces bajo la forma de una especie de *narcisismo* intelectual: el mismo Schopenhauer se ponía furioso cuando alguien se permitía escribir su nombre con dos p. Máximo de Camp no podía soportar que se escribiera el suyo en una sola palabra, y Baudelaire se mostraba contrariado cuando las cartas que se le dirigían llevaban lá dirección: «Señor Beaudelaire».

Benjamín Constant es uno de los ejemplos más típicos de esta falta de armonía interior; todo le era necesario, todo le faltaba: alegrías, virtudes, felicidad, grandeza. No creía en nada, y se esforzaba en saborear las delicias que el amor procura á las almas piadosas. Habiendo concebido la idea de un libro contra las religiones, compuso de buena fe un libro en favor de todas las religiones.

Las analogías que se observan entre el genio y la locura, no prueban, seguramente, que deban confundirse, pero es indudable que entre ellos hay muchos puntos de contacto. «Si los grandes hombres, ha dicho Pascal, tienen la cabeza más alta que nosotros, tienen los pies también más bajos que los nuestros.» Y Pascal, más que cualquier otro, tenía condiciones para juzgar de esto.

**L**a Renaissance Latine continúa publicando, en su número de Agosto, el diario inédito de Barbey d'Aurevilly. Como sus fragmentos son de una elegante concisión sentimental y de una admirable frivolidad, de las cuales quedarían deshojados al ser puestos en este inflexible idioma de Castilla, prefiero copiar algunas bellas páginas y algunas bellas frases:

«La fièvre a cessé et n'est pas revenue, mais la tête douloureuse et les nerfs agacés.—Aujourd'hui levé à sept heures.—Au bain.—Puis au journal.—Fait un long article contre John Bull.—Lu les journaux et du droit administratif jusqu'à quatre heures.—Revenu m'habiller.—Le temps est magnifique et tiède comme une robe ouatée; l'automne se lève sous de beaux présages.—Allé chez la Marchesa, un



peu souffrante, *lassement* étendue sur sa causeuse, et la coquette se reposant sur ses armes.—Raillé tout en mettant des gants trop étroits.—Allé prendre L. B... pour diner.—Diné tous deux au cabaret.—L'ai conduit à l'Opéra.—Une soirée enivrante de clair de lune, de sérénité, d'harmonie.—Allé chez A..., puis chez Mme Al... Puis parti d'ennui d'attendre G... qui n'est pas venu.—Mais l'ai rencontré gris encore du plus sublime déjeuner qu'on puisse faire et dont il m'a raconté les détails avec orgueil.—Gai et d'un entrain agréable.—Puis une limonade avec lui au café Véron, dont, par parenthèse, les femmes sont affreuses.—L'ai reconduit chez Al... Avalé par *far niente* une tranche de veau froid, charmante occupation!—Vagué un peu sous le clair de lune, mais seul comme un spectre.—Rentré.—Couché.—Lu dans mon lit.»

Unas frases: ...«Descendus aux Taileries.—La promenade superbe,—le ciel *bleu de ciel*,—les arbres d'une verdure sombre, et la lune, ronde et pure, s'élevant à travers quelques hachures d'argent émaillé de gris de lin, avec une indescriptible majesté.—Les femmes traînant la robe indolente, quelques jolies tournures dans l'ombre, un doux mystère,— tous les charmes du soir»...

...«Rentré. Pris un verre de sirop de groseille, ironie de breuvage pour qui aime le *serieux* des alcools»...

...«Diné avec G. ., et quoique le temps se soit purifié et que la lune, dans sa fraîcheur pâle (c'est la fraîcheur des femmes distinguées), ait paru dans un ciel lavé par les pluies, je suis rentré chez moi.—Trouvé des lettres.—Une d' Aimée La Flavre et une de sa nièce qui m'invite à son mariage.—Pauvre enfant, avec qui j'ai tant joué et que je vois encore avec les cheveux sur le cou et sa robe verte, et que voilà une grande fille maintenant!—Cette lettre m'a jetté dans un abîme de souvenirs»...

«...Essayé des vêtements un temps infini. Puis coiffé. Puis au journal.—Comme la vie se plie vite à la routine! Où sont mes habitudes irrégulières maintenant?»

Todo esto, que parece escrito por cualquiera de nosotros —los ojos hacia el ensueño,—nos va acariciando por dentro con su perfume de secreto romántico, de intimidad triste y lírica. En el tormento de estas cosas pequeñas está toda la gracia de nuestras vidas, de nuestras horribles vidas de artistas!

**L**A Rassegna Nazionale incluye un artículo anónimo que tiene por objeto examinar el nuevo libro del Padre Sertillanges, *Le patriotisme et la vie sociale*. El sacerdote católico, apoyado en los principios de su fe, trata del patriotismo y de los deberes que vela ese instinto tan equidistante de un orgullo mezquino llamado *chauvinisme*, como de un cosmopolitismo ruin, interesado, mercantil, no animado de idealidad generosa y fraternal, sino de la codicia coaligada. El au-



tor teme, sobre todo, al *mercantilismo* de baja estofa, que corrompe de dos maneras distintas: corrupción de lo alto (Gobierno, banca, coalición política), y corrupción miserable del *petit sous*. Pasando luego á la cuestión de la *paz y la guerra*, les dedica páginas elocuentes, dignas de un alma cristiana que saca del Evangelio mismo la visión de un porvenir en el cual se disminuyan las discordias entre pueblo y pueblo. Al hablar de las relaciones entre la Iglesia y el Estado no opta neciamente por un régimen teocrático ni por un Estado manipulador de las cosas eclesiásticas. «No queremos curas funcionarios y obispos prefectos. No es necesario que haya frailes en las oficinas de los ministerios, ni en los comités electorales. Comprometería la religión en los partidos, cuando ésta debe vivir muy ajena á todos ellos, porque se debe á todos».

L. Maestrini presenta en la misma Revista una información sobre *La correspondencia entre Manzoni y Rosmini*. El poeta de *Los Novios* y el filósofo de los *Principios de ciencia moral* se comunicaron desde 1827 á 1854 sus mutuas impresiones, variadas por la variedad de temperamentos y aficiones, semejantes por la concordancia amistosa de los espíritus. Como sería larga y enojosa tarea seguir el orden de información que plantea el articulista, sólo diremos que son interesantísimos los fragmentos que vemos reunidos en el artículo referido.

EN *La Lectura* publica Emilia Pardo Bazán la primera parte de una novela, *La Quimera*, que empieza de esta suerte:

«Los últimos tules desgarrados de la niebla habían sido barridos por el sol: era de cristal la mañana. Algo de brisa: el hálito inquieto de la ría al través del follaje ya espeso de la arboleda. En los linderos, en la hierba tachonada de flores menudas, resaltaba aún la malla refulgente del rocío. El seno arealense, inmenso, color de turquesa á tales horas, ondeaba imperceptiblemente, estremecido al retozo del aire. La playa se extendía lisa, rubia, polvillada de partículas brilladoras, cuadrículada á trechos por la telaraña sombría de las redes puestas á secar, y festoneada al borde por maraña ligera de algas. A la parte de tierra la limitaba el parapeto granítico del muelle, conteniendo el apretado caserío, encaperuzado de cinabrio.»

Reverenciamos á esta peregrina mujer y quisiéramos decirle el himno de nuestro entusiasmo en rimas perfectas como su prosa, en rimas que fuesen también de cristal. Joven entre los jóvenes, su arte—milagro perenne de remozamiento—es como floración de claveles en otoño. Yo, á cada libro de esta mujer que es poeta, recuerdo el mensaje de flo-



res que las Santas Cristeta y Dorotea enviaron, en el corazón del invierno, á Teodoro el retórico, para hacerle creer en la existencia de los jardines del Esposo.

**M**EDIO en serio. medio en broma, *Armory*, en unas notas asaz impresionistas, ensalza en *La Plume* la virtud cosmopolizante de los cafés-conciertos. Unas piernas bien formadas y que se mueven con gracia, son, á su juicio más eficaces para la obra de la fusión de razas que todos los códigos de derecho internacional. En la atmósfera del *music-hall* una especial belleza *zigzaguea*, belleza que descansa en la ley del contraste. Esta es, dice *Armory*, la quintaesencia del París de mañana.

**L**A Revista Moderna, de México, reproduce un trabajo de Pompeyo Gener, titulado *El Gramaticalismo*. Existe netre los literatos españoles—dice el notable crítico—un estado de miopía intelectual muy grave, y es el que consiste en no ver en las obras más que el lenguaje. Tal es el que podremos llamar «Gramaticalismo.» El enfermo español se convence de que toda la cuestión de componer un libro estriba en escribir castizo, es decir, arcaico, ó lo que él llama castellano puro y neto, tomando la lengua, no como un medio, sino como un fin. No ve que la lengua es un instrumento para expresar los estados de nuestro espíritu; que toda la dignidad del lenguaje consiste en el pensamiento; que la lengua es un órgano viviente que evoluciona. No ve que la vida y la salud del idioma consisten en el equilibrio de conservar lo antiguo que corresponda á las ideas, cuyo uso sea lógico y adecuado, y de enriquecerle con nuevos sonidos, nuevas significaciones, nuevas palabras y nuevos giros, creados siempre conforme al genio de la lengua, genio que también evoluciona con el de la nación. Como en tal estado de raquitismo mental no cabe el conocimiento de las leyes de la Naturaleza, cree que la lengua vive por sí propia, que desde que la fijaron los clásicos, es perfecta *per in eternum*, y se le figura un sacrilegio toda innovación, y toda alteración un atentado. La lengua continúa haciéndose por los escritores que vienen preñados de conocimientos y de ideas, por los que sienten y piensan sin curarse de tales insignificancias. Y esos son los que se llaman Cervantes, Dante, Shakespeare Calderón... Y contra todos estos pseudogramáticos, el lenguaje continúa siendo un organismo sonoro que la mente humana crea y transforma de una manera sensible é indefinida. Y las obras de genio siguen produciéndose y dando lugar á nuevas estéticas, y los estilos nuevos surgen con los nuevos temperamentos, independientemente de todas las reglas.